Mauricio Odremán

Cuentos extraños



EL PERRO y LA RANA

ciencia ficción



Cuentos extraños

EL PERRO y LA RANA

2.ª reedición Fundación Editorial El perro y la rana, 2023
1.ª reedición Fundación Editorial El perro y la rana, 2008
1.ª edición El cuento en Venezuela, 1961

Edición y corrección
Gema Medina

Diagramación
Vilma Jaspe

Diseño de portada
Greisy Letelier

Ilustraciones e imagen de portada
M. Lara, tomadas de la primera edición de *Cuentos extraños*, 1961.

Hecho el Depósito de Ley
ISBN: 978-980-14-5288-1
Depósito legal: DC2023000684

Mauricio Odremán

Cuentos extraños

Igual que una linterna mágica es esta rueda
en torno de la cual vamos todos girando:
la lámpara es el Sol, el mundo la pantalla,
nosotros, las imágenes que pasan y se esfuman.
RUBAIYAT
OMAR KHAYYAM[1]

La revista *Tumeremo 1988* recoge un comentario de Jesús Sanoja Hernández sobre la infancia de José Mauricio Odremán Nieto (1926-2004) como "aquel muchacho que le daban una moneda para contar cuentos, al caer la tarde en la plaza del pueblo". Y este recuerdo es una forma acertada de retratar en perspectiva a Maurice Odremán –como se hacía conocer en el ámbito artístico y literario–, porque se trata de un venezolano que pasó toda su vida caminando por el filo de la navaja –parafraseando a uno de sus autores predilectos, W. Somerset Maugham–, intentando vivir de contar historias en la poesía, en la narrativa, en el periodismo, en la radio,

1 La traducción al español del verso XLVI de *Rubaiyat*, en versión de E. Fitzgerald de 1859, es de Diego Navarro para la edición de la colección Rotativa de la editorial Plaza Janes, de 1969. Maurice Odremán siempre acompañó sus distintas obras literarias con un epígrafe de *Rubaiyat*, de Omar Khayyam.

en la TV, en el cine o en el lienzo de sus pinturas al óleo. El arte de este juglar criollo es un oficio que navega entre lo espiritual –en tanto que es ancestral, como recuerdo de vidas pasadas– y lo material, por la fortuna de haber estado en el lugar y en el momento adecuado para tener *asunto* para sus narraciones.

Las crónicas sobre Tumeremo de Américo Hernández y de Horacio Cabrera Sifontes describen a don Miguel A. Odremán –su padre– como un notable precursor de la modernidad en Guayana: empresario minero, dueño de la mina Salva la Patria y de una de las primeras gabarras que recorrió el Cuyuní; hacendado que llevó el primer Ford con su chofer al pueblo de Tumeremo; maestro de telegrafistas; colaborador con información meteorológica en la región, para la primera fuerza aérea del país; gran maestre masón, partícipe en la edificación de la iglesia y del busto del Libertador en la plaza mayor del pueblo –hoy Plaza Bolívar de Tumeremo–; ser humano y ser social que compartía su apellido (Odremán) con miembros de las comunidades pemones de la región. Se le recuerda también como astrónomo, descubridor de una estrella, que crónicas populares y leyendas familiares identifican como la estrella Simón Bolívar[2]. Los recuerdos

2 No tengo conocimiento de la existencia real de la estrella Simón Bolívar (se dice que Camille Flammarion sugirió el nombre "Boliviana" para el asteroide 1911 IO, al astrónomo alemán Max Wolf). Sin embargo, Miguel A. Odremán sí participó en el descubrimiento de una estrella desde su observatorio. Se trata de la Nova Persei 1901, y existe documentación de que Miguel A. Odremán le comunicó al astrónomo Camille Flammarion

familiares también se refieren a la abuela, América Nieto de Odremán, como una memorable matriarca con el coraje de clavar una tijera abierta en el patio, para así conseguir desviar los rayos de una tormenta, o el *glamour* para interpretar nocturnos de Chopin en el piano de un hogar donde se hablaba francés e inglés de manera fluida, junto con el español venezolano, lleno de hijos e hijas, sobrinos y primos. José Mauricio es el benjamín de doce hermanas y hermanos, algunos de los cuales nacieron a finales del siglo XIX, y sus hermanas más cercanas en edad se hicieron cargo de su cuidado y educación.

La juventud de Maurice estuvo marcada por la llegada de las grandes empresas internacionales del petróleo. Esto atrajo la atención de sus hermanos mayores hacia el estudio de derecho, la actividad financiera o las ciencias militares. Pero el destino guardaba otros fines para nuestro autor: su paso por el colegio La Salle Tienda Honda, en la parroquia Altagracia de Caracas, junto con su pasión por la narración fantástica, prefigura su interés por el estudio de Filosofía y Letras, y con el apoyo de su familia se fue a cursar esta carrera universitaria a Santiago de Chile. En ese viaje experimentó tres hitos que marcaron el resto de su vida: conoció a Pablo

---

sus primeros avistamientos de la Nova Persei, desde El Callao (estado Bolívar de Venezuela), lo que le valió reconocimiento en París, tal como se expresa en el *Bulletin de la Société Astronomique de France et Revue Mensuelle d'Astronomie*, *de Météorologie et de Physique du Globe*, vol. 16, pp. 258-270.

Neruda, contrae matrimonio por primera vez[3] y entró en contacto con la entidad "Procopio". Este encuentro tiene especial trascendencia en su vida literaria, dado que se trata del material que nutre el relato homónimo, parte de la presente antología, y que, a su vez, es su primer estudio para su novela posterior, *Procopio en la órbita seis* (1973)[4].

Los años cuarenta fueron el comienzo de la carrera como autor de Maurice Odremán. En esta época traba amistad con el escritor Renato Rodríguez, con quien compartirá diversas aventuras en las tres décadas siguientes. Al respecto, Orlando Araujo –en aquel entonces al frente de la editorial Monte Ávila Editores– cita un comentario de Renato Rodríguez, incluido en el prólogo a la primera edición en esta casa editorial de su novela *Al sur del Equanil*. Esta cita nos da una pista de la relación entre ambos autores: "La edición fue hecha a expensas de mi amigo Mauricio Odremán, a quien conozco desde 1945, y quien siempre confió en mí y me alentó. A pesar de encontrarse en aquella época sin trabajo y enfermo, con una cruel dolencia"[5]. De igual manera, el propio Renato Rodríguez también refirió en una entrevista,

3 En su novela *Procopio en la órbita seis* (1973), Maurice Odremán refiere que su matrimonio en Chile culminó cuando su esposa en ese entonces le lanzó, cual misil, un grueso volumen en tapa dura: *La montaña mágica*, de Thomas Mann, que por escasos centímetros no impactó contra su cráneo. El libro salió por la ventana, con destino incierto.

4 Maurice Odremán, *Procopio en la órbita seis*, Caracas, edit. Mutante, 1973.

5 Renato Rodríguez se refiere en su comentario a la primera edición independiente de *Al sur del Equanil*, de 1961.

realizada pocos meses antes de su fallecimiento, que conoció a Maurice Odremán en la calle Real de Sabana Grande, en Caracas, donde los jóvenes de la época solían reunirse[6]. En ese tiempo, Maurice obtiene su certificado de locutor y ejerce como columnista en la prensa local, mientras trabajaba en Radio Internacional.

Fueron los años cincuenta del siglo XX una etapa intensa para Maurice Odremán, en la que salía y entraba de Venezuela con frecuencia. En uno de sus viajes fue productor de una orquesta de merecumbé integrada por músicos venezolanos, a los que conoció a bordo de un trasatlántico rumbo a Europa, y de quienes hace de representante en su gira por España. En esta etapa decidió explorar las artes cinematográficas, y se trasladó a Londres y a Roma para realizar algunos cursos de cine. También visita a su amigo Renato Rodríguez en Nueva York, y allí entra en contacto con la literatura de Henry Miller, cuya obra ejerció una gran influencia en su propia narrativa. A su regreso a Venezuela, a finales de esta década, comienza a colaborar como creativo en agencias de publicidad, al tiempo en que se despierta su curiosidad por temas esotéricos, cuyo interés tendrá una destacada influencia en sus narraciones posteriores.

Los años sesenta representan la época de mayor despliegue de oportunidades y logros para nuestro autor, al

6 *El perro andaluz 2.0*, "Todos los caminos nos llevaron a Renato" [blog], (22 de marzo de 2010). Disponible en: [http://mauricioodreman.blogspot.com/2010/03/todos-los-caminos-nos-llevaron-renato.html].

tiempo que experimenta con diversas disciplinas y estudios metafísicos, como su paso por el templo del Gurú Mejías, en La Victoria, o su ingreso en la Gran Fraternidad Universal, en Caracas. Escribe artículos de opinión y de crítica cinematográfica en varias revistas y periódicos, y publica la primera edición de *Cuentos extraños* (1961), que además del mencionado relato de su encuentro con Procopio en Chile, incluye también "Apocalipsis", enmarcado en el género de ciencia ficción posatómica. Más adelante, edita *Dos novelas fantásticas* (1962), que consta de dos narraciones de ciencia ficción enmarcadas en el subgénero de la *space opera*. Contrae su segundo matrimonio con una dama caraqueña, Ramona Delgado, y de esa unión nacen cuatro hijos: América, Eliana, Brenda y Mauricio Ramón –también productor y director de cine–. En esta etapa como padre vive con su familia en un acogedor piso frente a la plaza Tiuna, en las zonas aledañas a la Universidad Nacional de Venezuela. Este remanso en su vida se verá truncado debido a su amistad con personajes de la política venezolana que luchaban por derrocar al dictador Marcos Pérez Jiménez y a quienes daba guarida en su casa. En 1964 escribe su primer guion para un largometraje de ficción para la película *Isla de sal*, obra hecha por encargo y que también será la ópera prima del director Clemente de la Cerda. En esta película comparte con los actores Samuel Roldán y con Orangel Delfín, con quienes llevará a cabo proyectos posteriores.

Maurice Odremán escribe, en 1964, el guion de *El rostro oculto*, nuevamente para Clemente de la Cerda, y funda con otros colegas la Cooperativa Fílmica Coofilven, con la que

producirá su primera película como autor cinematográfico, en 1967: *EFPEUM* (*Estructura Funcional Para Encontrarse Uno Mismo*), protagonizada por Samuel Roldán y Bertha Mantilla, la cual es promocionada como la primera película de ciencia ficción venezolana en diversos artículos de la prensa local de ese año. En ella se dieron cita importantes figuras del cine internacional, como el director de arte José Antonio de la Guerra, el camarógrafo Tony Rodríguez o el ilustrador Román Deusz, entre otros[7].

Al final de la década de los sesenta regresa a Nueva York en diversas oportunidades, esta vez como productor cinematográfico para procesar negativos en Du Art Film Laboratories. En ese tiempo coincidió de nuevo con Renato Rodríguez, con Samuel Roldán y con el artista venezolano Rolando Peña, con los que se aproxima a la experiencia psicodélica. En Venezuela, continúa como guionista y productor publicitario, y colabora con otros creadores artísticos, como en el caso del cineasta venezolano Nelson Arrieti, con quien coincide en su interés por el budismo y emprende una breve incursión iniciática a la India.

Odremán escribió el guion de la película *Huyendo del sismo* (1970), en la que también participa, como actor protagonista, Samuel Roldán, junto a Yármila Durand. *Huyendo del sismo* fue la primera película fantástica y metafísica rodada

7 Véanse las reseñas sobre *Efpeum* en la prensa local de 1967, reproducidas en *El perro andaluz 2.0* [blog]. Disponible en: [http://mauricioodreman.blogspot.com/2017/09/resenas-sobre-efpeum-estructura.html].

en la ciudad de Mérida, con una trama que oscilaba entre la ciencia ficción apocalíptica y la cultura *New Age* de la época. Tras una crisis emocional del director encargado, Arturo Placencia, Maurice Odremán es comisionado por los productores para culminar el rodaje como director suplente, y allí conoce a Rosa Ana Manrique, quien será su segunda esposa venezolana y madre de dos de sus hijos[8]. Ella era actriz de reparto en el film, y ambos coincidían en el mismo piso del célebre Hotel Chama. Tras un breve romance entre llamados de producción, Rosa Ana pasa a encarnar un personaje con carácter protagónico que simboliza a la reina María Lionza en el film. Maurice contrae nupcias con Rosa Ana en una ceremonia esotérica en la playa y ratifica esta unión en un matrimonio civil. Es en este tiempo en que traba amistad con Víctor Gómez, quien lo acompañará como productor los años siguientes.

Maurice escribe otro guion para un largometraje de Clemente de la Cerda (*Sin fin*, 1971), colabora como guionista y codirector en otra producción independiente de este autor, *La carga* (1972), que queda inconclusa, y publica *Procopio en la órbita seis*, en 1973. Un día, a finales de ese mismo año, estaba viendo una película de Ingmar Bergman junto a Miguel Reina, y al notar que su compañero estaba prendado de la actriz protagonista del film, Liv Ullmann,

8 En este punto, me permito acotar que junto con Roxana Odremán soy uno de esos dos retoños producto de la unión de mi padre con Rosa Ana Manrique, por lo tanto, también soy un hijo de ese cine venezolano, cuyo autor fue mi padre, Maurice Odremán.

le convence para realizar un viaje a Cannes para conocerla, a condición de que su amigo acepte costear los gastos del viaje al festival de cine francés. El viaje se dio en 1974, pero Odremán no conocía personalmente a la actriz noruega. Gracias al encuentro casual con un productor italiano amigo suyo, desde su paso como estudiante en cursos de cine de la Cinecittà, en Roma, logra mágicamente el objetivo. Paradójicamente, en este ciclo, el *statu quo* cultural del país comenzó a pasar factura por su falta de adhesión a la romería política criolla, lo que repercute en vicisitudes y dificultades económicas que acaban con su matrimonio, y qque nuestro autor enfrenta proyectándose a sí mismo en autorretratos fantásticos en los lienzos de sus cuadros. Gran parte de su producción plástica proviene de este período, y queda en manos de los amigos y colegas que compraban sus obras, como es el caso del montador cinematográfico José Garrido Cruz, quien llegó a poseer una gran colección de sus pinturas. En este trayecto de su carrera profesional trabaja en productoras de cine como Tiuna Films, de Manuel Socorro, o Video Sistemas. Su novela *El día que todo haga paff* (1977) representa su madurez narrativa, al encontrar el punto preciso en el cual puede compartir su *asunto* entre la crónica existencial, la experiencia esotérica y el relato fantástico. Escribe artículos para la revista *Ellas*, dirigida por Nery Russo. Colabora con el cineasta Ivork Cordido, para la creación de su película *Relatos de tierra seca* (1977), cuyo guion nace a partir de uno de sus relatos, y participa como actor en el film encarnando el personaje de un caudillo militar venezolano.

Llegada la década de los ochenta, Mauricio Odremán ingresa a la Televisora Nacional Canal 5 como guionista y director, y posteriormente se incorpora en el *staff* de autores de telenovelas en el Canal 8. En este paso por la televisión pública traba amistad con el escritor y periodista Enrique de Armas, con quien hace equipo en producciones como *La última oportunidad del Magallanes* (1986). También escribe el guion de programas unitarios y telefilms como *Mi padre el inmigrante* (1984), *Documento Leonardo Ruiz Pineda* (1984), y participa como guionista en el unitario *Las muñecas de Reverón*, dirigido por Rafael Gómez[9], con la colaboración de su amigo Víctor "el Chino" Gómez. En esta fantasía coreográfica, Odremán encarna el papel del pintor Armando Reverón, y para la construcción de su personaje pinta un autorretrato al estilo del maestro de la luz, el cual es empleado como atrezo en la producción. Odremán también entabla amistad con Gonzalo Barrios "Zóez", a quien inspira para el diseño del Jardín de las Piedras Marinas Soñadoras, en su proyecto de museo ecológico de Galipán. Zóez le otorga el epíteto de "Gran Quirón", y lo reconoce como maestro espiritual. Maurice vivió algunos años en la finca de Galipán donde Zóez le cedió una vaquera, la cual fue acondicionada para su habitabilidad, decorada con murales pintados por él mismo. En esta fase también estrecha amistad con el

9 Rafael Gómez, *Las muñecas de Reverón*, TVN 5, s/f. Disponible en: [https://vimeo.com/9536145].

médico acupunturista Hilario Martínez, con quien también compartirá afinidad en la indagación esotérica.

Su última incursión cinematográfica fue el proyecto *Un abogado honesto*, basado en la novela de Luis Francisco Meléndez Ure. Fue invitado a participar como productor y director por el actor Américo Montero, quien aspiraba a ser su protagonista, y con quien crea la compañía Producciones Odremonte. De este proyecto se realizó el guion, desglose y diseño de producción, la pregira por locaciones en el estado Lara, y desde su producción adquirió doscientos mil pies de película Kodak para el rodaje. Sin embargo, el "viernes negro" de la economía venezolana truncó la realización de esta película. Debido a la crisis que se desató en el país y su impacto en los costos de producción, los productores vendieron el negativo original para liquidar compromisos con inversionistas, y el proyecto pasó al olvido. En 1986 publica su poemario *Los cantos del crepúsculo*, en la editorial Huaya Pren, de Humberto Gómez, con quien también colabora como columnista para el diario *La Prensa Guaireña*, así como para la revista *Caracola*, bajo el pseudónimo de Thelonius Monk. En este período vive en Caracas, en los depósitos de la marquetería de su amigo, el artista cinético Tito Ciuffi, donde emplea día y noche para pintar grandes murales y cuadros, algunos para las nuevas camadas de sus descendientes. En la década de los noventa escribe un nuevo poemario: *La travesía*, el cual es ilustrado por una artista plástica, al estilo de los textos alquímicos antiguos. Participa en exposiciones colectivas entre las que destaca "Comicgrafías" (1996) en el Museo de Arte de Petare, en

Caracas, que contaba en aquel tiempo con Raúl Figueira como curador. Odremán hace una instalación inspirada en la novela *A través del espejo*, de Lewis Carroll, junto al escultor Orlando Vázquez. De esta experiencia se grabó una noticia en 35 mm, en uno de los últimos noticiarios cinematográficos venezolanos[10].

Queda mucho por contar del Quirón, Maurice Odremán, y son muchos los amigos que aún falta mencionar, con anécdotas fantásticas que exceden los límites de este espacio. Me conformaré con comentar que, con una vida llena de memorables aventuras, al filo de la frontera entre la realidad y la ficción, José Mauricio Odremán Nieto representa un sector de la cultura venezolana del siglo XX, emprendedor e independiente, ajeno al mecenazgo oficial, y tal vez por ello, olvidado de investigaciones, recuentos o historiografías. La fortuna ha decidido darle una oportunidad póstuma para que su creación literaria pueda ser disfrutada de nuevo en la presente reedición de su antología *Cuentos extraños*, gracias a los buenos oficios de la Fundación Editorial El perro y la rana que nos trae una revisión del texto original, la publicación de ejemplares en físico y distribución digital, apta para su difusión en otras regiones, dentro y fuera de este mundo. Concluyo esta presentación citando un fragmento del poema inédito de Maurice Odremán, "La travesía":

---

10 José Mauricio Odremán, *Reportaje Comicgrafias para Noticolor* y *Noticiero Bolívar Films*, Cinesa, 1996. Disponible en: [https://youtu.be/CssCK4-Hb0E].

Ahora navego hacia el recuerdo…
hacia días deshabitados…
Tu voz entre las voces me acompaña[11].

Jesús Emmanuel Odremán Manrique
Andalucía, España, 2023

11 Maurice Odremán, "La Travesía", poema escrito en 1994, acompañado con ilustraciones de J. A. (inédito).

APOCALIPSIS

Hoy tú no tienes el poder del mañana, y la
ansiedad que ese día pueda causarte es inútil;
no pierdas este momento, pues tú no sabes
el valor de los días que te quedan
Omar Khayyam

Todo se había consumado allá, por los años de mil novecientos y tantos al dos mil. Había sido algo espantoso, inenarrable, que, de solo recordarle, llenaba de lágrimas y de espanto los legañosos ojos del viejo Andrés, mientras vagaba, como una sombra del pasado que era, por entre los escombros polvorientos y llenos de sucio hollín y ceniza, de la vasta y muerta ciudad.

Qué alegre y bella había sido aquella urbe por aquellos malhadados días en que la vida transcurría aparentemente hermosa y despreocupada, a pesar del reconocido peligro de mortífera hecatombe que pendía como de un hilo sobre la humanidad entera.

En aquellos últimos tiempos, antes de la catástrofe, los periódicos y las emisoras de radio habían estado hablando con mucha preocupación sobre la creciente gravedad de la tensión internacional.

La preciosa y soleada mañana de primavera del que fue último día, la recordaba muy bien Andrés; pues había sido el día escogido por Maruja para celebrar su matrimonio con

él. Habían estado esperando varios años a que la situación económica de ambos mejorara, y, sin darse cuenta, la juventud se le estaba acabando inexorablemente. Frisaban ya sobre los treinta veranos, cuando terminaron por convencerse de que nunca iban a salir de pobres, y que lo mejor era aprovechar los años de energía que les quedaban y olvidarse por lo tanto del dinero.

Serían más o menos las diez de la mañana, si la memoria no traicionaba al anciano, cuando salían de Los Jerónimos, finalizada la ceremonia que lo había unido a Maruja para siempre; un "siempre" que ambos, muy optimistas, creían les iba a durar mucho tiempo; caminaron hacia el Paseo del Prado, acompañados por el grupo de amigos que habían asistido a la boda, y fue precisamenteaquel instante el escogido por el hado para asestar a toda la gente el golpe mortal y traicionero.

El mundo se había venido abajo, se desmoronó con estruendo, se precipitó retumbante sobre sus frágiles cabezas.

Primero había sido aquel relámpago vivísimo que logró opacar a la misma luz del sol, y cegó a la mitad de las criaturas que cometieron el lamentable error de no cerrar los ojos; luego vino el estruendo de mil tambores ciclópeos y de inmediato aquel huracán de fuego que había abrasado en sus llamas a los cuerpos humanos y animales, llenándoles de ampollas, de horribles quemaduras, derribando las construcciones como si fueran castillos de naipes y derritiendo y fundiendo el metal, los vehículos y objetos.

La muchedumbre que sobrevivió al primer cataclismo, aullando de dolor y de pánico, se había desbordado hacia Cibeles, buscando desesperadamente llegar a las entradas

del metro para refugiarse en los túneles; entre ellos, Andrés, arrastrando a Maruja, desvanecida y cubierta de espantosas heridas y quemaduras, logró al fin, apretado entre la rugiente multitud, colarse por las escaleras de la estación del metro frente a lo que quedaba del palacio de Correos.

En el oscuro túnel, donde se había cortado, por completo, la energía eléctrica, todo lo que se oía eran gemidos y sollozos, gritos de niños aterrados, aullidos de pavor de gente a quien la explosión había alcanzado en los trenes subterráneos y habían enloquecido por completo, encerrados en sus prisiones de metal. Alguien tenía un receptor de radio de batería y transistores, y con mucha dificultad logró sintonizar momentos después a una emisora francesa.

El locutor hablaba con voz atropellada, sollozante; podía escucharse a través de la estática el espantable ruido de los estallidos y derrumbes, el crepitar de los incendios y el alarido de los seres humanos, aterrados allá como lo estaban ellos.

> Aquí, en Lyon, la destrucción es total, pavorosa, inconcebible. Los montones de cadáveres llenan las calles y plazas y continúan los habitantes de esta desgraciada ciudad cayendo como moscas por efecto de las quemaduras radioactivas.
>
> De París las noticias son iguales: muerte y destrucción completa por doquiera; el presidente de Francia habló a la nación poco antes de morir y anunció con franqueza que ESTE ES EL FIN DE LA CIVILIZACIÓN. Recomendó a los sobrevivientes valor y coraje, pues los que logren salvarse lo necesitarán para enfrentarse a la peste, a la barbarie y a las mil penurias que han

> de venir en un mundo desolado. Valor y coraje para tratar de salvar a la raza humana de su total aniquilamiento.

Luego, con voz dificultosa y jadeante, que expresaba los terribles sufrimientos que, en esos momentos, estaría experimentando, posiblemente, por padecer él también heridas torturantes, aquel valiente cronista de la agonía del planeta continuó con las noticias:

> Nueva York, Londres y Moscú han desaparecido por completo, según comunicación de observadores aéreos que han logrado acercarse a los escombros calcinados y husmeantes de esas ciudades... Del resto del mundo no se recibe la menor noticia, ni señales de vida, silencio abrumador y nada más...
> Amigos, este es el fin; me despido de ustedes para siempre…

Aquella transmisión causó en el túnel un recrudecimiento del coro de gemidos y llantos, ante la impotente conciencia de todos de la realidad del fin. Al anochecer, Andrés huyó del túnel llevándose en brazos al gimiente monstruo en que se había convertido su adorada Maruja; la atmósfera se había vuelto irrespirable en los túneles del metro con el olor insoportable de miles de cadáveres que se descomponían rápidamente por efectos del terrible calor que reinaba ahora.

Pero en el exterior el infierno no era menos doloroso y desconsolador, los incendios seguían enseñoreados sobre las ruinas de su amada metrópoli y millares de cuerpos despanzurrados yacían en las calles llenas de humo, ceniza y de una inaguantable temperatura volcánica.

Por Alcalá, el infeliz Andrés, con su dolorosa carga, bajó caminando penosamente hasta Fernán González; buscaba su vivienda con la esperanza de poder salvar algo de sus pertenencias, pero toda aquella alegre calle como la Goya y la de Velásquez, como todas las que habían sido las bellas y queridas calles, eran solo un cúmulo de ruinas cenicientas y chamuscadas y montones de cuerpos medio carcomidos por el fuego; y lo que más aterraba al solitario Andrés, era el convencimiento de que aquella visión dantesca era la que reinaba en esos momentos, en todas las ciudades y aldeas de la tierra.

Con algunos heridos que se le reunieron, Andrés se refugió en El Retiro, que era el único lugar más o menos respirable que quedaba en la vasta ciudad, a pesar de que casi todos los árboles del parque estaban chamuscados y mustios.

Maruja expiró a la tercera noche, después de que se habían instalado en el bosque, en medio de atroces sufrimientos, pues, la infeliz mujer se estaba desintegrando internamente. Andrés casi loco de dolor y lleno de espanto ante la terrible soledad que lentamente lo iba envolviendo, al comenzar a morir, unos tras otros, los demás sobrevivientes refugiados en El Retiro, resolvió escapar de allí y de la ciudad, después de enterrar los restos de su adorada, colocando sobre su cabeza una tosca cruz de madera.

Siguiendo las líneas férreas, a partir de la estación del Norte, caminó durante horas y horas, deteniéndose solamente en las derruidas y moribundas aldeas para buscar alimentos y agua en las tascas abandonadas y en ruinas.

En Escorial, oyó gritos de niños que partían de los escombros de la escuela, y acercándose, se puso a separar maderos humeantes y ladrillos ennegrecidos hasta encontrar, temblando de miedo, y hechos un mar de lágrimas, a dos pequeños que más tarde supo que se llamaban Juanito y María Victoria, y que habrían de ser desde entonces como sus hijos, sus únicos compañeros.

Desde entonces ha transcurrido mucho tiempo, casi cien años según cree Andrés; ahora es un anciano encorvado y peludo como un mono, que para su desgracia sobrevivió a todo, al cataclismo, a la radioactividad, a la peste que se enseñoreó por muchos años sobre el planeta y mató a la mayor parte de las pocas personas que habían quedado vivas después de la explosión; hubiera deseado desaparecer aquella lejana noche infernal cuando murió su Maruja, librándose así del sinnúmero de sufrimientos y privaciones de todos aquellos tiempos vividos en un mundo destruido, aniquilado.

Había regresado a Madrid, o mejor dicho, a sus escombros, años después con sus dos hijos adoptivos, a quienes dedicó el resto de sus días con amor y devoción, como quien cuida solícitamente en un desierto a las dos semillitas que han de reforestarlo todo.

Tomaron posesión de El Retiro, ya que eran los únicos habitantes de la ciudad, y nadie vino a discutirles ese derecho; lo hicieron por las razones de que allí estaban las únicas construcciones sólidas y en buen estado que quedaban en la destruida urbe, las que habían sido elegantes pabellones de verano, y también porque estando el bosque cercado por todos lados, con altas barandas de hierro terminadas con agudas

puntas, pudo Andrés reforzar aquella defensa con extensas alambradas de púas tomadas en las ferreterías; librándose, de esa manera, de las amenazas constantes que constituían las bandas de lobos feroces, osos gigantescos y perros salvajes que, de nuevo, como en pretéritos tiempos habían vuelto a infectar campos y ciudades.

Una vez a la semana, muy bien armados, pues armas y municiones, eran por paradoja, lo que sobraba en aquel mundo destruido, con todos los polvorines y cuarteles abiertos de par en par y con sus muros derruidos, salían a buscar alimentos en las arruinadas tiendas de comestibles que quedaban en pie.

Así habían crecido, Juanito y Mari Vicki, que hoy también eran viejos y habían dado a la nueva tierra muchos hijos. Andrés no temía por ellos, porque Juancho, el hijo mayor, es un hombrazo aguerrido y poderoso, pero el viejo siente preocupación por las colonias de monstruos mutantes y locos que se han posesionado de las ruinas en Vallecas y Ciudad Lineal, y que a veces merodean cerca de las entradas del parque de El Retiro. Hay que cuidar a los adolescentes y niños, hijos de Juanito y Mari Vicki, pues ellos constituyen, lo que los hijos de Noé en el remoto pasado semejante, el embrión de una nueva humanidad de España y el mundo.

Así cavilaba el viejo Andrés, mientras caminaba, tembloroso y asustado, a pesar de su múltiple armamento, por las desiertas calles del muerto Madrid.



EL INTRUSO

Puesto que la vida corre, no importa que
sea dulce o amarga. Y si el alma tiene
que salírsenos por la boca, no importa que
esto sea en Nishapur o en Belkh. Por tanto,
bebe vino que después de ti, por mucho tiempo,
todavía la luna pasará de creciente a
menguante y de menguante a creciente
Omar Khayyam

No logro acordarme con certeza en qué momento perdí mi cuerpo. En realidad, ya he perdido la noción de cuándo fue, solo sé que sucedió hace bastante tiempo. Recuerdo, sí, que era un cuerpo joven y bastante agradable, y en el momento en que lo perdí estaba completamente borracho y muy bien acompañado por otro cuerpo juvenil, del llamado sexo femenino, muy abundante de opulentas redondeces y con una cabellera larga y hermosa y un cerebro bastante obtuso. Íbamos en uno de esos estrafalarios vehículos construidos por los humanos para no caminar, por lo cual los han denominado automóviles.

Guardo un vago recuerdo de un violento choque, posiblemente contra algunos de aquellos malhadados postes de alumbrados de la autopista; el grito desgarrador del otro cuerpo que me acompañaba, vidrios rotos estrepitosamente, haciéndose añicos contra lo que fue mi rostro, cubriéndome

de heridas y de sangre. Siempre me he preguntado por qué a los cuerpos los rellenan de ese líquido rojo tan escandaloso y alarmante. Hubo un estallido en mi cabeza y de mi pecho contra el tremendo golpe y luego... Nada más.

Mi alma se encontró sola en la fría oscuridad.

Estaba solitaria y no sabía qué hacer ni a dónde encaminarme.

Era la primera vez que había perdido mi cuerpo en forma tan lamentable, por lo menos que me acordara de ello.

De pronto mi desnudo y friolento espíritu se sintió atraído hacia el bullicio litoralense, que acabábamos de abandonar poco antes del accidente.

Aquella era una noche de carnaval, la última, y hombres y mujeres, jóvenes rientes y sensuales, ocultos los rostros y deformados sus cuerpos tras grotescas caretas y disfraces horrorosos, bailoteaban al compás de la música estridente.

Todo aquello desde el plano que lo veía yo ahora, desprovisto de mi carnal vestimenta, se me presentaba espantosamente ridículo, infernal y de mal gusto. Pocas horas antes pensaba lo contrario y había tomado parte con mi compañera en aquella fiesta. Hay que ver lo que influye en uno el cuerpo. Con razón dicen que el hábito hace el monje.

Hacía nada menos que media hora, para decirlo en humanas medidas de tiempo, que ya para mí no tenía sentido, había disfrutado alegremente aquella fiesta con mi amiga, por cierto que ahora me daba cuenta que a esta la había perdido en cuerpo y alma; posiblemente, estaría dentro del destrozado vehículo hecho papilla y su esencia, bueno, conociéndola como la conocía, no me extrañaría que en esos instantes se

encontrara pasando sus apuros en las desagradables regiones tan bien descritas por el Dante.

Busqué afanosamente a mis otros amigos y al fin los ubiqué en la habitación que ocupaban en aquel hotelito frente al mar.

Estaban discutiendo agriamente, se insultaban airados y... de pronto ella con los ojos llenos de fuego homicida se le fue encima blandiendo en su mano unas afiladas tijeras.

Traté de intervenir a tiempo, pero, no pude evitarlo, a veces a los espíritus también se les hace difícil salvar ciertas distancias y colarse en un hotel y en una alcoba ajena. Cuando llegué se había consumado la tragedia. ¿Cuál tragedia? Ya estoy hablando con un reportero de cierta prensa muy leída en el mundo de los humanos, perder un cuerpo no significa ninguna tragedia. Apenas cierta molestia temporal, como el que se ve obligado a abandonar su alojamiento al que está acostumbrado y ponerse a buscar un nuevo apartamento.

Bien, cuando llegué, la esposa de mi amigo ya había cometido una barbaridad y estaba a punto de perder su alojamiento corporal en una forma bastante cursi a la que acuden las mujeres cuando se sienten acorraladas, si mal no recuerdo, los periodistas y boticarios lo llaman "barbitúricos".

Ambos estaban en el suelo, y en lenguaje corriente y humano, ambos eran ya cadáveres. Yo, por mi parte, solo vi dos cuerpos disponibles y vacíos y escogí al menos estropeado y más hermoso. Siempre me había gustado Tibisai una barbaridad, así que me escurrí en su interior y... al momento, me arrepentí mil veces y traté de retroceder espantado.

De inmediato descubrí lo que la había hecho suicidarse después de asesinar a su marido, degollándolo en forma tan

irreparable con las tijeras, lo que para mí constituía un verdadero fastidio, porque Cristóbal poseía un gallardo cuerpo varonil, y para un espíritu introducirse en el interior de un organismo hembra, es como para un hombre tener que vestirse de mujer. Se siente uno ridículo, a menos que le guste vestirse así. Tibisai estaba loca perdida, de remate.

La pobre y hermosa Tibisai se había vuelto loca y yo me había venido a dar cuenta cuando ya no podía escapar, cuando estaba habitando en su interior. Su cerebro era su peor enemigo, ráfagas de odio emanaban de aquella cabeza que exteriormente era tan hermosa. Oleadas de iracunda rabia me contagiaron a mí, víctima inocente de aquel enredo, apenas puse a funcionar aquel bello cuerpo femenino con la misma facilidad con que se pone a andar un coche después de haberle dado al encendido.

La hice levantarse, y dando traspiés la conduje al baño, la obligué a vomitar todo el veneno que se había tragado en su rapto de demencia homicida.

Pero a medida que ponía a vivir nuevamente a Tibisai, su cerebro enfermo pugnaba por dominarme a mí, y yo casi no podía evitarlo. A través de sus ojos de un azul violento lo veía todo odioso y repugnante, mi voluntad de alma libre y soberana, como diría un líder político en un discurso democrático y demagógico, estaba cediendo ante la demencia de aquella masa encefálica defectuosa como aparato electrónico a quien un chico hubiera cambiado todos los cables y conexiones.

—Estoy espantosa −le escuché decir frente al espejo, y mi espíritu, que, a pesar de habitar temporalmente en una mujer,

seguía siendo muy masculino, quizás por la costumbre de tantos siglos, se atrevió a contradecirla.

Tibisai, reflejada en el espejo, despeinada, descompuesta por el veneno ingerido y las náuseas que yo le había provocado para que se salvara, aun con sus ojos de loca furiosa seguía siendo bella.

Salimos, sorprendiéndome yo de que Tibisai, a pesar de su locura, no perdía aquel voluptuoso andar de gata, que me hacía sentir muy molesto en su interior por el bamboleo, como si viajara en una lancha sobre un mar agitado; era un ondular de sus amplísimas caderas, que siempre le había hecho el blanco de las miradas indiscretas de los hombres. Yo mismo, cuando habitaba en mi anterior cuerpo, había dejado muchas veces ir mis ojos detrás de las formas de la joven, ante la mirada disgustada del infeliz Cristóbal.

El cuerpo de este continuaba tirado sobre la alfombra, con su garganta casi cercenada y dentro de un marco sangriento; pero ahora yo no pude verlo como lo había visto siempre, hombre gordo y bonachón, muy simpático y fiestero, que había sido uno de mis mejores amigos hasta pocas horas antes.

Ahora, contagiado por la rabia de la loca Tibisai, fue para mí un obeso asqueroso y repugnante; ella había hecho muy bien en expulsarlo del mundo de los activos, había librado al resto de las criaturas vivientes de un ser bajo y perversamente inmoral que nunca había hecho nada útil por él mismo ni por nadie.

Escudriñé en la mente de la muchacha para conocer la verdad, y me di cuenta de lo muy engañado que puede estar uno cuando cree conocer a una persona porque la ha tratado

muchos años. Sentí náuseas, es decir, si los espíritus pudieran sentir esas cosas desagradables que sufren los mortales. Vi al indecente Cristóbal tal cual era: lujurioso, indigno, hipócrita, babeando su lascivia en la bella estatua del cuerpo de su esposa, que lo rechazaba asqueada, desde hacía mucho tiempo. En lo más íntimo, constituía un sacrificio para ella soportarlo.

Vi la decepción de una Tibisai muy juvenil al descubrir al verdadero ego de su marido flamante, vi a este ofreciéndola descaradamente a sus poderosos e influyentes amigos políticos, en fiestas y reuniones de las que dependían un nombramiento burocrático o un contrato, a veces toda su carrera política y económica; conocí cómo la maltrataba para hacerla acudir a citas como personajes claves para su progreso; por último, vi cómo le ordenaba que acudiera a clandestinos, a mercaderes del bisturí y de la sonda para evitar el hijo que empezaba a formarse en sus entrañas fértiles. Él la necesitaba bella y libre de incomodidades estúpidas para su goce y el de los demás que podían serle útil. Había sido para él solamente un instrumento.

Aquel era el verdadero Cristóbal, y mil inmundicias más que un espíritu ruboroso como el mío no se atrevería a repetir, pues siempre fui enemigo de la prensa amarilla y de las lenguas viperinas amigas de sacar al sol los harapos ajenos. Comprendí la razón de la locura de Tibisai después de haber vivido varios años con un hombre como aquel, pero aquí, hablando francamente, y no porque me guste hablar mal de nadie, pero Tibisai siempre había sido un poco deschavetada, su centro motor nunca había funcionado muy bien, y lo que

a todos nos había parecido siempre temperamento, originalidad, extravagancia encantadora y todas esas tonterías que inventan los humanos para justificar el descocamiento de una persona, eran solo el preludio de su locura actual.

Su cerebro enajenado comenzó a enviarme, por control remoto, más y más mensajes de odio y proyectos descabellados... "Había que incendiar el hotel; ¡qué lindo fuego haría, pues era casi todo de madera!; cómo bailarían gozosos los mulatones disfrazados con el espectáculo; cómo se quedarían boquiabiertos los sudorosos inmigrantes acabados de desembarcar en el terminal con sus tontas ilusiones por equipaje, y chillarían las viejas de emoción al ver trabajar a los románticos bomberos entre las llamas, y las histéricas mujeres al ver achicharrarse a sus hijos pequeños, y cómo se extendería aquel delicioso tufillo a parrilla sobre aquella indecente ciudad de cabañas infectas... ¡Ah, si pudiera, si pudiera incendiar todo aquel país odioso habitado por millones de hombres gordos y perversos como Cristóbal...!".

Alarmado ante la avalancha de anhelos terroristas que hubieran espantado a los gobernantes de aquella nación, de haber podido conocerlos, y que quizás lo hubieran asociado a las prédicas de agitadores profesionales en su afán de traer el caos, como ellos decían en sus discursos, obligué a Tibisai a caminar hasta el teléfono, a tomarlo a regañadientes, lo que me costó un esfuerzo enorme, pues tuve que luchar ferozmente con su voluntad enloquecida, y pedirle a la telefonista comunicación con la dirección de la Brigada de Homicidios.

"Vengan pronto... porque estoy loca, sí, loca de remate, ja, ja, ja, acabo de degollar a mi indecente marido, y ahora

tienen que arrastrarse a su pesar a marcar la odiada tarjeta de sus tristes empleos, los pormenores que cierta prensa, que se complace en casos como aquellos, publicaría con lujo de detalles y enormes fotografías macabras y exageradas.

Ahora estábamos en la celda más oscura, estrecha y maloliente de uno de los monumentos de la incapacidad de las autoridades sanitarias y de la negligencia criminal de sucesivas administraciones, como era el manicomio oficial de aquella calurosa ciudad. Era el calabozo destinado a los locos peligrosos. A Tibisai no le habían valido los baños de agua helada, ni las inyecciones de drogas sedantes, ni el *electroshock*. Había berreado y pataleado a su gusto, y mordido y arañado primero a los policías y después a los enfermeros y loqueros. Su obsesión ahora eran aquellas manos negras y callosas que se posaban sobre ella. Ella era ahora una racista, una niña rubia del sur de los Estados Unidos. Se llamaba Lowela, y no podía ver a los negros, y menos aún a los mestizos. Y allí todo el mundo era de esos colores: policías, bomberos, loqueros, gobernantes, Cristóbal y quizás hasta ella misma, y los escasos gordos eran gordos e indecentes como su esposo, o desaseados como aquellos extranjeros que la miraron con lujuria cuando las autoridades la sacaron desnuda del hotel hasta la camioneta-jaula. Yo me avergonzaba de oírla insultar a aquel país y a sus habitantes porque, aunque los espíritus no tenemos patria, yo había vivido alegremente en mi corta estancia en aquella nación y había terminado por cobrarle cariño, me imaginé que aquella manía racista le había quedado a Tibisai (ahora Lowela) de la época en que estuvo estudiando en un

pienso incendiar el hotel como protesta. Sí, protesta, porque un gobierno honesto no debería permitir matrimonios como el mío. ¿Para qué tienen su policía secreta, si no pueden descubrir hampones como Cristóbal? Hay que ver lo que le ha robado al fisco: era el rey del peculado... ¿Que dónde estoy? Hotel La Playa, cuarto 320 y vengan pronto o no respondo... Creo que no llegarán a tiempo…"

Y en realidad los polizontes no llegaron a tiempo, como era su costumbre en aquella ciudad, y en casi todas las ciudades del mundo. Tibisai, no pude evitarlo por más que me opuse con todas mis fuerzas, pero deben ustedes considerar en mi favor que yo soy un espíritu puro y ella una mujer robusta de unos sesenta kilos de carne y músculo, por lo tanto, era mucha mi desventaja, aunque a lo mejor las malas lenguas van a decir que yo me dejé llevar al terrorismo de Tibisai porque siempre estuve un poco enamorado de ella, pero es mentira... ¿O será verdad? Lo cierto fue que ella lo encaramó trabajosamente en la cama y, con su encendedor, dio fuego a las sábanas, al mosquitero y a las cortinas, y cuando policías y bomberos echaron abajo la puerta, el incendio se extendía como un fuego muy alegre y trepidante; el chamuscado cadáver de mi ex amigo, para usar una forma muy en boga de hablar, hedía a mil demonios, y Tibisai… ¡Ah!, Tibisai era la sacerdotisa del fuego en aquellos momentos, y bailaba desnuda, en toda su espléndida desnudez, y yo bailaba y reía en su interior, sin poder evitarlo, como un oso atado a una cadena a quien obligan a bailar incansablemente. Me imagino cómo gozaría la gente de aquella ciudad al día siguiente, al leer en la apresurada incomodidad de los autobuses en que

colegio de Atlanta, en Georgia, y posiblemente le habían hecho sentir su condición de latina.

Ahora estaba la pobre asfixiada por una camisa de fuerza, tenía que soportar los olores de las propias expulsiones de su cuerpo, y yo, qué remedio me quedaba, sino acompañarla en todos sus sinsabores.

¡Hasta dónde puede conducir el amor! Ya no sabía si era yo el espíritu que poseía a su cuerpo, y yo, qué remedio me quedaba, sino acompañarla en todos sus sinsabores.

No voy a complacerme, como la prensa de que he hablado anteriormente, en describir con morboso placer hasta los menores detalles, los cinco días con sus noches que pasamos en aquel hediondo degrado; solo voy a agregar que, al cabo de ellos, sin casi haber comido ni bebido, pues, para ellos esto era innecesario, ya que nadie reclamaría por aquella loca peligrosa, y la infeliz tenía que arrastrarse sobre el baboso piso donde tenía que hacer sus necesidades y meter el rostro en el platón de bazofia que le pasaban por debajo de la puerta. Finalmente, tuvo que aceptar lo que yo le sugería a cada instante, hacerse pasar por cuerda, o mejor dicho, como esto no era posible para Tibisai en su actual estado, algo más fácil para las condiciones histriónicas de la enferma; hacerse la idiota, la loca mansa.

Al amanecer del sexto día, nos sacaron de allí. Hubo un gran baño desinfectante que Tibisai y yo soportamos estoicamente, y a pesar de que yo no podía experimentarlo por mi condición incorpórea, me deleité a través de ella con el agua fresca y el fuerte jabón germicida. Vino otra vez la terrible camisa de fuerza. Ahora sobre un vaporoso camisón

de dormir que hacía a mi amada loca, más atractiva, aun cuando había adelgazado ostensiblemente... y nos llevaron al salón dormitorio común.

Bueno, aquello era mejor que el negro degrado que habíamos sufrido, no un paraíso precisamente. Podía percibir la oleada de pánico que invadía a Tibisai al pensar en la noche y en los ojos codiciosos de la loca de la cama vecina. Una mujeruca de rostro delgado, afilado y boca cruel que no reía ni lloraba, ni hablaba sola, como el resto de la veintena de dementes que ocupaban el recinto; solo miraba con sus ojos encendidos como dos carbones rojos.

La loquera era una mujer alta y robusta, de facciones duras, pero al parecer, bondadosa en el fondo, y sintió simpatías por Tibisai, pues, le habló como a alguien que no estuviera enfermo, mientras la cubría con las blancas sábanas.

—Eres muy hermosa, hija, ten cuidado con ese gusano que tienes por vecina, le ha dado la manía por creerse hombre muy macho. Si pasa cualquier cosa, grita, que yo vendré a darle su merecido –y dirigiéndose a la loca que se creía hombremacho, le increpó: y tú, sabandija rastrera, no se te ocurra molestar a la muchacha, porque te mandaré al degredo por cuarenta días.

La demente flaca ocultó el rostro en la almohada y la loquera se retiró taconeando, como para hacer sentir el peso de su autoridad en aquel mundo horrible de mentes deformes, y cuando hubo salido, nuestra vecina se sentó en su cama, sonriendo satánicamente, y extendiendo su descarnado brazo, acarició con su garra los negros cabellos de Tibisai, que la miraba iracunda.

Solo el que lo haya sufrido sin estar loco, como me pasó a mí, puede decir lo infernal y espantosa que es una noche en dormitorio común de un manicomio. Las luces mortecinas, las figuras de los dementes, la mayoría erguidos en sus lechos, vigilantes, las carcajadas diabólicas, llantos desconsolados, alaridos desgarradores, gemidos, balbuceos, olores insoportables, son solamente algunas de las tristes variedades que animan la velada.

Tibisai dormía plácidamente, por primera vez, desde que enloqueció; pero yo estaba tenso y alerta en su interior, vigilando a través de sus ojos y sus sentidos, que mantenía despiertos a todos los ruidos de aquella estancia diabólica, y por eso pude asistir a todo el desagradable espectáculo que se desarrolló hacia la medianoche.

La vecina que sufría la extraña manía varonil se levantó, y en puntas de pie vino hasta nuestra cama. Parecía un fauno, y su afilado rostro era como una navaja al inclinarse sobre el rostro de Tibisai. Como un corrientazo eléctrico, lancé a Tibisai mi llamada de alarma, y su alarido al despertar, llena de furia impotente, convirtió el dormitorio en un pandemónium. Carcajadas terribles, gritos de pánico, carreras, vidrios rotos. Ella había vuelto a su demencia furiosa, impedida por la camisa de fuerza, no podía defenderse, pero sus blancos dientes hallaron el cuello de nuestra vecina, mordiéndola con iracunda fiereza, hasta hacer brotar la sangre.

La salvaron de una muerte segura los loqueros que irrumpieron a la carrera en la habitación, pues Tibisai, convertida en feroz pantera, no soltaba la fláccida garganta de su enemiga. Todo en ella era odio otra vez. Lo sentí llegar

a mí y envolverme, como una roja llamarada de asco hacia los seres lujuriosos que la habían perseguido desde niña. Cristóbal, según pensaba ella, había tomado el cuerpo de la flaca demente de la cama del al lado para venir a atormentarla nuevamente y había que eliminarlo a dentelladas.

Tuvieron que apretarle la nariz a Tibisai para que soltara a su presa, y se llevaron a esta a la enfermería y después al degredo, como se lo había prometido la corpulenta enfermera. Para nosotros hubo baño helado y sedantes.

Al fin volvió el sueño a tranquilizar a la infeliz mujer cuyo cuerpo yo usurpaba. Yo también pude descansar un tanto, ya que toda aquella cadena de aventuras y penurias me había convertido en un espíritu exhausto, rendido de agotamiento inmaterial.

En los días que siguieron, la locura de Tibisai se transformó. Ahora era triste, melancólica. Se sentaba en los bancos del patio amurallado como una cárcel y hablaba consigo misma, es decir, conmigo, pues en su locura había llegado a presentir mi presencia cohabitando en su cuerpo. Yo, naturalmente, no podía contestarle, sino escucharla en silencio, y por primera vez decía cosas ciertas.

"En verdad, amigo mío –decía la bella demente–, todos creen que yo estoy loca, pero no es así y tú lo sabes bien. ¿Cuál es mi locura? Miedo a la realidad de una vida que aborrezco; odio, pánico y repulsión a los hombres como Cristóbal; a la falsedad, a la mentira, a la hipocresía en que viví todo el tiempo. Horror a la lascivia golosa de los gordos burgueses que se hacen presentar señoras a cambios de favores políticos; espanto a la fría perversidad de los flacos seres del otro

bando... Entonces, yo estoy cuerda y los policías, los loqueros, los médicos, el gobierno, los partidos, el ejército, los sacerdotes y todos los habitantes de este pobre país, son un hato de dementes sin remedio... Naturalmente, ellos constituyen la mayoría, y como este país es democrático, a nosotros –y extendía su hermoso brazo enseñándome a todo el centenar de locos que, esparcidos por el patio bajo el sol, se entregaban a aquellas tareas y preocupaciones maravillosamente absurdas que solo a los enajenados se les puede ocurrir–, que somos la minoría, estamos encerrados aquí".

No pude menos que darle la razón a la pobre Tibisai, como parte de ella que era en ese momento, no me quedaba otro remedio. No podía ser imparcial; además sus razonamientos estaban en todo acorde con los míos.

"Nos llaman locos porque amamos la fantasía, nos dejamos llevar por nuestra imaginación, adoramos lo irreal y odiamos la horrible realidad y el maremágnum que ellos consideran vida normal y corriente... y que les dura tan poco".

Así estuvo hablando Tibisai, hasta que vinieron a buscarla dos loqueras, desgraciadamente, las que ella más había ofendido el primer día, cuando le dio por sentirse racista; naturalmente, no sentían por la muchacha la menor simpatía.

—La ricura está como una cabra todavía –dijo la mayor de ellas, que tenía una nariz ganchuda que la hacía parecer más a una pirata de la antigüedad que a una enfermera psiquiatra, agregando con voz dura–: está rematada; creo que lo mejor es llevarla nuevamente adentro. A la ducha con ella.

—Sí, es lo mejor –repuso su compañera, una prieta juvenil y muy pícara, pero con el rostro acribillado de acné, lo cual

derrumbaba todo el resto de su gracia–. Vamos, loquita, no te hagas rogar, que ya no eres la señorita rica de antes.

La levantaron a viva fuerza, conduciéndola casi a empellones al interior del lóbrego edificio de ladrillos; yo, internamente, protestaba por aquel rudo tratamiento que no era necesario cuando ya había pasado Tibisai sus crisis de violencia. Ahora era toda mansedumbre y humildad, y en su cerebro solo había una idea fija que la obsesionaba.

Me la comunicó mientras soportaba serenamente, temblando de frío en su blanca desnudez de estatua, los chorros de helada agua que le lanzaban con mangueras, muy reídas las dos enfermeras que se ocupaban de ella.

—¡Oye! –me dijo, y yo supe que se dirigía a mí en plena conciencia, con todo el uso de sus facultades; a mí, al espíritu amigo que no era el suyo, pero que la amaba y la acompañaba en toda su desventura–. Yo sé que estás ahí, dentro de mí. Estás en mí desde la noche horrible en que me libré de Cristóbal; mi alma casi escapó cuando me tomé el frasco de pastillas, pero tú la regresaste a mí y habitas con ella en mi interior. Aún no sé por qué lo hiciste. Se necesita estar loco para introducirse en el cuerpo de una loca... Pero de todos modos me has acompañado en estos días espantosos, me has dado ánimo y me has consolado en mi soledad y mi terrible pena. Prolongaste mi agonía, pero has sido un dulce compañero como no lo había conocido nunca. No te guardo rencor... Es más, creo que te amo un poco; en el pasado si nos hubiéramos encontrado en otras circunstancias, y no como lo que eras, y yo como Tibisai, hubiéramos sido felices…

Yo la besé interiormente con toda mi ternura; quiero decir, entiéndanme bien, y no se hagan juicios equívocos: la besé espiritualmente, única forma en que podía hacerlo, y ella me lo apreció y se sintió inundada de luz y de afecto infinito y me lo agradeció.

"Quiero decirte –prosiguió– que esta noche voy a dejarte libre y me libraré yo al mismo tiempo. Te ruego que no intervengas, te suplico que no lo impidas otra vez. Debemos ser libres y seguir el camino. Mi alma volará como un pájaro cuando se le abra la jaula; vuela tras de mí, búscame y alcánzame y no me dejes más. No tenemos por qué seguir aprisionados en este pobre cuerpo que tú ves hermoso, pero que es un pobre cuerpo como los demás. Un cuerpo dominado por una mente enferma... ¿Me prometes que no intervendrás?

Yo se lo prometí, y ella derramó lágrimas de agradecimiento. Se despidió de mí afectuosamente y yo hice lo posible por darle el consuelo y el valor que necesitaba para su sacrificio, porque como ya dije, abandonar un alojamiento al que ya nos hemos acostumbrado, y salir a la helada oscuridad de la nada y de lo desconocido, siempre es duro y nos hace apegarnos a esa cosa tonta y pasajera que los humanos llaman vida.

Y no intervine esa noche; tuve que hacer un verdadero esfuerzo para no hacerlo, para no detener otra vez el último acto de su bella locura. Pero significaba nuestra liberación y el reencuentro en planos más elevados, quizá maravillosos, y yo estaba apremiado en seguir mi camino, perderme para siempre de continuar allí. Habitar el cuerpo de una mujer es una prueba terrible para un espíritu masculino, es algo hasta impúdico. Y si esta mujer loca, y uno enamorado de ella, el

problema se convierte en verdadero castigo. Por eso, más que por otras razones, no intervine esa noche.

Encontraron el vacío cuerpo de Tibisai colgando del techo a la mañana siguiente. Había amarrado las sábanas y mantas a una viga, y con el otro extremo se había estrangulado. Yo había escapado tras ella rápidamente, para no prolongar los sufrimientos agónicos de aquel cuerpo, y su final fue pronto y sin padecimientos; no había nadie que forzara por quedarse, que es lo que hace sufrir a los cuerpos moribundos.

Oculto en la sombra de un rincón, cerca del techo, observé aquel bello cuerpo por última vez aquella mañana; yo como artista pude apreciar que aun en su muerte macabra apareció hermoso; su rostro sereno estaba lleno de paz y dulzura. Es una lástima que Tibisai no pudiera llevarse consigo su cuerpo maravilloso, pero en fin, como una joya, o una piel de chinchilla, o un abrigo de astrakán, muy hermoso, pero completamente inútil adonde teníamos que ir.

Así que me dejé de tontos razonamientos materialistas, me posé en el alféizar de la ventana y, como un pájaro, como ella me dijo, emprendí el vuelo en pos suyo.



LA MENTE CONFUSA

Se dice que el Jardín del Edén encanta a
los huríes. Yo digo que el jugo de la uva y los
labios de la amada son los únicos deleites;
elige esto que es para ti como dinero contante
y deja para otros la promesa del cielo
OMAR KHAYYAM

Elí Ben Gurt caminó por las polvorientas calles de Kibutz, en dirección a su casa. El sol reverberaba en su casco de acero y el sudor en su frente era como melaza caliente y pegajosa.

Elí había tenido un día duro en las trincheras de la zona fronteriza, luchando contra los fieros beduinos que constantemente trataban de destruirles las escuálidas cosechas y de robar sus escasos rebaños de ovejas. Todo aquello traía sumamente desalentado al hombre.

Casi con decepción miró a su alrededor: desde la entrada de la destartalada granja, en torno a las pobres casitas diseminadas muy cerca unas de otras a la sombra del edificio de administración, se extendía hasta el horizonte, el mismo desierto pedregoso de siempre, al que irónicamente habíanse dado a llamar desde la antigüedad, Canaán, Tierra de Promisión, por la que había venido luchando su pueblo desde hacía milenios.

—¿Y a qué tanta lucha? −se preguntaba Elí−: ¿Por qué su pueblo se aferraba a la antigua promesa que le había hecho Jehová?

El Pueblo Escogido. Al pensar en aquel título, Elí no podía impedir la risa amarga que brotaba de su alma. Escogido para la turba, el escarnio y la persecución por todas las razas de la tierra, que, en ciertos momentos, llegaban a aborrecer tanto a los hijos de Abraham que buscaban los más diversos pretextos para justificar su inmolación en masas.

Pero allí estaban ellos, firmes como una roca, tercos como mulas, abrazados con desesperación a la vieja promesa rota mil veces. Habían vuelto al feo y candente desierto y se empeñaban en convertir aquel erial en un jardín; habían regresado desde mil lugares diferentes del mundo y ahora estaban allí, entre las piedras calcinadas, luchando contra modernos infieles que los sitiaban por todas partes, desde Sinaí, desde Jordania, Siria y Arabia, como antes lo habían hecho los feroces guerreros de Nabucodonosor y Senaquerib.

Recordó Elí su infancia en el *ghetto* polaco. Qué distinto había sido todo allí hasta la llegada de las hordas nazis, más crueles y salvajes para ellos que los mismos caldeos. Había sido entonces cuando Elí había encontrado la verdad, "su verdad", porque el pobre Elí, hijo de zapatero remendón, que nunca pudo adquirir mucha cultura, creyó firmemente que aquella era la "verdad verdadera", pese a que lo llenaba de más confusión y lo apartaba por completo de la rígida fe y de las tradiciones de sus mayores.

Todo había comenzado porque Elí, como muchos otros, iba con frecuencia a escuchar las sabias palabras y a presenciar

los milagros de Zaadik, la más grande autoridad, por encima de todos los doctores rabinos que representaban a Jehová y que una vez al año pronunciaban el nombre de ¡Adonai!, y aquellas visitas y la extraordinaria sabiduría que irradiaba de todo lo que hablaba el pontífice, hicieron que él, joven e inexperto, se dedicara con ahínco a investigar las raíces de su pueblo. Abandonó el *Yiddish* y se entregó a estudiar el hebreo clásico con la intención de poder interpretar a cabalidad el Libro Sagrado, el único, el más antiguo e incontaminado por los adaptadores.

Y fue entonces, como les ocurriera a tantos otros anteriormente, cuando Elí se convenció de haber hecho el "Gran Descubrimiento".

Aquello, por supuesto, lo había hecho caer en la diabólica trampa, en la abominable herejía aborrecida por su gente y también por los cristianos, de negar el poder supremo de Jehová y encontrar por sobre de este, a otra fuerza inmensa y cósmica, "la del Nombre Impronunciable" de setenta y dos letras, la que estaba por encima del Bien y del Mal y de toda la materia, y que por lo tanto, había tenido que valerse de Jehová para la Creación, porque solo por medio de este podía realizar aquella deidad omnipotente, exquisita y grandiosa, toda la asquerosa podredumbre materialista que significaba la Creación.

Todo esto lo creyó ciegamente el infeliz Elí, que abrazó casi loco su nueva fe. No quiso escuchar a los que le aconsejaron prudencia, a los que le dijeron que aquellas herejías las había arrastrado su pueblo como un lastre en su contacto con las naciones paganas que lo esclavizaron; aquellos idólatras

adoradores de Baal, de Osiris o de Ormuz. Cerró sus oídos cuando quisieron demostrarle que hasta los gentiles, seguidores de aquel profeta de Belén, llamado Jesús, habían caído en algo parecido por oír a Maniqueo y Arriano.

No. Elí estaba seguro de lo que ahora conocía.

Él sabía que Jehová solo era el Dios creador de la materia. Un Dios terrible, armado de rayos y esparcidor de llamas, de matanzas y cataclismos, un Dios que, de vez en cuando, se asqueaba de su propia obra y la destruía, como cuando el diluvio o la destrucción de Sodoma.

Pero no era más que el instrumento del Infinito Poder de nombre impronunciable.

¿Acaso no había estudiado detenidamente la Cábala, que todo lo explicaba con inmensa claridad? ¿Acaso en la genuina Biblia hebraica no decía explícitamente, al hablar sobre la prohibición a los primeros seres, de comer los frutos del Árbol del Bien y del Mal, "para que no seáis como uno de ellos", y como Él, como creía su gente al asegurar obstinadamente que Jehová era el Único?

Y así, el pobre Elí Ben Gurt, que nunca había tenido una sólida cultura, se sintió desde entonces imbuido de sabiduría y belleza. Era como el Zaadik, un ser distinto a los demás, grande y hermoso, muy cercano a Él, el del nombre impronunciable y cada vez más alejado de Jehová, el Dios de la materia, contra quien primero Luzbel y más tarde Jesús se habían rebelado para tratar de conducir a la humanidad a las leyes del Verdadero, el que era Amor y Bondad y Espíritu puro y redimirla de las maldiciones.

Y Elí se fanatizó tanto con su nueva creencia que todos le consideraban loco y por eso llegaron a perdonarle su herejía. Y él, iluminado, viviendo en otro plano, entregado a la meditación y a la comprensión del Nombre Impronunciable, se aisló de la realidad, se alejó de todo y de todos, inclusive de la hermosa Rebeca que lo amaba con ternura y esperaba casarse con él. Se olvidó de sus ancestrales anhelos de atesorar riquezas, de adquirir poder, ¿para qué? Y soportó con estoicismo todo el infierno que se abatió sobre Polonia con la guerra, y particularmente sobre su raza. El horror de los campos de concentración y de los fusilamientos; llegó a contemplar con frialdad la matanza colectiva de sus congéneres en las cámaras de gases. ¿Qué importaba todo aquello? Era a la obra de Jehová a la que demolían en masa para liberar los espíritus que iban a integrarse al Verdadero, era por ello que Zaadik, en diversas épocas de la historia, atraía a sus semejantes a los lugares de la matanza, como lo había hecho Cristo y luego sus discípulos en la Era Romana, y como ahora los habían atraído a Polonia, a reunirse durante generaciones, para que los asesinaran los rubios guerreros germanos.

Y cuando los nazis se fueron, escuchó indiferente los cantos de sirena de las otras apostasías, creadas por profetas más modernos de su misma raza, como aquella que decía que el Dios Estómago y la Diosa Economía eran las únicas fuerzas que movían a la humanidad y ocasionaban la evolución y los cambios profundos.

Siguió a los suyos, que decidieron regresar a Canaán, y ahora se encontraba en el ardiente desierto, donde había esperado estar más cerca de Él; pero, confuso, solo contaba a

su paso la obra de Jehová, el Dios terrible e iracundo, el de las luchas y la sangre, el de las bíblicas maldiciones.

¿No estaban allí, acechando a Israel, los descendientes de Ramsés, armados ahora de mortíferos cañones que asolaban en las noches los campos recién cultivados? ¿Y los cananeos y filisteos descendientes de Goliath, atacándolos con sus aviones y sus tanques? ¿No estaba su propio pueblo, venido ahora de la Europa Central, con toda la técnica militar aprendida de los implacables nazis, causando muerte y dolor en las naciones vecinas? ¿Y todo, para qué y hasta cuándo?

Y mientras tanto los herejes seguidores de otros profetas hebreos, los del Becerro de Oro, que habitaban en el lejano continente llamado Nuevo Mundo, y los del Dios Estómago y Diosa Economía, que aprestaban a sus hordas asiáticas, aproximándose inexorablemente a la hecatombe atómica. ¿Por qué no intervenía el Supremo y Cósmico representado por dos triángulos blanco y negro? ¿Por qué no se ponía fin a la distante carrera de su instrumento materialista Jehová, el Dios terrible e iracundo?

Apartado, cansado y confundido de aquellas turbadoras meditaciones, Elí Ben Gurt arrojó su fusil a las candentes arenas frente a la puerta de su granja, pues no quería mancillar, portando armas bélicas, aquel hogar suyo que era como el templo de Eloy, y penetró en la casa, abatido y exhausto.

La magra y desarreglada figura de Judith vino a recibirlo desabridamente y después puso a calentar el agua para el té, en la cocinilla de kerosene que adornaba, llena de hollín, uno de los rincones de la amplia estancia que hacía de sala, comedor, dormitorio y cocina al mismo tiempo.

No obstante su desprendimiento de las cosas de la materia, Elí había tenido que tomar compañera, pues, los reglamentos de aquel Kibutz ordenaban que cada miembro formara familia, como lo indicaba la moral de Jehová y las leyes del gobierno central.

Judith había sido una agraciada y enérgica muchacha que había ganado gloria con las primeras guerrilleras, pero después de algunos años viviendo al lado del ensimismado visionario que aborrecía el pecado de la materia y adoraba aquella vaga fuerza cósmica de nombre impronunciable, se había marchitado hasta convertirse en una criatura seca y arrugada como una pasa.

—¿Qué tal el día? −gruñó casi con voz desagradable, solo por romper el incómodo silencio, mientras el hombre sorbía ruidosamente el té caliente que le había servido en una tasa astillada y sin asa.

—Malo −gruñó él también−. Perdimos tres hombres de los mejores. Esos árabes están cada día más atrevidos y mejor armados…

Al cabo de una larga pausa agregó con desaliento:

—Creo que mañana habrá lío gordo en la frontera. Han venido fuerzas regulares y han convocado a todos los guerrilleros…

—¿Vas tú también?

—¿Qué remedio queda?

Judith suspiró cansadamente y de nuevo reinó el silencio. La mujer cabeceaba de sueño, pues los trabajos del día, atendiendo sola a una granja de más de dos mil gallinas ponedoras,

mientras su marido iba a cumplir la vigilancia en las trincheras del sur, la dejaban en total estado de agotamiento.

Elí se levantó y fue a cumplir con el precepto, más higiénico que religioso, de lavarse un poco antes de acostarse a dormir. Ella lo ayudó vertiendo agua de una jofaina en el aguamanil y buscándole el jabón y la toalla. Cumplidas tales obligaciones, la mujer consideró finalizada su misión de ese día y le preguntó entre bostezos:

—¿No me necesitas más?

—No, puedes irte a dormir en paz.

Ella se acostaba en el extremo opuesto del recinto, lo más alejada de él, junto a la enmohecida cocinilla, que era como el símbolo de su reino. Elí, descalzándose de las pesadas botas, se tendió en su estrecho catre sin despojarse siquiera de la ropa polvorienta y transpirada; era tanto su cansancio.

A la luz de una lamparilla se puso a leer su vieja Biblia, con la avidez del vicioso que acude a la droga que lo tranquiliza, y las letras bailaron ante sus ojos vidriosos de cansancio y somnolencia.

"¡Adonai, Eloy, Jehová, el Nombre Impronunciable... No has de tratar de ser como uno de ellos, el Bien y el Mal... Todo se agitaba ante su vista, hasta que el sueño vino a vencerlo finalmente y no tardó en verse arrastrado a sus pesadillas de siempre.

Pero esta noche era como una revelación definitiva.

Ahí estaba el amo de la farsa, Jehová, el Dios terrible e iracundo, moviendo a sus humanos títeres desde la negrura vacía, en el grandioso escenario de su Creación. Guerras, asesinatos, conmociones, rebeliones, hambre, miseria, pestes,

vicios, su omnipotencia reinaba sobre un maravilloso y aterrador universo.

Los seres creados por él, los caínes y abeles, los salomones y herodes y los cristos, fariseos, saduceos, cristianos, capitalistas y marxistas, toda la gama inventada por el ingenio hebreo, bailoteaban como marionetas al conjuro de los infalibles dedos del Creador.

Unos adoraban, y otros fingían no creer en él; para estos inspiró la palabra ateo y los hacía representar el papel de materialistas y librepensadores, y ellos se daban a inventar nuevas doctrinas y filosofías para tratar de explicar el melodrama.

El Dios espectador reía burlonamente.

Habían llegado a veces, los más brillantes, al atrevimiento de apropiarse de papeles que no les correspondían, que él no les había asignado en el reparto, y se apartaban del tema de la Obra, como actores que perdieron la letra y se dieron a improvisar sin hacer caso del apuntador.

Pero todo esto era para más diversión del gran director de escena, que, con un gesto inefable, hacía volver a los infieles muñecos al lugar asignado de antemano.

Los había construido completamente diferentes para que no pudieran comprenderse mutuamente y estallaran el odio y los prejuicios entre ellos; unos eran blancos y otros negros y amarillos y los blancos se creían mejores y más bellos y perfumados, aunque el olor de algunos de ellos ofendería a veces el sagrado olfato de la deidad. Había esclavizadores y defensores, líderes y estúpidos seguidores fanatizados, otros eran engendros deformes ante seres bellos, inteligentes con estúpidos, brillantes y mediocres, afortunados y desgraciados. De vez en cuando Jehová les enviaba sus profetas, especies

de maestros de escena que adelantaban los acontecimientos y hacían vaticinios y les hacía saber por medio de ellos, que estaban obligados a amarse los unos a los otros, pese a todo, el odio que les suscitaba sus terribles diferencias.

Luchaban, sufrían, gozaban y despedazábanse en guerras y motines y después de un Primer Acto terrestre, seguían las lágrimas, las súplicas y las luchas en el reino de los dioses.

De pronto, en medio de la agitación de sus sueños-revelaciones, Elí estuvo la maravillosa impresión de la cercana presencia del Altísimo, del que estaba por encima del terrible Jehová. Lo buscó desesperadamente, ansioso de su luz, anhelante de su belleza, ham-briento de su calor.

Y súbitamente lo tuvo enfrente, cercano, lo más próximo que podía desear. Un grito de horror y de indecible angustia escapó de su pecho.

—¡No puedes ser tú!... ¡No puedes ser tú!…

La presencia de Él, el del Nombre Impronunciable, era completamente distinta a todo lo que Elí en su fe ciega, había imaginado desde que hiciera aquel "sensacional descubrimiento" en la Biblia clásica, en los cabalísticos estudios; aquello que su alma presenciaba ahora lo inundaba de pavor, dejaba pálido a todo lo más abominable y asqueroso que la mente humana más perversa pudiera soñar.

Su sola presencia inspiraba odio, angustia, terror y desesperación. Era una monstruosa aberración flotando en la negrura de Lo Que no Existe. Y de inmediato el ser inmenso, grandioso, hórrido, espantable, encontró los ojos de Elí que se sintió como herido por un rayo, fue como si la mente del Supremo lo absorbiera, lo llevara a su interior y lo dejara saciar

allí dentro sus ansias de conocer la verdad. Y Elí lo supo todo. No había Verdad.

Todo sucedía en la mente de aquel Dios. Todo era el sueño de un monstruo infinito, que se aburría en su soledad y temía a otros monstruos. El mismo Jehová solo existía en su mente inmensurable, no lo había creado aún para que él creara después el universo, y las alimañas del universo. Solamente lo estaba soñando todo. Quizás ni lo llevaría a cabo jamás. Después de haberlo imaginado todo, desde el Principio hasta la Consumación, muy difícilmente cometería tan cósmica barbaridad.

En lo que despertara, en lo que dejara de pensar en ello, todo terminaría. Jehová y toda su obra, volverían a ser lo que nunca ha existido. Y todo se arreglaría para siempre.

Al día siguiente, bien alto el sol ardoroso sobre las quemantes arenas del Sinaí, arreció la lucha entre los descendientes del Gran Faraón y los hijos de Moisés. El monótono estrépito del tableteo de las ametralladoras parecía lluvia cayendo sobre techos de zinc, roto a veces por el estallido de granadas impertinentes.

Una figura extraña, de cabello completamente blanco y ojos extraviados se alzó de las trincheras israelíes y caminó sin armas, como un sonámbulo hacia las líneas enemigas, mientras los impactos de los proyectiles sacudían su enflaquecido cuerpo y bañaban de sangre el sucio overol de kaki.

Al fin, fue a caer como un pingajo despedazado sobre las alambradas egipcias.

Era Elí Ben Gurt, el visionario.



LA ÚLTIMA NOCHE DE CARNAVAL

Un cuento de nuestro tiempo

No sé cómo vine a parar aquella noche, la última del alegre carnaval, a las puertas de mi antiguo club, al que había dejado de asistir desde que habían comenzado mis dificultades económicas. Parecía más bien como si hubiera sido mi recién pulido coche el que, con engaños, me hubiera llevado hasta allí.

Era un Packard algo anticuado, pero señorial, y a mí, que le había cobrado afecto a fuerza de serme útil, me parecía uno de esos ancianos elegantes, de sienes plateadas, pero erectos y gallardos a pesar de sus achaques.

Toda la calle estaba adornada con luces multicolores y bambalinas, y una multitud de curiosos, algunos de ellos y ellas disfrazados de mamarrachos y negritas, se paseaban por las aceras con ganas locas de entrar.

La orquesta, desde adentro, lanzaba al aire su estrépito "afrocubano", y las ondas lo llevaban a la calle haciendo que se removieran inquietos de ritmo "los hambrientos de afuera".

Cantaba "Joseíto" con su voz chillona y grotesca: "El cuartito está igualito... como cuando te fuiste". A pesar de todo, me gustaba la forma de cantar, la loquera que tenía aquel mulatón, y ello, me decidió a entrar, lo mismo que

cuatro hermosas "tártaras", como les decían a las muchachas locas en el argot caraqueño, disfrazadas con bikinis y antifaces, ambas cosas muy escasas, que exhibían sus esplendorosas desnudeces al frío de la noche, y me gritaron con chillonas voces de mascaritas.

—¡Mira! ¡Gordo buenmozo! A que no me conoces…

Yo no era gordo en realidad, más bien tenía contextura atlética, pero con la ropa me veía cuadrado y parecía gordo −por lo menos así pensaba yo−. Me peiné mirándome en el espejo de mi carro. Veintinueve años con señales de haberlos vivido, en los ojos y en pelo; una iniciación de calvicie progresiva que era mi mayor complejo físico; nariz aguileña como la del viejo (mi padre, muerto ya), y boca carnosa, un tanto dura de expresión, en total, no mal parecido del todo, pero tampoco buenmozo.

Aquí en la tierra, en esta realidad de 1955, me llamaba Daniel Tarñán, y estaba muy arruinado y sin trabajo. Solo me quedaban cuatro trajes y tres pares de zapatos, veinte camisas, cuarenta billetes en un Banco para mantener (por amor propio) mi antes cuantiosa cuenta corriente, y aquel flamante Packard 51, recién pulido, del cual aún debía la mitad de los giros.

¡Ah!, también poseía una mujer que decía amarme, y dos hijitos: Danielito y Yolanda, que me hacían sentir vanidoso como un pavo, aún no me explico por qué, pues, hijos, hacen hasta los ratones.

Pero estas tres personas de mi vida, que se colaron en ella sin que yo pudiera evitarlo a tiempo, casi antes de

darme cuenta, no los consideraba "utilidad", sino "mi gran problema".

Cerré el coche y saqué una mohosa tarjeta de miembro.

El gerente del club, que tenía un gran parecido con el emperador Bao-Day, de la Indochina, me hizo una reverencia, junto con el portero, un negro alto, como guerrero zulú. Yo pensé que era la gran cosa "criar fama" pues hacía más de seis meses que no pagaba la cuota, y me sorprendía tanta amabilidad y solicitud conmigo.

—Adelante, señor Tarñán. Linda noche, ¿verdad?

Les sonreí y pasé directamente al bar, por pura pose, pues aborrecía la bebida, y no por moralista, sino simplemente porque no me gustaban aquellos menjurjes embotellados que le hacían a uno descomponerse a las pocas copas. A mí siempre me causaba el licor un terrible dolor de estómago.

Aquello, a pesar de ser espacioso, estaba repleto de humanidad disfrazada y enloquecida. No podía caberle un alfiler más, sin embargo, cada vez entraban más personas.

El club era una vieja y hermosa casa colonial reformada, estaba construida en una bella loma sembrada de pinos gigantescos y rodeado de bellos bosques que iban descendiendo hasta la gran piscina olímpica que, en la noche, con el reflejo de las luces y la quietud que reinaba allá abajo, con sus parejitas de enamorados murmurantes, en los bancos y sentados en el césped, le daba cierto encanto bucólico que hacía olvidar el escándalo de arriba.

Me sentí mareado entre el intenso bullicio. Era como si estando en medio de aquella multitud de hombres y mujeres enmascarados, ahítos de whisky y ebrios de sensualismo en

aquella noche de demencia carnavalesca, me encontrara solitario y lejano, a millones de años luz de distancia.

La muchacha enmascarada se estrechó contra mi cuerpo. Bailaba y me hacía bailar, en una forma tan descarada y lujuriosa que de pronto me sentí mal, incómodo, al sentir las miradas de todos fijas en mí. Éramos el blanco de las extraviadas miradas de todos los disfrazados que nos rodeaban; algunos con envidia, otros con aprobación, los más con sonrisa de burla.

Ella era hermosa, espléndida, debajo de su disfraz de mamarracho que ocultaba toda la plenitud de sus formas esbeltas. Se llamaba Elda y yo la conocía plenamente.

Habíamos vuelto a encontrarnos después de mucho tiempo, en el baile, y todo lo que antes nos había unido volvía ahora, a agitarse inquietante entre nosotros.

Sin embargo, yo no lograba concentrarme en la realidad del lugar, toda aquella agitación y frenesí, la diabólica música, me sonaba muy lejana, y las hermosas "mamboletas" que se agitaban semidesnudas en la tarima de la orquesta, a través de la espesa neblina por el humo de mil cigarrillos, me parecían "dos brujas del infierno". Escuché la voz de Elda como viniendo desde muy lejos.

—¿Qué te habías hecho, Daniel?

—¿Y tú?

—Yo dando tumbos por ahí, como una goleta de contrabando.

—Sigues siendo muy bella.

—¿Y cómo lo sabes si todavía estoy oculta tras el disfraz?

—Te siento como antes, suave, maciza, esplendorosa como una pantera; a pesar de tanto tiempo, es como si estuvieras desnuda en mis brazos.

—Me estás hablando como antes, Daniel.

—¡Como antes!

—¿Y qué era antes?

Las luces brillantes que acribillaban como mil luciérnagas los árboles de la pista bailable, parpadearon y parecieron alejarse.

Otra vez aquella helada sensación de soledad y de lejanía vino a apoderarse de mí. Estaba a mil millones de años luz en el espacio.

¿Era otra dimensión?

¿Qué era antes? ¿Cuál era la realidad verdadera?

Poco a poco descendí de nuevo, las figuras danzantes de las parejas disfrazadas tomaron forma otra vez. La música erótica, con sus reminiscencias canibalescas volvió a herir mis tímpanos con ritmo enloquecido de trompetas estridentes.

Ella me acariciaba el cuello; a través de la boca de su máscara grotesca, acercó sus labios y besó los míos con fogosa avidez.

—Te habías ido, Daniel. Es como si te hubieras muerto en vida −me dijo extrañada−. Yo estaba bailando con un cuerpo vacío, sin alma.

La deseaba, todo mi ser vibraba de deseo, quería volverla a sentir agitada de placer entre mis brazos.

Afuera me esperaba, esplendoroso y recién pulido mi elegante Packard. Pero la verdad era que yo no tenía dinero, estaba "limpio". No me quedaban ni diez monedas, según

pude constatar cuando me hurgué minuciosamente los bolsillos; así que ni siquiera podía brindarle un refresco a la muchacha y menos podía llevarla conmigo. ¿Adónde?

Ella me había conocido en la otra etapa, la de la abundancia y el derroche alegre; yo había sido espléndido antes, y ahora no quería desnudarme ante sus ojos y dejarme conocer en mi situación actual. Una voz conocida interrumpió mis cavilaciones. Era Maribel, otra antigua amiguita.

A través de los agujeros de su máscara, los negros ojos de Elda la fulminaron y se estrechó más contra mí, como si yo fuera un objeto de su posesión que la otra quisiera arrebatarle.

—Ajá, Daniel –dijo Maribel burlonamente–. Muy amargado te veo. ¿Ya te olvidaste de mí?

—Qué va, mija –repuso Elda furiosa–. Zapatea hacia otro lado, ¿sabes?

Casi me empujó hacia el estrado de la orquesta, y Maribel se alejó riéndose.

Las "mamboletas" se habían retirado "desencuadernadas" y dos afeminados muy indecentes por descarados, habían ocupado el puesto de las bellas mulatas y hacían impúdicos esfuerzos por imitarlas en el baile y llamar la atención de la humanidad hacia su defecto.

Otro invertido cantaba aferrado al micrófono como si fuera la tabla de su salvación. Estaba disfrazado de "actriz mexicana" y doblaba muy bien una ronca voz muy conocida. Para completar la escena un tanto dantesca, dos viciosas llamativas bailaban muy juntas.

Pensé que aquella fiesta quería parecerse cada vez más a una orgía romana y sentí náuseas y asco.

El hedor de mil axilas sudorosas de hombres y mujeres, de alientos alcoholizados y el salvaje vaho de tantas mujeres histéricas me asfixió. Yo no pertenecía a toda aquella podredumbre. Yo estaba allí por equivocación. Era de un mundo lejano y primitivo, pero viril y hermoso; un mundo de soledad y de belleza y no de hediondas multitudes ebrias, restregándose al ritmo de músicas neuróticas.

Ahora estaba solo en el bar. Aborrecía el whisky. Para mí no era más que medicina amarga. No comprendía la manía de todo el mundo por el whisky, así que pedí otra cosa desagradable, un brandy.

Un militar ebrio y celoso había disparado su pistola al aire, para asustar a alguien que le había quitado la pareja, y en la baraúnda que se formó enseguida había perdido a Elda, pero me tropecé con Maribel y pensé que una por otra no era trampa.

—Manuel, tengo mucha sed.

Y yo pensé en mi malhadada suerte con Maribel; siempre la perdía por falta de dinero. Meses atrás la había tenido que abandonar y desaparecerme de su vida, todo por mi repentina quiebra. Ahora, igual que a Elda, había venido a encontrármela aquella noche de locura en el club, y estaba "limpio" (sin dinero, en el argot criollo).

—Solo quiero que me consigas agua −me advirtió ella, adivinando mi indecisión. Yo le contesté un poco molesto:

—En realidad estoy sin plata, Maribel, pero puedo brindarte un whisky. –La tomé por el hermoso brazo y la saqué de entre la masa de disfraces borrachos.

Siempre me había quedado con las ganas de retener a Maribel, y creo que ella pensaba igual que yo.

La muchacha estaba paladeando su "medicina con soda" y yo apuré mi brandy como Sócrates se bebió la cicuta, porque no podía hacer otra cosa. —¿Y la loca que te estaba monopolizando? –me preguntó ella con ironía.

—La perdí hace un rato, cuando se armó el jaleo.

—¿Viste a tu amigo Elio? –me preguntó señalándome a un apuesto joven que discutía acaloradamente con "su problema".

Elio había sido romance de Elda, y yo, prácticamente sin quererlo hacer, lo había suplantado en el afecto de la muchacha.

Había sido él quien me la había presentado, me había llevado a su casa, donde ella vivía con una tía, y me había restregado en los ojos la belleza sensual de la muchacha.

Elio se sabía guapo y gallardo, y eso lo hacía un tanto engreído, quizás hasta pagado de sí mismo como un narciso. Yo, en cambio, no era tan bien parecido, pero siempre tuve buena suerte, aunque me sea feo decirlo: "les caía bien". Me decía sorprendido de mí mismo que quizás fuera porque era afectuoso al principio, por ser de otro mundo diferente, y esto, al parecer, les gustaba a ciertas mujeres, por lo menos con las que me había tropezado. Luego uno tiene su "labia". Si me dejaban hablar, era éxito seguro. Había una cosa en

que estaban de acuerdo todas: yo era una criatura extraña y taciturna, y eso las atraía.

Según decía mi mujer, mis ojos no eran como los de los terráqueos, sino que cambiaban de color, según el tiempo y mi estado de ánimo. Grises con la ira o la tristeza, pardos en los días vulgares y monótonos, cuando me aburría de lo lindo.

Acostumbrada ella a mirarme fijamente a los ojos cuando yo volvía de la calle, y me decía en tono de dulce reproche:

—Hoy me has sido infiel. Traes los ojos muy verdes y chispeantes. Cuando amé a mi mujer, según ella, los tenía negros, y para mi madre, azules, como los de un príncipe escandinavo. Eran, pues, esos mis únicos atractivos. Algo debía de tener.

Bien, los ojos cambiantes, mi "labia", la paciente constancia con que me dediqué a ella, pero por sobre todo, la ayuda de mi fiel Packard y las prolongadas ausencias de Elio que trabajaba en el interior, hicieron que Elda volviera hacia mi persona las baterías de su ardiente temperamento.

Aquello me había distanciado bastante de mi amigo. Nunca me lo perdonó del todo, ni se perdonó a sí mismo, pues había sido él quien acercara a mí aquella dulce fruta, cálida y tropical, que era Elda. Desde el primer día en que, viajando los dos en mi anterior automóvil por una carretera de provincia en la época en que yo podía gastarme el lujo de tener chofer, sacó el retrato de ella de un maletín negro, y de entre vulgares relaciones de movimientos de tierra y jornales, pues ambos trabajábamos en la construcción de un camino, me lo enseñó y me dijo:

—¿Qué te parece mi nuevo amor? ¿Verdad que está divina?

—Bellísima −había contestado yo, admirando la fotografía de una preciosa muchacha esbelta de boca hospitalaria y hermosas piernas, que quizás por la forma en que le habían tomado la foto, eran de toda su hermosa anatomía lo que más resaltaba, como vendedora que exhibiera su mejor mercancía.

Eso había pasado hacía bastante tiempo, un año o más. Ahora Elio estaba en el club, discutiendo con "su problema".

Este eterno problema era Margot, una cabaretera morena y afilada como una daga, su amante de años, desde que muy joven se enredara con ella, sin poderse librar nunca más, como sucede siempre en esos casos; era celosa como una tigresa y enamorada de mi amigo con la ferocidad de una arpía.

—La estabas mirando, ¡no trates de engañarme! −le gritaba furiosa, y su lengua era afilada también por lo visto−. ¡Tú crees que yo soy tan tonta! ¡Canalla!

Y sin más ni más se abalanzó contra el adónico rostro de Elio a bofetones y arañazos.

"La coneja" era como la llamaba nuestro mutuo conocido "El Cubi", y yo, francamente, no veía qué podía encontrar en Margot un joven elegante y fino como Elio para soportar el castigo que significaba estar dormido por aquella "espátula femenina". Él, como la mayoría de los hombres, en su caso, se justificaba vanagloriándose de que "Margot era la mujer más ardiente y maravillosa que había conocido y que por eso no la dejaba".

Sentí lástima y vergüenza por mi pobre amigo Elio y de mí mismo por conocerlos y participar en la tonta escena.

Alguien vino y se llevó a bailar a Maribel. Joseíto se desgañitaba ahora cantando un bolero de moda.

"A las seis es la cita... No te olvides de ir... Tengo tantas cositas... Que te quiero decir…"

Y otras sandeces por el estilo, pero que a la gente del siglo xx la vuelve loca, tanto como el rock-and-roll o el hula-hoops.

En ese momento vi venir a "El Cubi" con el "Bello Harris", ambos traían los ojos casi cerrados por el atracón de la droga que se habían prodigado hacía pocos momentos, los vi cuando se metían en el reservado, temblorosos y furtivos de ansiedad. Ahora venían eufóricos, descocados, haciendo alarde de su vicio.

Sabía como todo el mundo, incluyendo a la policía, que "El Cubi" y Harris se drogaban; pero, ¿dónde había conocido yo a aquellos engendros tan lejanos de mi persona, tan absurdos y grotescos? Elio me había presentado a "El Cubi" en el Hipódromo. Era el típico parásito de hipódromo que existe en todas las ciudades del mundo, vive de las trampas, las "movidas", como ellos dicen, le dan a diez incautos diferentes el "dato fijo" de los diez caballos que van a correr; a cada persona un caballo diferente, y como algunos de los diez tiene que ganar, se dejan caer luego sobre el afortunado a quien le tocó el dato ganador (para eso tienen su buena memoria) y le cobran su fuerte "carepalo" o su "verdiñán", y aun su "marroniñán", de comisión, como ellos llaman a los billetes de banco, según el monto de lo ganado por el

incauto jugador[1]. Es un negocio infalible, y yo, como todos, había pagado el noviciado.

—Bueno, primito, le fue bien, ¿verdad?, con el caballo que le di. Vengan mis dos cachetes y coja esta otra "fija".

"El Cubi" era, entre la fauna de vagos y maleantes, fumadores de "pitos" de marihuana, que se paraban en ciertas esquinas de la ciudad, quizá el más despreciable de todos, pero también uno de los más peligrosos.

Era el prototipo de la juventud corrompida y nauseabunda de la época, los "rebeldes sin causa" americanos, los "teddy boys" ingleses, los "gamberros" de España y los zagaletones nuestros en sus años mozos, delincuentes juveniles y después hampones en potencia cuando son adultos.

Al verlos acercarse, tambaleantes, extraviadas las inmensas pupilas, supe que estaban "arrebatados" y comprendí que habría lío de inmediato y que mi noche de carnaval iba a terminar mal.

Habitualmente, yo era un ser pacífico y prudente, pero el reverso de la medalla de mi personalidad, era la ira y la violencia, sobre todo cuando me sentía acorralado. Había sido siempre mi desgracia el ser iracundo, y el no poder dominarme cuando hacía presa de mí la indignación; entonces mis ojos eran rojos e inyectados, como los de un perro rabioso; me convertía en un ser peligroso que atacaba ciegamente sin medir consecuencias.

1 Palabras del argot criollo para nombrar las monedas de Bs. 5 y los billetes de Bs. 20 y Bs. 100.

Ya “El Cubi” me había presentado al “Bello Harris”, cuando llegué al Club, y con insolencia me había convidado a doparme con droga, “echarme un pito” como ellos decían siempre. Desde que nos conocíamos, “El Cubi” me sondeaba para ver si yo era candidato para “un pase de coca” o “un pitaso”; él sabía dónde la había en cantidad y estaba en contacto con los “big men” del negocio inmundo de la droga; según él, estaba “apoyado” y no había riesgo ninguno en hacerle caso.[2]

Yo despreciaba en silencio al “Cubi” y lo odiaba por hacerme aquellas insinuaciones. No había nada en la vida que me ofendiera más que el hecho de que una asquerosa bestia como aquella me subestimara hasta el punto de querer inducirme a participar en sus estúpidas debilidades.

—No vengas a ofrecerme porquerías de nuevo, “Cubi” −le advertí, con el tono más helado y amenazador que pude poner en mi voz. Una tormenta comenzaba a formarse en mi interior, y reconocí que mi peligrosa ira, la que se apoderaba de mí cuando me sentía acorralado, estaba por estallar otra vez−. Basta ya de “eso” conmigo.

—Pero ¿qué es esto? −rió con desprecio “El Cubi”. Tenía los bigotes erizados y los ojos carcomidos por el vicio−. ¿Has oído, Harris? El “curita” se atreve a despreciarme un “pito”.

Harris parecía idiotizado. Era un hermoso muchacho semejante a un efebo, con una belleza nada viril, sino más bien femenina. Se veía cómo provenía de buena familia y

2 Palabras del argot de los drogómanos.

era culto y elegante. Individuos como “El Cubi” lo habían envilecido y viciado, y como tenía dinero y ocupaba una buena posición en un ministerio, era ahora un proveedor de “pitos” y de “coca”.

Se había quedado inmóvil, como una esfinge, muy pálido. Oleadas de furia hacían presa de mí; en mi interior yo no era Daniel, el infeliz habitante de aquel mundo indecente y esclavo. Yo era el gran guerrero del crepúsculo.

Aquel “insecto” terrenal no podía ofenderme con las porquerías de su era miserable.

“Cubi” había sacado del bolsillo del paltó de Harris un largo pitillo de marihuana y trató de metérmelo en la boca. El violento puñetazo que descargué contra su rostro sonó como un estallido, y lo vi derrumbarse, escupiendo dientes y sangre.

Se levantó de un salto inmediatamente y vi abrirse en su mano una gran navaja, afilada y brillante.

Agachado como un gato, se vino sobre mí con ansias asesinas. Estaba eufórico de valor y el temple que le proporciona la droga en ese instante.

Me apoyé contra el mostrador del bar y agarré una botella, dispuesto a quebrarla y defenderme de sus afiladas puntas de vidrio; pero, en ese instante en que “El Cubi” se abalanzaba hacia mí, y yo, rugiente como fiera acorralada, le hacía frente decidido, el infeliz Harris hizo por primera vez algo noble en su vida. Se interpuso entre ambos, tratando de sujetar al “Cubi”.

El ciego puñal del drogado entró dos veces, con furia, en su amplio pecho juvenil, haciendo saltar la sangre copiosamente.

Vi un violento torbellino de disfraces envolvernos. Oí pitos de policías y gritos de mujeres aterradas. Alguien me sacó, tomándome una mano, de aquel maremágnum de pasiones desatadas, y como en sueños advertí que era Maribel.

Elda, "mi otro recuerdito del pasado", viéndose abandonada, había conseguido a un apuesto oficial de aviación y había tratado de agredirme y había terminado por herir gravemente a su compañero Harris.

"El Cubi" estaba fichado, como era de suponer, y tenía un "buen" historial. Antecedentes de todas clases.

Además, todos lo habían visto agredirme y herir a Harris; así que no tuve problemas con la policía, y me pidieron solamente que pasara al día siguiente por la comandancia a rendir declaraciones.

Como entre brumas vi que se lo llevaban esposado; habían llamado a una ambulancia y dos enfermeros fantasmales en su blancura, que parecían ser dos disfraces más, pusieron a Harris en la camilla y se lo llevaron sangrante.

La orquesta se arrancó de nuevo, con estridentes trompetazos y sonidos de bongós que llevaban el ardor africano a aquella humanidad mestiza. Todos volvieron a bailar y a reír, a beber y restregarse unos contra los otros, como gatos lujuriosos, como si nada hubiera pasado.

Había caído el telón sobre aquella parte dramática de la noche, y la demente mascarada volvió a su ritmo frecuente.

Me dejé llevar por Maribel hacia afuera. Fuimos hasta donde había dejado estacionado el coche. La hermosa trigueña estaba decidida a irse conmigo, a escapar de aquella atmósfera asfixiante. Le di la llave en silencio y, sentándome a su lado, cerré los ojos.

Ella condujo el coche cuesta arriba, suavemente, hasta la alta carretera que bordeaba las faldas del gran cerro.

Desde allí podía verse toda la ciudad, como un montón de brasas encendidas en el fondo de un anafre silencioso y negro.

Hacía bastante frío allá arriba. Poco a poco fui serenándome y recobré la calma por completo.

Maribel había detenido el Packard frente al abismo de las luces. Pronto su hermoso brazo moreno vino a rodearme mimosamente por el cuello.

—Esta vez no te escaparás como antes –dijo muy quedo–.

¿Recuerdas? Desapareciste de mi vida en el momento más inoportuno. Quedamos en nada. ¿No te parece que debemos reanudar nuestras vidas en el momento preciso en que nos perdimos mutuamente?

Yo la escuchaba fascinado. Como nauta que escucha cantos de sirena. Había deseado ardientemente a aquella morena y la había perdido una vez más sin poder disfrutar su sabrosa belleza de fruta madura. Ahora todo el antiguo deseo, toda mi pasión de hombre joven y vehemente, bullía de nuevo en mí, y hacía arderme la sangre, como los tizones de allá abajo, las luces de la ciudad.

Sin embargo, intenté una última resistencia, porque sabía bien que aquella debilidad significaría un nuevo problema,

y estaba de ellos completamente harto. No quería ni pensar en más líos.

Su boca era deliciosa como un mango. Se pegó a mis labios como una ventosa y me condujo de nuevo, a través del negro espacio de los tiempos, a mi verdadero tiempo, a mi real mundo. Yo era el guerrero. Ella era Sablia, la hembra vedada.

—Maribel –murmuré, haciendo un verdadero esfuerzo por volver a la realidad. ¿Pero era acaso aquella la verdadera realidad?

¿O era un sueño? —Antes desaparecí de tu vida porque quedé arruinado –continué diciéndole–. No quise arrastrarte conmigo a una existencia azarosa y miserable... Sabes que yo tengo mujer e hijos, y sabes que cumplo con ellos, que los mantengo.

—No me importa nada de eso –interrumpió ella, besándome–. Solo necesito parte de tu tiempo.

—Tengo dos hijitos... –insistí yo, pero ella no hacía caso de mi defensa.

—Yo te daré otros más lindos.

—Eso es precisamente lo que no quiero, Maribel –argumenté yo–. No deseo traer más reclutas indefensos a esta espantosa batalla de la vida.

—Yo los mantendría y los educaría –exclamó ella con apasionada decisión–. Solo quiero que me los des.

—¡Estás loca!

—No estoy loca. Vámonos y te lo demostraré –diciendo esto había puesto en marcha el motor del Packard, último vestigio de mi pasada prosperidad.

—Maribel −terminé por decirle, con mucha pena, la desagradable confesión−, hoy no tengo plata ni para llevarte a un hotel.

—No hace falta −repuso ella−. Tranquilízate. No hay problemas en mi vida. ¿Recuerdas el cuartito donde me visitabas antes? Ese cuartito está abierto para ti cuantas veces quieras ir.

Aclarado el último punto, yo me volví, turbado, hacia ella. Me había estado conteniendo como un valiente, pero ahora como el niño que al fin logra apoderarse de la ansiada golosina.

La besé, mordiente, en la garganta.

—No me sigas besando así, mi amor. Mira que me voy por el barranco.

El coche había bajado por la amplia avenida y yo me detuve frente al edificio alto, de apartamientos, que yo bien conocía. Subimos por las escaleras lentamente, deteniéndonos en cada peldaño para besarnos. Maribel tenía arrendado un acogedor rinconcito en la casa de una familia italiana de costumbres "muy liberales"; es decir, que mientras ella pagara la renta, ellos hacían la vista gorda.

La mano de la muchacha estaba temblando cuando introdujo la llave en la cerradura. En silencio cruzamos el vestíbulo y el comedor hacia el cuarto de la morena de belleza fabulosa.

Entramos y... (quiero aclararles, para que no se hagan torvas interpretaciones, que Maribel era mi esposa desde hacía años). Nos habíamos estado divirtiendo a costa de ustedes, los mortales. Siempre lo hacemos así, cada vez que

yo me escapo y me vengo a esta existencia a echar “canitas al aire”. Entonces ella viene a buscarme y siempre me saca de situaciones comprometidas. Nos divierte mucho esta comedia de imitar a los pobres terráqueos pervertidos... pero ya nos estamos cansando. Hablando con franqueza, esta época, además de nauseabunda, es aburridora.

Nos fuimos directos al clóset, y por allí a nuestro mundo... Creo que no volveremos más.



OBSESIÓN

Quizás mañana ya pertenezca yo
a los siete mil años de ayer
Omar Khayyam

Afuera rugía la tempestad, los relámpagos eran como latigazos de luz, acompañados del sordo tronar de mil tambores guerreros, gigantescos.

En el fondo tenebroso de la cueva Morok se revolvía inquieto entre sus cálidas pieles que aún conservaban el penetrante olor a oso. Morok no lograba conciliar el sueño, había agotado ya todos sus rudimentarios recursos para atraer al dios-sueño, como por ejemplo, contar renos imaginarios o tratar de no pensar en nada, ni siquiera en comida, que para él era lo más importante.

Pero era inútil. Y no porque Morok experimentara terror a causa del temporal, peores lo habían sorprendido a él en plena intemperie, cuando no había un árbol bajo el cual guarecerse, en las noches en que seguía en el desierto, las huellas de Uurum.

No. Morok temía más al largo viaje de regreso. A la gran jornada que tendría que emprender al día siguiente, y se atemorizaba de imaginar lo que iba a encontrar al final de la senda. No quería ni pensar en ello, pero

la imagen esbelta y morena de Liina se le volvió a incrustar entre ceja y ceja, como la astilla dolorosa de una maza rota sobre su frente. Los feroces celos volvieron a hacer presa de Morok y le espantaron definitivamente el dios-sueño que había estado forzando por acercarse y dominarlo.

¿Por qué era que cada vez que recordaba a Liina, se sentía invadido por aquellos perversos celos?

Liina nunca lo había engañado hasta ahora, por lo menos que él supiese; pero en este gran viaje en que había vuelto a dejarla sola por muchas lunas, los celos habían convertido las noches de Morok en un gran tormento.

Su imaginación afiebrada se desbocaba y lo hacía verla en brazos de otro macho de la tribu, y otras veces ¡oh, cosa insensata!, la imaginaba huyendo con uno de aquellos guerreros rubios y altos, que no andaban encorvados ni eran peludos como los de su raza, y que para maldición de su pueblo estaban apareciendo por la pradera, cada vez en mayor número.

Esta visión colmaba ya el límite de su resistencia nerviosa.

Imaginar que Liina lo abandonaba por uno de aquellos bichos lampiños, era más de lo que Morok podía soportar. En sus febriles noches de desvelo veía a Liina traicionándolo con machos, siempre jóvenes y robustos; él ya se estaba volviendo viejo, y entonces Morok rugía enfurecido y su garra se alargaba a empuñar el mango de su tosca hacha pedernal.

Un trueno más ruidoso que los anteriores, estalló en sus oídos y sacó a Morok de sus desagradables cavilaciones volviéndolo a la realidad de la cueva solitaria. Pensó en los dioses del trueno y de la lluvia y les rogó que apartaran de su dura e hirsuta cabeza aquellos malsanos pensamientos, pero era inútil, los dioses parecían no escucharlo, y al fin, al amanecer, logró conciliar el sueño, rendido de agotamiento, cuando ya la tempestad había amainado convirtiéndose en suave lluvia, cuyos melodiosos sonidos, al chocar contra las piedras, era como un dulce arrullo igual que los cantos de Liina que atraían a la fugaz deidad que hacía dormir.

Al día siguiente, con el sol muy alto y el día muy hermoso y limpio de nubes el brillante cielo, Morok abandonó su refugio de la caverna, llevando sobre sus hombros el pesado fardo de cuero donde llevaba la carne de gamo, mezclada con grasa de oso almizclero, el bocado más apetitoso y codiciado en su tribu y que había estado reduciendo a polvo, todos esos días, a fuerza de golpearla en el saco con su nudoso garrote.

En aquel gran saco llevaba mucha carne reducida a polvo, que mezclada con la grasa y la sangre del oso, debía durarles todo el largo invierno, junto con las otras provisiones que había ido atesorando día a día, para la subsistencia de Liina, de Erk, su cachorro hombre, y a él mismo. Erk, su hijo, era alto y erguido como los extraños guerreros del norte y aquel fenómeno había puesto muchas veces a trabajar el estrecho cerebro de Morok: quizás de allí partían todas las dudas que lo

atormentaban acerca de la fidelidad de Liina. Le causaba gran vergüenza y extrañeza al peludo Morok, su hijo Erk, pues un ser así venía a constituir un aborto extraño de la naturaleza, entre la gente de la tribu.

Durante varios días anduvo Morok por los bosques, en dirección al este, donde moraban sus congéneres, bebiendo agua en los riachuelos, alimentándose de frutas y de migajas robadas al saco de cuero que constituía el tesoro más preciado que llevaba al hogar; por las noches dormía en la horqueta de algún árbol gigante y entonces comenzaban los torturadores pensamientos que agitaban su mente, ya muy próxima al desenfreno de la locura.

La jornada fue larga y dura, sobre todo al llegar al pie de la escarpada montaña rocosa que servía de muralla inexpugnable a la pradera donde habitaban las criaturas de su tribu, velludos y grotescos como los grandes gorilas que dominaban los bosques del oeste.

Morok ansiaba llegar, para darle a los suyos la nueva del feliz resultado de sus exploraciones: había encontrado una tierra maravillosa, muy al sur, entre dos grandes ríos repletos de peces deliciosos y rodeada de frondosos bosques donde abundaba la caza; allí nunca sufrirían hambre ni privaciones en ninguna época del año; podrían refugiarse en aquella región para siempre, bien ocultos y lejos de los guerreros de pelo amarillo, de rostros barbilampiños y cuerpos altivos que habían invadido su pradera disputándoles la cacería. Pero por encima de todo, Morok anhelaba llegar a su destino para volver a ver a la hermosa Liina, su hembra, la madre de Erk, la única

mujer esbelta y bella de la tribu, y no porque a él, en su amor así le pareciese, sino porque en realidad Liina era una espléndida mujer, en nada semejante a las bestiales criaturas de su raza. Pensaba Morok que volviéndola a ver y estando con ella, se libraría totalmente de aquellos fantasmas rabiosos de los celos que lo enloquecían cuando se alejaba de su lado.

Con gran dificultad, por el peso del tremendo fardo lleno de carne y del garrote que llevaba en su mano, siempre listo, y el hacha que colgaba de su cinturón, escaló Morok la árida cordillera, agarrándose con las manos sangrientas a los afilados bordes de las peñas, calentadas por el sol; finalmente, horas más tarde, jadeante y bañado en sudor por el esfuerzo, logró escalar hasta la cima, caminó sobre la explanada con el corazón palpitante de alegría por la proximidad de los suyos y luego comenzó el descenso por el otro lado hacia la pradera. Sus salvajes ojos se llenaron de gozo al ver a la tribu esparcida sobre la verde yerba y entre la umbría frescura de los árboles, las mujeres y los niños buscando fruta, y los machos, más refinados en sus gustos, hurgando entre los troncos derribados y bajo las piedras, en solicitud de apetitosos gusanos y otras alimañas.

Bajó, casi corriendo el trecho que le faltaba, y pasó entre todos ellos, que levantaron los ojos un momento, saludándolo con un coro de gruñidos y gritos amistosos, y se dirigió, sin pérdida de tiempo, derecho a la entrada de la cueva que le servía de morada, junto a Liina y su hijo; escondido entre la espesura de la pequeña loma que

dominaba a su vivienda, temblando extrañamente, lleno de raros presentimientos y temores suspicaces, se puso a espiar a la espera de que alguien apareciera en la entrada.

Y en efecto, sus sospechas se vieron confirmadas; pronto la hermosa Liina salió de la caverna tomada de la mano con un joven macho, alto y lampiño como eran los guerreros del norte. Desde su escondite, Morok no podía distinguir el rostro del mozo que acompañaba a su mujer, además la rabia salvaje que lo cegaba y llenaba de rojo a sus pupilas, no le permitió discernir.

Lanzando un rugido iracundo alzó el hacha de pedernal y la arrojó con todas sus enormes fuerzas contra el desconocido, que apenas recibió el golpe se precipitó al suelo, como fulminado por un rayo, con el cráneo sangrando profusamente.

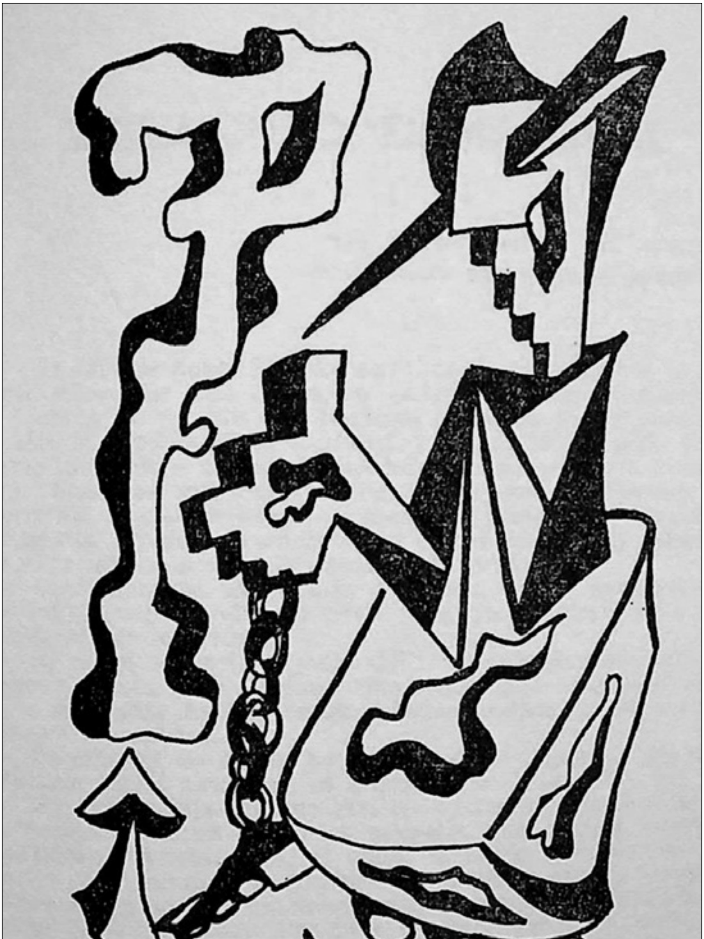
Liina gritaba y sollozaba desesperada, y Morok bajó bamboleándose como un gorila, dispuesto a rematar a su rival con el nudoso garrote que armaba su diestra.

Ella estaba arrodillada al lado del caído con los ojos arrasados en lágrimas y Morok se detuvo en seco, paralizado y con el mazo en alto.

El joven herido estaba ahora boca arriba y de cara al sol, y bien pudo reconocerlo... era... Erk, su hijo.

Erk no murió, pero los resultados de la tremenda herida que le infligió su padre lo mantuvieron muchas lunas inmovilizado. Morok vaga ahora por los bosques lanzando extraños gritos primitivos; por las noches su demencia se torna peligrosa, pues ve fantasmas de remordimientos que lo acosan, lo hacen correr y desvelarse;

a veces los guerreros rubios y altos, que parecen haber llenado toda la tierra y dominar el mundo, le arrojan de vez en cuando algún mendrugo.



PROCOPIO

Aquello que la pluma escribió no se cambiará jamás. Desolarse es caer en una profunda tristeza, pues sufriendo, ni aun se añade una gota más a la angustia
Omar Khayyan

Esa madrugada había regresado yo en el "Flecha del Sur", de la región de Los Ángeles y San Francisco, del fundo de mi amigo "El Mapuche", como le decían cariñosamente en la universidad; había pasado unos días maravillosos, recorriendo a pie las verdes colinas, blanqueadas por vastos rebaños de ovejas afectuosas, conversando largamente con "El Mapuche" acerca de la filosofía, de arte y un vago y juvenil proyecto de Unidad Latinoamericana que ambos abrigábamos con desbordante entusiasmo; por las mañanas, alegres y soleadas del verano chileno, íbamos a bañarnos en las aguas del torrentoso Bío-Bío, que por aquellos lugares se desliza entre escarpadas rocas y que para mí eran las aguas más heladas que había conocido en mi vida, excepto un verano que había pasado en las playas de Quintero, y creí sinceramente morirme congelado al lanzarme a las espumosas olas del Pacífico, que, en aquel sitio, parece recibir, de un solo golpe, toda la gélida invasión de la corriente Humboldt.

Después de aquel reanimador rito de sumergirnos en el río donde Caupolicán y Lautaro habían hecho tan heroica resistencia a las huestes de don Pedro de Valdivia, volvíamos al fundo en un alegre galopar de caballerías por la carretera cubierta de sartenejas, entre umbrosos y frescos bosquecillos de olmos y sauces llorones; a mí me habían destinado una yegua tan endiabladamente pícara y traviesa como su nombre, francés y muy de moda, "Brigete", la cual tenía la perversa manía de pararse en seco frente al primer arroyuelo que encontraba, bajar la cabeza sin el menor aviso y ponerse a beber muy tranquila, mientras yo me deslizaba por su hermoso cuello y caía sentado en medio del lodo, con gran placer de mis compañeros, que durante todo el resto del paseo me hacían objeto de burlas, entre chistes y risas, acerca de mi habilidad para la equitación inglesa. Siempre volvía yo con los pantalones empapados y sucios de barro.

El fundo de "El Mapuche" era un elegante palacete al estilo europeo, con hermosos jardines en su parte delantera y una amplia cancha de polo, donde "Brigete" se daba gusto en lanzarme, cada vez que podía, a la verde grama en los momentos más críticos del juego, cuando yo, logrando tomar la pelota, galopaba seguro de hacer un tanto para mi equipo; todas aquellas desgracias que me ocurrían por culpa de la yegua me habían ido rebajando ostensiblemente ante los ojos de la hermanita de "El Mapuche" y también me desterraban poco a poco de su corazón, que los primeros días se había apasionado por mi modesta figura, llevada, quizás, por un romanticismo adolescente que la hacía ver un héroe de incógnito en cualquier persona venida de países lejanos.

Sin embargo, pese a aquel fracaso amoroso, mis vacaciones iban transcurriendo agradablemente, rodeado como estaba por las atenciones y halagos de los familiares de mi amigo; y todo hubiera terminado maravillosamente, de no ser por la intervención de Procopio.

Procopio era el aparecido particular del fundo de mi amigo. En Chile, como en los viejos castillos ingleses, no hay estancia elegante y rica que no posea un fantasma a su servicio. Por lo regular son duendes inofensivos que solo ayudan a dar color local y a aumentar las diversiones de los invitados veraniegos que a veces se pasan la noche entera en vela, a la caza del difunto antepasado.

Pero Procopio no era de aquel tipo de aparecido, alegre y amistoso.

Si alguna vez existió algún ser venenoso y perverso, ese ha debido ser Procopio.

Escuché hablar de él, por primera vez, la tercera noche de mi estancia en el fundo, cuando "El Mapuche" y yo estábamos sumidos en una absorbente partida de ajedrez, frente a las alegres llamas de la chimenea, en la amplia sala; el resto de la casa permanecía a oscuras, pues todos se habían ido a dormir, y mi amigo, habiéndome devorado ya los alfiles, un caballo, la torre y la reina, y teniéndome arrinconado, se preparaba a darme inmisericorde jaque mate, cuando escuchamos aquellos extraños sonidos que a mí me erizaron los pelos de la nuca y me llenaron de helado espanto, cosa que no me ocurría desde los años de mi niñez, transcurrida en la Guayana venezolana, donde todas las veladas terminaban con horrorosos cuentos de fantasmas y aparecidos.

Era como si algo o alguien se arrastrara sobre el vientre en las piedrecillas del jardín y pugnara por entrar en la casa, probando puertas y ventanas.

—Es Procopio –me dijo mi amigo tranquilamente–. No le hagas caso, nunca lo dejamos entrar...

—¿Y quién es ese?

—El fantasma del fundo; fue expulsado de la casa hace casi un siglo y habita en la laguna de al lado; pero, a veces, le da por venir a molestar, sobre todo, cuando tenemos invitados; me parece que en vida fue muy sociable...

Yo me imaginé que mi amigo me hacía objeto de una broma, bastante pesada por cierto, pues los ruidos de aquel ser reptante provenían del exterior de la casa; pero para no darle gusto, me hice el frío, adopté una actitud de indiferente serenidad y le escuché toda su leyenda sobre Procopio.

Era una historia espantosa, y no solo eso, sino que, para mi estupor, era en todo idéntica a la de otro fantasma, muy diabólico, que teníamos en Venezuela: "el muerto de la Carata" lo llamaban, y como que habitaba en una hacienda cercana a la de mis padres, no pocos terrores me causó cuando niño, una vez que mi madre apagaba la luz y me dejaba solo en la alcoba de alta techumbre, después de haber estado escuchando toda la tarde las últimas hazañas de aquel ser endemoniado.

Procopio, como aquel paisano mío, había sido un cruel y sanguinario "general" que en épocas ya lejanas se había distinguido durante las campañas militares contra los mapuches del sur, por la poca envidiable hazaña de haber asesinado de propia mano a más de un millar de aquellos infelices indios sublevados. En su hogar no había sido menos cruel, y se

decía que había dado muerte a su esposa y a sus hijos, los que aparentemente habían perecido en un incendio de la casa que la familia poseía en Rancagua. Procopio se había vuelto después loco furioso, y encerrado en el fundo donde ahora nos encontrábamos, había muerto algunos años más tarde sin haber recobrado la razón. Como "el muerto de la Carata" de mis recuerdos guayaneses, se contaba de Procopio que había seguido molestando a sus descendientes en la forma más perversa, como aquella de exigir que su nieta fuera vestida de novia y encerrada en la alcoba que le había pertenecido a la bestia; la familia, al día siguiente, la encontró muerta con los ojos desorbitados de horror. Otra vez había aparecido en forma de perro negro, de ojos llameantes, frente al caballo de uno de sus sobrinos, haciendo que el animal se desbocara aterrorizado, causando la muerte de su jinete. Su última aventura había sido encaramar, en lo más alto de una ceiba, cercana al fundo, al hermano de "El Mapuche", a quien bajaron, al día siguiente, unos guasos que habían sido atraídos por sus gritos. Al joven se le habían vuelto los cabellos completamente blancos.

Todas estas historias que me había contado esa noche, mientras terminábamos la partida de ajedrez y subíamos las escaleras al segundo piso, las había escuchado yo en Venezuela, atribuidas a aquel "muerto de la Carata" que había convertido en lugar maldito, con su presencia, a uno de los más prósperos hatos guayaneses. Entonces me puse a pensar si no sería cierta aquella teoría espiritista, que dice que muchas almas malignas son como inmensos pulpos cuyos tentáculos perversos atraviesan continentes enteros, y a veces los océanos

para ir a espantar a los seres vivos en diversos lugares al mismo tiempo, cuando así lo exigen sus infernales inquietudes.

Procopio no volvió a molestarme durante varios días; pero, una semana después, empecé a sentirme atraído por la laguna donde, a pesar de estar cercana a la casa, nadie iba por ningún motivo, ahora lo advertía; los peones que andaban por allí procuraban pasar lo más lejos posible de sus orillas. Una morbosa curiosidad me hizo acercarme un día, cuando me encontraba caminando por el jardín para hacer la digestión, después del opíparo almuerzo que acostumbraba servir en el fundo, a eso de las cuatro de la tarde.

De pronto me encontré en la orilla de la laguna y me sentí terriblemente mal.

Aquel parecía un lugar aislado por completo del resto de la estancia, era el paraje más desolado que yo recordara haber visto en mi vida; las aguas eran muy pesadas, muertas, y en el ambiente había una quietud y un silencio tan turbador y desagradable, que, de inmediato, se me puso la carne de gallina. Al fondo, hacia el norte, donde terminaba el pequeño lago, había un bosquecillo de árboles deshojados, *resecos, moribundos*, que sobresalían de las aguas, alzando al cielo sus ramas peladas, como brazos descarnados que clamaran misericordia. De allí me pareció sentir que venía la presencia horrenda de Procopio; el hedor de las plantas acuáticas podridas aumentó irresistiblemente, mi imaginación pareció desenfrenarse y ya me dio la impresión de que el fantasma, como un ágil nadador, se acercaba desde el bosquecillo, por debajo de las turbias aguas, y pronto emergería frente a mí, empapado y chorreante su amarillo y putrefacto cadáver.

Lanzando un grito logré romper el encantamiento que me mantenía sujeto a la orilla, bañado en helada transpiración, y arranqué a correr por la colina hacia la casa.

—Ten cuidado con Procopio –me dijo "El Mapuche" con toda seriedad, cuando esa noche, después de comer, nos sentamos en el porche y encendimos las pipas, que a nuestra juvenil presunción le parecía hacernos más interesantes–. Es mejor que no te acerques más a la laguna. Se ve que tú le atraes, quizás porque eres extranjero y nuevo en el ambiente...

—Pero Henry, ¿cómo es posible que tú hables de ello con tanta seriedad? –protesté alarmado, pues mi conciencia también me decía que todo lo que había experimentado esa tarde era real–. Si parece cosa de locura...

—De locura será si no te apartas de Procopio –sentenció "El Mapuche", preocupado–. ¿Sabes una cosa? Que me estoy arrepintiendo de haberte invitado... Por favor, amigo mío, prométeme que no te acercarás a la laguna, ni te alejarás solo de la casa.

—Bueno, Henry, te lo prometo.

Pero, para mi propia desgracia, no cumplí aquella promesa. Procopio era una atracción demasiado poderosa, y al día siguiente me obligó, como si hubiera encadenado mi mente a la suya, a dirigir mis pasos de nuevo hacia la laguna maldita, y esta vez, a pesar de mi espanto, fui más lejos. Junto a la orilla se mecía, en las aguas agitadas por una brisa ululante y fría que soplaba del bosquecillo muerto, un viejo botecito de maderas carcomidas. Decididamente me introduje en el interior, encontré los remos en el fondo que hacía agua lentamente y, sacándolos, me puse a remar, cada vez más

aterrado; pero sin poder evitarlo, hacia el siniestro grupo de árboles resecos de donde venía la brisa helada y el hedor de pútridas plantas acuáticas.

La presencia de Procopio se hizo cada vez más evidente. A medida que me iba acercando, parecía sentir que asía el borde derecho del botecillo, emergiendo del negro fondo de la laguna. Traté de gritar o sollozar, pero me fue imposible articular sonido alguno, y luego, lentamente, me sentí profanado, ultrajado por otra mentalidad perversa y lleno de vergüenza, de impotente rabia, perdí el sentido y no supe más nada de mí.

Más tarde desperté en la orilla de donde había partido momentos antes. Parece que el botecillo había regresado, impulsado por la brisa, deteniéndose en la pequeña playa de grises arenas; abandoné la embarcación y miré alrededor.

Ahora, todo lo veía diferente, nada era bello, ni claro ni limpio; todo lo que me rodeaba, incluyendo el cielo, era de un color ceniciento. Sentí una gran antipatía por la casa cercana, me pareció una prisión, y pensé en sus habitantes con creciente hostilidad. Mi amigo era un pituco engreído, y sus familiares, tan orgullosos de ser "palogruesos", no debían darse aquellos humos, porque yo, "yo", conocía la historia y el pasado de su familia.

De pronto me di cuenta, horrorizado, de que estaba mirando a través de los ojos de Procopio, y pensando en su mente venenosa.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sido de mí? −murmuré tembloroso, y de inmediato sentí a Procopio removerse asqueado y temeroso.

Volví a la casa, tratando de parecer normal, pero ya no volví a ser el mismo. Taciturno, callado, ensimismado en mi lucha interior por mantener a Procopio sujeto, para no dejarlo cometer barbaridades, que, a veces, fugazmente me dejaba entrever. De allí en adelante fui el aguafiestas, y me convertí en el "aburrido" del grupo y nunca pude dar una respuesta coherente cuando "El Mapuche" o algún otro amigo me preguntaba lo que me pasaba.

Pero, por más que me esforcé, no pude evitar que la perversidad del ser que me dominaba se saliera con la suya. La primera víctima fue la infeliz "Brigete". Procopio no pudo soportar las travesuras de la yegua, y después que esta me arrojó, una vez más a las aguas de un riachuelo, se me despertó un odio feroz hacia el animal, lo que comprendí no era cosa mía, pues siempre me había divertido más bien aquella maña de mi cabalgadura.

La pobre "Brigete" apareció al día siguiente, desnucada, en el fondo del profundo cañón del Bío-Bío, sobre las agudas rocas de la orilla. Yo no me acordaba de nada, pero alguien la había llevado allí durante la noche y la había espantado en dirección al abismo. Por mi parte, amanecí cansadísimo, y mis botas, bajo la cama, aparecieron sucias de lodo, cuando me las había lustrado muy bien para la cena.

El segundo ataque de Procopio ocurrió la siguiente noche. Dominado por él, casi inconsciente, traté de besar a la hermana de "El Mapuche", y como se negara, la emprendí a bofetadas con ella, con una violencia insana, desconocida en mí, que toda la vida me había comportado como un perfecto caballero, y más con una damisela tan delicada como aquella.

Cuando logré dominarme, ya era tarde. La chica corría hacia la casa llorando desconsolada, después de advertirme, indignada, que si no abandonaba el fundo a la mañana siguiente se lo diría a su hermano.

Me fui a buscar al "Mapuche" y se lo conté todo, manifestándole mi determinación de abandonar la casa inmediatamente. Él me miró con grandes ojos llenos de dolorosa pena y me estuvo hablando largo rato, mientras yo arreglaba las maletas sobre mi cama.

—¿Por qué no rezas? –me preguntó una vez–. ¿Por qué no vas a la iglesia del pueblo, ahora mismo?

Yo sentí la reacción enfurecida de Procopio y me quedé callado, comprendiendo que ya no tenía voluntad, que era esclavo sumiso de aquel abyecto.

—Ay, amigo, posiblemente nos ha librado de esa maldición, pero a costa de tu alma y tu razón –me dijo entonces con lágrimas en los ojos–. No sé qué decirte ni qué hacer, solo siento profunda pena.

Me dejó poco después, rogándome que esperara hasta el día siguiente, cuando él mismo me llevaría a Santiago, a ver un médico, a un confesor, a donde fuera preciso, y yo traté de dormirme agarrándome desesperadamente a aquella idea de esperanza. Pero, al cabo de un rato, me desperté sobresaltado, y me descubrí a punto de darle fuego a mantas y cortinas para incendiar la casa.

Entonces escapé despavorido de allí, sin despedirme y abandonando el equipaje. Corrí como loco hacia la estación, situada a varios kilómetros del fundo, y jadeante, despeinado

y sudoroso, acerté a llegar a tiempo para alcanzar el rápido que venía del sur.

Ahora que me encontraba de nuevo en Santiago, en una mañana fría y neblinosa, Procopio apenas me dejó llegar a mi hotelito de la calle Agustinas a darme una ducha y cambiarme de ropa; parecía estar impaciente por llevar a cabo una acción determinada que, al parecer, era lo que lo había hecho venirse conmigo a la capital, después de su confinamiento de más de un siglo en el fundo de Bío-Bío. La patrona, extrañada de mi apuro por volver a salir, cuando apenas acababa de llegar después de días de ausencia, había ido a buscarme desayuno, pero aquella fuerza dominante me instaba irrefrenablemente a salir a la calle.

Parecía como si Procopio conociera Santiago mejor que yo. Subimos por la calle Agustinas, más allá de Teatinos, pasando el Hotel Carrera y sin detenernos frente al Palacio de la Moneda, como yo acostumbraba hacerlo siempre a esa hora, para presenciar el marcial espectáculo del cambio de la guardia presidencial. Al llegar a la calle Ahumada, me hizo torcer hacia la derecha, encaminándome en dirección a la Alameda. Yo podía sentir aquella férrea voluntad que atenazaba la mía y que parecía estar muy segura de sus pasos. Me debatía débilmente, experimentando un profundo asco, y mi mente se acercaba cada vez más a la locura.

Sin embargo, como para ganar tiempo, logré introducirme en el amplio y bullicioso recinto del Café de Brasil, donde yo esperaba, con angustioso anhelo, encontrar a algunos de mis amigos que se reunían allí, para aferrarme a su compañía y salvarme así de los malignos acontecimientos que proyectaba

Procopio. Pero, al parecer, yo estaba perdido. No vi ningún rostro conocido, y toda aquella multitud de caras me parecieron no solo indiferentes, sino satánicamente burlonas, como llenas de diabólica alegría ante el drama de mi espíritu, prisionero de aquel ser inmundo.

Frente a la iglesia de San Francisco cruzamos la amplísima Alameda. Yo caminaba como un autómata, sin preocuparme de los automóviles y tranvías que pasaban velozmente. En mi interior, rogaba que una de aquellas máquinas me atropellara y solo dejara despojos de mi cuerpo. Pero Procopio se cuidó de que nada de eso sucediera, lo mismo que no me dejó pasar por la acera del templo, adivinando, quizás, que yo hubiera aprovechado la ocasión para meterme allí.

Bien andada la calle San Francisco, más allá de aquella fea callejuela empedrada llamada Tarapacá, y del hospital de emergencia, cuyos desagradables olores parecían llegar con fuerza hasta el exterior, me encontré de pronto frente a aquel edificio de un piso que yo sentí conocer bien. Procopio me hizo entrar resueltamente al oscuro y largo pasillo, a cuyo lado se abrían las puertas de aquellas covachas que se arrendaban como viviendas. Era lo que en Santiago denominaban Cité, y que en mi patria se le llamaba “casa de vecindad”.

Extrañado de que las horas hubieran pasado tan vertiginosamente, me di cuenta de que todo estaba oscuro, como si ya fuera bien entrada la noche. Borrosamente advertí una deslucida y manchada puerta frente a la cual me había detenido y que golpeaba, sin saber por qué, con los nudillos de mi mano. Cuando se abrió y pude mirar el negro interior, sentí fuertemente el vaho de moho y encierro que se forma

en esa clase de lugares. Quise echarme atrás, pero no pude. Procopio me tenía bien sujeto, además Isabel había aparecido en el marco de la entrada, como tantas otras veces.

Reconocí a mi novia por la blancura nacarada de su lozana epidermis, por sus labios rojos sin pintura y por el afectuoso calor que había en sus ojos verdes, pero ella no pareció verme a mí, sino a Procopio, además, ¿qué podía hacer ella en aquel lugar tan sórdido? Pude saber, porque lo experimenté en mí mismo, que el perverso fantasma era un volcán de tórrido deseo y cada vez menos pude comprender todo lo que estaba sucediendo en mí y a mi alrededor.

—¿Has regresado finalmente, Procopio?

—Sí, he venido para llevarte conmigo.

Yo escuchaba aquel diálogo, en el que yo participaba y a la vez era espectador ajeno, con ganas de gritar mi dolor y mi vergüenza.

¿Por qué Isabel reconocía al ser maligno y no a mí, que la amaba?

¿Por qué Procopio sabía dónde encontrarla y me había utilizado para llegar hasta ella?

Isabel me había echado sus hermosos brazos al cuello, pero nuestro beso fue helado y triste, no como los besos de antes, ardientes y dulces. Era como si dos cadáveres hubieran unido sus bocas, y aquella idea me horrorizó.

"Estoy lista", la oí decir desde muy lejos, y entonces sentí un deseo terrible de llevar mis manos a su bella garganta y apretársela, apretársela hasta estrangularla. Eso era lo que ordenaba Procopio, y a aquel mandato de su mente perversa, sí que me opuse con todas las fuerzas de mi alma. Creo que

lo logré, no estoy seguro. Espero que Isabel no haya muerto en mis manos esa mañana que parecía noche. Para salvarla hice el más grande y horrible sacrificio que puede hacer un hombre: perdí mi personalidad; me fundí con Procopio, hasta el punto que hoy no sé si alguna vez fui otra cosa, si todavía aquello lo soñé o lo imaginé, como me lo explicaron más tarde en el manicomio de Santiago, adonde me condujeron dos carabineros porque yo andaba dando voces y gritando, corriendo como alma que lleva el diablo, por toda la calle de San Francisco.

Meses después, cuando me dieron de alta en el manicomio, hice todos los arreglos para regresar a mi país, salí de aquel lóbrego edificio convencido de ser Procopio. Ninguna duda albergaba acerca de ello. Todos mis amigos me llamaban Procopio, y el mismo "Mapuche", causante involuntario de todo con su invitación a visitar su fundo en el verano pasado, me fue a acompañar a Valparaíso, me abrazó y me dijo con cariño y melancolía por mi partida.

—Adiós, querido Procopio, no olvides a tus amigos de Chile.

Han pasado muchos años y yo soy feliz como Procopio. A veces me acuerdo de aquel ser maligno de la laguna maldita, allá en la región de Bío-Bío. Por instantes una helada sensación de terror me domina, pero luego pasa. En mi país, cuando he viajado a Guayana, no he querido acercarme a "La Carata" porque presiento que allí habita el mismo perverso espíritu que logró confundir mi razón en Chile.

Y una noche, en una aldea gallega, muchos años después, encontrándome solo e insomne en el cuarto de un viejo hotel,

la diabólica criatura trató de alcanzarme de nuevo con uno de sus tentáculos. Experimenté el mismo helado pavor que reconocía su presencia, y solo Dios me salvó, privándome del conocimiento de aquel nuevo ataque de la bestia.

Sentí miedo y hui de nuevo. En La Coruña tomé un barco y volví a mi patria; espero que no me vuelva a molestar otra vez, a tratar de confundir mi mente, de hacerme creer que él es Procopio, porque Procopio soy yo, y nací en "La Carata" en la Guayana venezolana.

¿O acaso fue allá en Chile, cerca del Bío-Bío?

¿Ven ustedes? Aquí otra vez tratando de volverme loco.

Santa Rosa fue fundada cuando mi padre vivía y andaba por estos lados. La fundó un general italiano que decía estar desterrado de su patria por haberse rebelado contra el pequeño "Vittorio Emmanuele". Se presentaba como el "Conde Gantino Quirili"; así le hablaba un Francisco flaco y barbudo, muy sucio, desde el agradable confort de un chinchorro mugriento, a un niño desnudo de piel algo más clara que la de su madre, pero bastante trigueño también y de rasgos singularmente hermosos. "Bueno, ahora anda a decirle a tu mamá que me mande la botella".

Lo vio salir al trote corto, sobre sus piernitas gordozuelas y sonrió amargamente, al darse cuenta de que ese era su hijo, de que él era Francisco González y de que mandaba al niño a pedirle a Manuela la botella de añejo.

Estas tres pesadas realidades de su vida actual le trajeron a la mente aquella parte de su famoso artículo literario, que había escrito para los periódicos de Santiago de Chile, con el que había comenzado todas sus desventuras.

“Muchas veces el solitario, desesperado de su soledad, recurre a una mujer. Pero si la soledad que lo atormenta es espiritual, y la mujer solo viene a llenar un vacío físico o la necesidad puramente animal, al cabo la criatura queda tan sola como antes, o quizás más”. “Atormentado ahora por algo que no existía antes y que es motivo de más dolor y desesperación. Una mujer, tomada en ese aspecto puramente materialista, es también una forma de vicio y conduce a la degradación”.

—Mira, Francisco −la voz de Manuela interrumpió sus meditaciones y le trajo a la realidad, fea, como todas las realidades−. No mandes más al muchacho a pedirme ron, tú sabes bien que ya no hay plata para seguir comprándolo y en la pulpería no me quieren fiar más. Tú has estado bebiendo demasiado últimamente.

Manuela seguía siendo una hermosa muchacha, media salvaje, solo que ahora estaba más gorda y más descuidada de su persona, y Francisco, que ahora la aborrecía, un poco más de lo que se aborrecía a sí mismo, se preguntó si era a él, a Francisco González, al que ella estaba hablando en esa forma

Habían pasado dos años. Dos largos e inútiles años.

Dos años que le habían parecido interminables. Una eternidad. Desde aquella mañana de la muerte de Procopio en que se había cumplido su venganza. El motivo que lo había llevado a la selva.

Y en todo ese tiempo transcurrido Francisco no había abandonado a Santa Rosa de Araguay.

Ni siquiera lo había intentado.

Abandonarla y volver a su casa, a la civilización, le había ido pareciendo cada vez más, una cosa inverosímil.

Primero habían sido las fiebres palúdicas que volvieron a atacarlo, en forma tan constante y consecutiva que lo postraron.

Y cuando, al fin, se curó de ellas, entonces lo asaltó una flojera inmensa, más fuerte que las mismas fiebres.

Pereza de pensar, pereza de moverse, pereza de volver a la civilización, de tener que regresar a la agitada y desesperante vida de las ciudades, y a sus afanes de velocidad y de competencia humana. Esto y el dolor de sus recuerdos, le impidieron volver.

La ausencia de Isabel.

Ya no lo iba a encontrar, esperándolo, en la casita de Santiago. Además, el solo pensar que debía enfrentarse a María Elena y a su amor, lo llenaba de miedo y de pesar.

Miedo de volver a pasar por la misma angustiosa situación de no saber si estaba loco o si iba a volverse loco en cualquier momento. Y de pesar porque sabía el dolor que causaría a la bella muchacha y a su madre.

Así fue retardando y postergando, cada vez más, su regreso, inventándose pretextos para su propia cosecha, como aquel tan peregrino, de que "debía esperar a que su madre se pusiera en contacto con él, que lo llamaran, que la misma María Elena viniera a buscarlo".

Así pasaron los primeros seis meses.

El límite que le había puesto a María Elena en aquella última carta, que lo dejara el día de su partida de la casa.

Le decía en ella que, si al cabo de seis meses no daba señales de vida, fueran a buscarlo a la región de Araguay.

O por lo menos que tratara de obtener noticias suyas. Pero nada de eso había sucedido.

Después Manuela había quedado embarazada y le dio un hijo.

Un hijo que él recibió con verdadera adoración.

Se le antojaba, desde el primer momento en que lo vio, que era exacto a su novia chilena, tenía sus mismos rasgos, sus ojos y su boca.

Era el hijo que su amiga le había prometido y que él esperaba, cuando la muerte se lo arrebató a los dos.

Era el hijo que hubiera deseado tener en su leal compañera. Poco después, Manuela comenzó a hacérsela desagradable. Al cabo resolvió no tocarla más.

Ni siquiera quería sentirla muy cerca.

Pero ella continuaba sirviéndole fielmente, con la fidelidad de un perro bueno y afectuoso. Cocinaba para él y le atendía en todo, como si nada anormal estuviera pasando entre los dos.

La idea de que María Elena debía venir a buscarlo comenzó a convertírsele en una verdadera obsesión.

Soñaba a diario con ella y con su madre. Ansiaba volver a verlas. Pero no hacía el menor esfuerzo, ni el más pequeño movimiento para ponerse en marcha y abandonar aquel melancólico caserío de la selva. Sabía que debía regresar sin tardanzas. Antes de que lo dominara más aquella morbosa pereza. Antes de perder por completo la voluntad y el espíritu de lucha que había tenido siempre. Pero nunca regresaba al norte.

Cuando se le acabó el dinero que había traído de Caracas, comenzó a emprender algunas periódicas excursiones a las

minas de diamantes. De ellas regresaba con algo de dinero, suficiente como para pasarse algunos meses tendido en el chinchorro, añorando.

El chinchorro y las añoranzas eran cada vez más sabrosos e indispensables.

Casi era el único motivo de vivir que le estaba quedando.

Así andaban las cosas, cuando un día se le presentó Manuela, con el crío en el cuadril y una botella de ron añejo en la mano libre. Le había dicho sin burla, y sin rencor, con su silvestre sencillez de siempre.

—Bueno, ya no te gusto más. Aquí te traigo la compañía que usan los otros hombres, cuando se cansan de sus mujeres.

—¡Pruébalo! Al principio no te gustará, pero después le irás cogiendo apego, poco a poco. Es la única manera como puedes resistir la soledad.

Él estuvo varios días sin tocar la botella. Allí continuaba, donde ella la había puesto en el suelo, debajo de su chinchorro, al alcance de la mano, como una muda invitación.

Hasta que un día, más por aburrimiento y curiosidad que por otra causa, se decidió a probar el contenido de la botella.

Fue entonces cuando había hecho su gran descubrimiento. El ron no era tan malo como había pensado. Le calentaba el cuerpo, estimulaba su imaginación, traía viejos recuerdos olvidados.

Y era una maravillosa mezcla con el chinchorro y las añoranzas. Desde aquel malhadado día se iban ido aumentando las botellas vacías en la parte trasera de la choza.

Pasaron los meses y volvió a la mina, regresando al cabo con fiebre, pero también con dinero para seguir dándose gusto

con el ron y sus añoranzas, en el confortable chinchorro, mugriento y cálido.

Ahora, después de dos años, cuando ella, Manuela, la misma que lo había inducido a probar el aguardiente, estimulador de añoranzas y de la dulce modorra y somnolencia en que le agradaba vivir sumergido, le decía tan tranquilamente que no le pidiera más ron. Francisco volvió su rostro contra las cuerdas del chinchorro y ahogando un gemido de rabia impotente, se despreció hasta lo más profundo de su ser. Recordó al joven Francisco González de Santiago de Chile.

Enemigo del vicio, paladín de la moral, defensor del arte puro. "Todo hombre tiene su día de caer", decía a menudo Procopio, en sus conferencias nocturnas a la bohemia santiaguina. "Todo depende de la hora y del lugar en que se encuentre".

Ahora él estaba en el sendero de Procopio. Pero no de un Procopio refinado y elegante, como había sido el de su pasado, sino como un sucio borracho, en vías de degradarse completamente con el tiempo.

De su garganta brotó un rebelde y quedo sollozo de desprecio y rebelión hacia su propia debilidad.

Y como aquella otra vez en Santiago, en la cual también estaba desesperado, pensó en su madre, en su hogar, en las cosas más hermosas de la vida.

¿Y la dulce María Elena? ¿Por qué no venía a sacarlo de tanta inmundicia? Si la otra viviera, estaba seguro de que ella sí habría hecho algo por encontrarlo.

“Maldita costumbre humana de querer que alguien nos saque del atolladero, en que por debilidad o predisposición nos hemos metido”.

Recordó aquel almuerzo, en el comedor de segunda clase, a bordo del “Antonioto”, en la mesa con el cura, el hebreo y los dos marxistas. Les había contestado de una manera tan brillante como aquella tos del italiano tuberculoso.

Pero se estaba contradiciendo ahora. Estaba deseando que alguien viniera a sacarlo del atolladero. No se lo pedía a Dios.

No le pedía, como el hebreo, dinero a Jehová para salir de abajo. Ni le enviaba una solicitud al gobierno o al partido para que se ocuparan de remediar su triste situación.

Deseaba que alguien de su familia, uno de sus seres queridos, viniera a salvarlo. Era un triste señorito burgués sacado de su medio ambiente.

Era lo mismo al final de cuentas. Necedades infantiles que quedaban arraigadas hasta la muerte. “Todos en ese aspecto –se dijo– somos como niños. Como ese hijo mío que corretea por el rancho y que no sé cómo, ni cuándo, fabriqué pensando en otra mujer, en una mujer muerta”.

Sabía que aún estaba a tiempo de salvarse.

¿Pero, cómo? Nadie venía a ayudarlo. De pronto pensó en Dios. Hacía mucho tiempo, desde aquella noche en la capilla de Santiago, cuando lo había buscado en su desesperación, que se negaba obstinadamente a pensar siquiera en Él, la imponente y omnipotente deidad que desde su infancia le habían clavado en la mente. Se avergonzaba de su flaqueza. Toda su vida había sido muy orgulloso. Se le hacía la idea de que rogarle a Dios que lo ayudara a salir de su miseria,

de su desesperación y de su vicio, era como una cobardía de su parte. Una claudicación de su rebeldía.

Era ofender al "Arquitecto", presentársele todo andrajoso, medio borracho y tan sucio como su chinchorro, a pedirle una limosna, distrayéndole de "sus innumerables ocupaciones celestiales".

Aquella noche a Francisco le volvió la fiebre, de una manera violenta. El paludismo, cuando se ceba en una persona, es muy constante. Se retira un tiempo, pero parece como si le tomara gusto y no pudiera abandonarlo mucho rato. Siempre, al cabo de una temporada, regresa y se apodera del objeto de su afectuosa devoción. Lo hace debatirse varios días entre el escalofrío y los delirios de la fiebre alta, y luego, hastiado de aquel amante involuntario, que lo aborrece y que solo es suyo porque no tiene suficientes fuerzas para oponérsele, se retira de nuevo, temporalmente.

Estaba atormentado en su delirio, y quizás, por la influencia de sus anteriores pensamientos, Dios vino nuevamente a su afiebrada conciencia y lo acompañó toda esa noche.

Procopio se detuvo y se arrojó al suelo, desfallecido. Pedro, el guaica que le servía de baqueano en aquella expedición por la intrincada selva de Araguay, y un tipo bajo y grueso, de piernas rudosas y arqueadas, y rostro de piedra cobriza, se le quedó mirando con una sonrisa despreciativa en los labios.

Durante quince días con sus noches, caminaron por el sendero abierto en el monte, buscando al hombre que perseguían y a su compañera. Pedro, con sus ojos burlones y oblicuos, con su baja estatura y su pelo lacio, que le daban aspecto de japonés, había presenciado la transformación de

aquel hombre blanco de cicatriz en la cara, de altivo e insolente señor que lo contratara en El Dorado, en el "pobre diablo" tembloroso y falleciente que era ahora.

Durante quince días le había soportado el indio las groserías y la brutalidad al racional, hasta los golpes, con la paciencia estoica de su raza. Pero cuando le había oído gritar, lleno de pánico, por los ruidos nocturnos de la selva, cuando sintió sus chillidos afeminados de mujerzuela asustada, cuando tropezaba con las culebras o las arañas monas, Pedro se avergonzó profundamente de ser guía de un cobarde como aquel.

No hay cosa que desprecie más un indio, que un blanco cobarde. Procopio no conservaba nada de su antigua personalidad imponente, excepto el odio feroz y la sed de venganza que lo hacían seguir y seguir a través de aquella maldita jungla, a pesar del terror que lo devoraba, internándose en el monte horrible y cenagoso, siendo víctima de las fiebres que lo iban consumiendo más.

Se le habían tornado blancos todos los cabellos, y su aspecto era el de un anciano tembloroso y encorvado, que andaba torpemente dando tumbos por la pica.

Sin embargo, continuaba siendo un ser maligno y despótico, y eso lo perdió...

Estaba ya medio enloquecido por el paludismo y por el hambre. Se le habían acabado las provisiones porque acostumbrado siempre a bien comer, después de las largas marchas a través de la selva, devoraba los alimentos con glotonería, consumiéndolos todos en los primeros días de viaje. Ahora aquel maldito indio que parecía mudo y sordo, no quería darle de las suyas. Sabía que Pedro guardaba todavía mucha carne

seca y casabe en el guayare, pero cuando le suplicaba que la compartiera con él, el irracional optaba por hacerse el loco.

Los delirios lo asaltaban cuando le subía la fiebre. Eran enloquecedores. Su negra conciencia comenzaba por fin a atormentarlo. Se veía asaltado por verdaderos ejércitos de peludas arañas, aquellas enormes tarántulas que en Guayana llamaban "monas"; alacranes, ciempiés y serpientes y mil otras alimañas horrendas que infectaban la montaña, aquella selva infernal, como nunca había imaginado que hubiera región alguna sobre la tierra.

Todas aquellas bestias que lo asediaban implacablemente, se volvían de pronto seres humanos.

Se transformaban en otras tantas mujeres locas, como aquella maldita Isabel, la chilena, o en cadáveres de ojos muy abiertos y gargantas cercenadas como Odette.

Todas ellas, cientos de miles de Isabel y de Odette, danzaban a su alrededor, y con ellas muchos otros seres humanos a quienes habían hecho daño, torturado y asesinado, cuando en su lejana patria, era un poderoso jerarca del régimen corrompido al que prestaba servicios como un esclavo servil.

Detrás de aquella multitud fantasmagórica, haciéndolos bailar al son de su música infernal de la selva, aquel maldito Francisco se ponía a leerle en voz alta y entre carcajadas, a repetirle palabra por palabra, versículos de la Biblia o del Corán.

Entonces Procopio gritaba. Gritaba como enloquecido por el terror.

—Me has vencido... ¡Maldito! Tenía que ser tu país este infierno salvaje a donde me has traído, esta ciénaga maldita

llena de asquerosos monstruos en que he venido a parar por imbécil.

Pedro, el guaica, reía a carcajadas oyéndolo gritar. Reía hasta que se le saltaban las lágrimas viéndolo en ese estado. Reía con carcajadas ruidosas y agarrándose la sobresaliente barriga que se le agitaba espasmódicamente en su hilaridad.

Por eso Nicolás lo odiaba. Lo había llegado a odiar en esos pocos días en que andaba en su compañía. Más aún de lo que aborrecía a Francisco. Lo odiaba porque le tenía pavor a aquella criatura cobriza y silenciosa, de nariz ganchuda y ojos rasgados como los de un asiático.

Lo odiaba tanto, que aquella noche fatal, todo estremecido por los escalofríos de la fiebre, esperó a que el guaica se durmiera junto a las brasas calentitas del fogón, para matarlo.

Lo tenía decidido desde hace días.

Estaba completamente loco ya. Tan loco como tiempo atrás había vuelto con sus drogas a la infeliz Isabel.

No se le había ocurrido pensar, que si mataba al indio, iba a quedarse solo e irremediablemente perdido en aquella jungla que lo aterraba, ya que Pedro era el único que conocía el camino de regreso.

A gatas se acercó a Pedro que dormía plácidamente, y levantó el puñal. Era aquel mismo puñal enjoyado con piedras preciosas, que conocía desde el principio toda la tragedia, ya que había participado en ella.

Pero se dice en Guayana que “indio duerme despierto”. Pedro despertó en el preciso instante en que el puñal asesino bajaba hacia su garganta.

Y rápido como una flecha, detuvo la mano criminal con una de sus aceradas garras.

—Dejando quieto al indio Pedro, cuñao –advirtió con voz baja y amenazadora–. Indio no quererte hacerte daño, ¡quedándote quieto!

—¡Maldito perro, te voy a matar! –repuso Procopio enfurecido, pugnando por apuñalarlo con la daga–. ¡Indio sarnoso! ¡Tienes que morir, indio indecente!

Ante la loca insistencia del blanco por asesinarle, Pedro no contuvo más sus instintos; sus deseos de días de darle una buena lección a aquel odioso y maligno hombre blanco, se desataron incontenibles.

Agarró un tizón encendido del fogón, sin importarle la quemadura, y lo acercó al rostro diabólico de Procopio, y lo frotó con fuerza contra el único ojo que le quedaba.

Con un grito espantoso el asesino cayó de espaldas a su lado y se quedó allí, todo estremecido de agónico dolor por la quemadura y quejándose lastimeramente.

—¿Usté ta viendo por qué blanco debiendo deja quieto a indio? –murmuró después aquel oscuro instrumento del destino justiciero.

Pedro, sin saberlo, acababa de castigar, de una manera espantosa, todos los crímenes y las perversas fechorías de Procopio.

—Yo te lo taba diciendo, dejando quieto a indio Pedro, pero no haciendo caso. Pedro no queriendo hace nada malo nunca, Pedro obligado por blanco loco...

Así, hablando solo, el indio recogió su guayare y montándoselo en la espalda le dijo a la sollozante figura que se debatía en el suelo, presa de terribles sufrimientos.

—Adiós, blanco loco. Quedándote solo con tu amigo Kanaima.

—¡No! ¡No te vayas! ¡No me dejes solo aquí! −gritó Procopio entonces, dándose cuenta de su pavorosa situación.

—¡Estoy ciego, indio! ¡Estoy ciego! ¡No me puedes dejar ciego y enfermo en este monte infernal! ¡Ven! ¡Perdóname! ¡Te daré dinero, indio! ¡Todo el dinero que quieras! ¡No te vayas! ¡Déjame tocarte, maldito! ¡No me dejes solo! ¡Estoy ciego, indio!

Pero ya estaba completamente solo.

En la horrible soledad de la selva y sus peligros.

La noche era eterna ahora para él. Perdido sus ojos y trastornada su mente maligna.

El indio había escapado al trote por la pica, por donde habían venido. Ya no podía escuchar los alaridos del loco ciego.

De pronto dejó de hablar de su extraño delirio y abrió los ojos. Miró estupefacto al hermoso rostro inclinado ansiosamente sobre él, y luego al inesperado ambiente en que se encontraba.

No era Manuela la que estaba allí, inclinada devotamente, con su gran atención, vigilando su sueño. Mirándolo con suprema ternura en los bellos ojos.

Tampoco era la choza de Santa Rosa de Araguay, el lugar donde se encontraba ahora, ni estaba tendido en el sucio y confortable chinchorro de fibras de moriche, tejido por los guaicas.

Era María Elena, y estaba bellísima.

Parecía uno de aquellos ángeles de la guarda con quien los niños sueñan verse protegidos.

Se encontraba en un aposento de alta techumbre y alegre papel en las paredes. Su cuarto en la casona colonial de Altagracia, en Caracas. Estaba acostado en un lecho blanquísimo y oloroso a limpio de blandas e inmaculadas almohadas, que eran una delicia después de tanto tiempo. ¿Sería aquella otra jugarreta de la fiebre o la locura?

—Bueno, mi amor, cálmate ya, no hables más. No te atormentes con esas divagaciones de tu mente. Yo te comprendo bien –le puso en la frente una mano suave y blanquísima y acercándose lo besó cálidamente y le dijo al oído, en tono de madre mimosa–. Ya se te ha quitado la fiebre por completo. Ahora me voy para que venga tu mamá a estar contigo. Procura no mortificarla con amarguras... No te imaginas lo felices que estamos teniéndote nuevamente en casa, en tu casa.

Salió del cuarto, andando en la punta de sus "piececitos sonrosados". Aquella idea hizo que Francisco se diese cuenta que toda aquella pesadilla había terminado. Gracias a Dios, aún el Dios de su delirio. No estaba loco. Ni en vías de trastornarse. Ella, la dulce María Elena, le había besado en los labios y no le había llevado con aquel acto, a la mente la maldita idea de que era Isabel.

Estaba curado. Su mal estaba muerto al fin. Tan muerto como Procopio, allá en la lejana selva guayanesa. Francisco exhaló un profundo suspiro de gozo y de libertad. Era como volver a nacer.

María Elena le contó con detalles la expedición, y cómo lo había traído a Tumeremo, en un chinchorro en el más deplorable y doloroso estado físico y mental. Una verdadera ruina moral y material era lo que había encontrado doña Trina de su Francisco.

—¿Y mi hijo? −la pregunta del joven iba acompañada de gran ansiedad.− Lo han traído también, ¿verdad que sí?

—Sí, querido mío, en tu delirio era esa tu mayor obsesión, que no te dejaran a tu hijito en la selva, que salváramos a Paúl −repuso doña Trina.

—Por supuesto que está aquí, y aquella mujer, la india, no quiso abandonar su monte; la dejamos.

Francisco reposó tranquilo. Procopio había muerto.



SEGISMUNDO, EL MARISCAL

No subestimes a los hombres,
no existe el enemigo pequeño

El jefe de aquel Estado, miró desde el balcón a la muchedumbre que allá abajo, en la ancha calle, lo vitoreaba y voceaba su nombre con fanática devoción y por un instante perdió el sentido de la realidad y se sintió un poco Dios, como le sucede a menudo a los jefes de Estados y a muchos otros humanos que tienen poder sobre sus semejantes; y escudriñé su consciencia y su memoria y bien adentro, oculta tras la vanidad, la egolatría y cierto deseo muy humano de engañarse a sí mismo, encontré la verdad.

Aquel hombre, en lo más profundo, estaba avergonzado de todo aquello, podría decirse que internamente se ruborizaba al oír los vítores.

Él no se merecía aquella delirante popularidad que su apuesta figura y la leyenda romántica, que alrededor suyo y de sus actos habían tejido hábiles esopos, había encendido en las masas.

Es más, él no había hecho el menor esfuerzo por conquistarse aquel amor en el corazón de su pueblo.

Por una avalancha de felices circunstancias ajenas a su propia voluntad (a veces pensaba que fueron infelices las tales

circunstancias), el poder le había quedado en las manos en momentos de confusión y caos, el día que el gran Rhaas se había derrumbado, porque como aquellos viejos dioses también tenían los pies de lodo; pero él no había tomado parte jamás en las luchas de los guerreros, los buhoneros y los dueños de caravanas, que se habían alzado en armas contra la fuerza anterior; peor aún, él guardó fidelidad hasta el último minuto a su antecesor; y en realidad tuvo que ser así, no era poco lo que le debía. Su posición actual ganada más por simpatías personales que por méritos, sus ascensos y medallas cuando jamás se había acercado al frente de batalla, nunca vio de cerca al enemigo; sin embargo, ascenso tras ascenso lo habían puesto a la cabeza de sus compañeros de más edad y condiciones guerreras. Su gallardía, su sonrisa de Apolo y el brillante uniforme de mariscal de todos los ejércitos, que a los ojos de las jovencitas y de muchas que no lo eran, le daban aquel aspecto de príncipe wagneriano, habían hecho lo demás.

Poco antes de su aparatoso desastre, el Rhaas de los Rhaases de aquella tierra, había puesto en sus manos, en solemne ceremonia, la espada de los próceres que lo acreditaba como mariscal del aire, generalísimo de todos los ejércitos de tierra, almirante del mar océano y muchas otras cosas más beneficiosas para él, que venían adheridas a los títulos militares. En los días turbulentos de la rebelión de las tribus de las montañas, que bajando de sus escarpadas rocas asolaron la ciudad capital llenando de pavor a mercaderes y oficinistas, él había permanecido inactivo con sus inmensas fuerzas, espectadores indiferentes ante la gran tragedia de las matanzas

y las hogueras, los saqueos y el pillaje que reinaron en la urbe de las torres plateadas.

Pero, seguramente, que si el monarca le hubiera pedido ayuda para sofocar la insurrección de los afridis, él se la hubiera prestado gustosamente; porque, eso sí, él era un oficial disciplinado y constitucionalista; afortunadamente el Rhaas no lo llamó y él pudo continuar jugando al polo con sus subalternos del Estado Mayor, en las verdes praderas donde acampaban sus hordas.

Y así fue como, casi sin pena ni gloria, el Rhaas, ante la magnitud que tomaban las hogueras y las matanzas y viendo cómo las turbas serranas invadían sus bellos jardines, pisoteando las maravillosas violetas y los bellos tulipanes y crisantemos, y, sobre todo, aquel horrible sacrilegio cometido al derribar sus magníficas estatuas ecuestres, decidió que mejor era dejar aquellos ingratos buhoneros y oficinistas librados a sus suertes respectivas, y se embarcó con sus hermosas mujeres y sus preciosos niños y todos sus grandes cofres repletos de diamantes y rubíes y de monedas de oro y plata, pues, las acciones y el dinero en billetes ya los tenía seguros, desde años atrás, en bancos del mundo exterior.

Y como la hecatombe se cernía sobre la ciudad, con los bárbaros afridis dueños absolutos de las calles, y lo que es peor, pugnando ya por derribar puertas y violar las casas, mansiones y palacios, una comisión de buhoneros, oficinistas, cerveceros, lavadores de ropas, albañiles, sacerdotes y demás industriales y sus empleadillos, vinieron hasta las verdes praderas donde reinaba la calma y los oficiales jugaban polo y los soldados *baseball* y bolas criollas, a rogar a Segismundo

que fuera con sus hordas disciplinarias y los salvara de las masas indisciplinadas.

Hubo cónclave de emplumados quepis y plateados cascos, los escudos se amontonaron en la entrada de la gran carpa del gran mariscal, del gran ejército; los tacones de las brillantes y encharoladas botas se juntaron con secos golpes al entrar y al salir de la vivienda del jefe y la reunión se prolongó hasta altas horas de la mañana con acompañamiento de abundante champaña y apetitosas piernas de cordero.

La comisión de buhoneros, oficinistas, cerveceros, lavadores de ropas, albañiles, sacerdotes y demás industriales y sus empleadillos, se atrevió a sugerir un detalle a los oficiales. El salvador tenía que ser el prototipo del antidéspota, debía ser el reverso de la medalla del viejo Rhaas. Si aquel había sido un centurión, de cara dura y gestos enérgicos, y sus discursos arengas castrenses, este debía reunir las condiciones del caballero elegante, suave, de exquisitos modales y amplia sonrisa cautivadora, y si es posible, deportista. A las masas les encantaba ver a sus conductores en el circo de gladiadores, o en las tan de moda fiestas taurinas, copiadas de Creta.

Debía ser más bien un gerente de Departamento de Relaciones Públicas, con gallardo uniforme, que un jefe guerrero.

Todas las miradas convergieron en él, que se ruborizó como una colegiala. Pero si reunía todas las cualidades necesarias y era popular, se dijeron todos; quepis, cascos, sombreros de copas, corbaticas de lazos y túnicas sacerdotales asintieron satisfechos. "Tiene cancha", agregó el representante del gremio de los vendedores de hojillas de afeitar. "Hay cierta aureola

de no contaminado", dijo el sumo sacerdote moviendo su rapada cabeza.

Así fue elegido Segismundo, que no se decidía, en los primeros instantes a aceptar tan altísimo honor en momentos como aquellos, turbulentos y caóticos o alzar los ojos al cielo y decir con voz de desprendimiento, "Señor, aparta de mí este cáliz". Pues era muy teatral el gran mariscal.

Por supuesto, aceptó, y horas después las hordas se pusieron en marcha hacia la capital levantando nubarrones de polvo, bajo los cascos de los caballos y las orugas de los tanques, enormes ruedas de camiones y las suelas de cientos de miles de zapatos.

Segismundo y su Estado Mayor viajaron en la nave almirante de la armada espacial, que, al llegar, anclaron en los jardines del palacio.

Los primeros días continuó inactivo, incómodo, no se sentía seguro; además, como nunca había hecho nada, excepto jugar al polo y pasar revista los días de parada, le era difícil ponerse a trabajar, y había tanto que hacer, recoger las toneladas de basura, limpiar las calles de barricadas y cadáver, poner en funcionamiento la energía eléctrica y el acueducto y encontrar los medios de pagar daños y perjuicios a buhoneros, mercaderes, dueños de caravanas y demás industriales que los habían elegido y se decían víctimas de los desordenados afridis; sus primeros discursos estuvieron llenos de nerviosismo, pero el destino siguió siéndole favorable. He aquí un ejemplo, entre sus altos centuriones del Estado Mayor que habían decidido sus ascensos al poder, estallaron pronto discusiones y fueron cayendo todos, uno a uno, a su alrededor.

Así fue como de pronto, casi tomándolo por sorpresa tan singular realidad, Segismundo se encontró solo a la cabeza de sus hordas disciplinadas y frente a las masas delirantes de entusiasmo.

Volvió a mirar hacia abajo con satisfacción.

Con un gesto, pensó gozoso, con una señal de mis brazos puedo lanzarlos a la muerte y a la destrucción.

Miles habían muerto por él esa mañana, algunos cuerpos aún se retorcían sobre el pavimento, bañados en sangre, había hogueras y humeantes vehículos destruidos, y la fortaleza de los legionarios sublevados parecía una roca gris acribillada de balazos y metralla en medio de un agitado mar de cabezas y brazos que esgrimían fusiles, machetes, cabillas y lanzas.

Allá abajo estaban todas las tribus sin distinción, aun las que se odiaban ferozmente unas a otras; wziriz, afridis, balubas, lulúas, maumaus, tugs; todos, codo a codo, dispuestos a dar su sangre por el mariscal Segismundo, el salvador, el gallardo guerrero que vino de las praderas a imponer el orden y la democracia.

Alzó sus brazos al cielo Segismundo, como había visto en los noticieros cinematográficos que lo hacía su colega, el general De Gaulle, y les habló con la voz patriarcal que había ensayado también esa mañana frente al espejo de su regia recámara; con tono de humildad les dijo:

—Yo solo os pido, amado pueblo, tribus adoradas, que os disperséis en paz.

—¡No...! Segismundo... ¡No...! Segismundo... ¡Queremos venganza...! Castigo... ¡Muerte a tus enemigos...! ¡Al muro, al muro con ellos...!

Era el grito ululante de la muchedumbre, wziriz, afridis, balubas, lulúas, maumaus y tugs, todos al unísono pedían venganza, castigo y el muro para los enemigos de Segismundo y del pueblo.

Por un momento el recio conductor, que en el fondo era tímido y delicado y aborrecía la sangre, las hogueras y la violencia, sintió náuseas y odió, hasta despreció a la chusma de bárbaros tribeños malolientes y gritones, llenos de una histérica sed de sangre, que se empeñaban, sin quererlo, en sabotear toda la obra de arte diplomática y negociadora que había realizado hasta el agotamiento durante las horas de la noche y la madrugada, a la luz de las hogueras y con acompañamiento de disparos de fusilería y retumbar de cañones.

Estaban empeñados en complicar las cosas cuando ya él las había solucionado en los suntuosos salones del palacio.

—Esa gente ya se rindió incondicionalmente, algunos escaparon a la Luna y a Venus, de allí nunca podrán regresar a poner en peligro vuestras libertades, les explicó tratando de aparecer sereno, imparcial, justo y sabio como Salomón. Pero, el griterío ensordecedor, ahogó sus palabras de maestro bondadoso, recordó a Pilatos que había pasado por algo semejante muchos siglos atrás y lo había resuelto de la manera más comodona y comprendió que también tendría que complacer a las turbas tribeñas, so de perderlo todo, popularidad, mando y quizás, hasta la vida.

Hizo uso de sus gestos teatrales que había ensayado todos esos días bajo la dirección del director de la ahora grande escuela de arte escénico.

—Sea lo que vosotros queráis, pero que la sangre de los inocentes caiga sobre vuestras cabezas.

La chusma, wziris, afridis, watuzis, balubas, lulúas, maumaus, tugs, enloqueció de frenesí y comenzaron a bailar las viejas danzas guerreras que parecían olvidadas junto con el canibalismo ancestral.

—¡Segismundo...! ¡Segismundo...! ¡Segismundo...! ¡Segismundo...!

Un joven centurión de cabeza empenachada, que estaba a su lado, susurró a su oído.

—Señor, la mitad de esa gloriosa masa está formada por el hampa, los maleantes de todas las tribus, los nómadas beduínos que asaltan las caravanas y los piratas del espacio que traen drogas heroicas desde Marte; solo quieren armarse y saquear en nombre de las libertades…

—Lo sé, lo sé –gimió Segismundo–. Y los dereviches que los azuzan lo saben también…

Pero reponiéndose dio órdenes rápidas, extrañas a su carácter, pues no quería más sangre.

—Cónsul, telefonee a la fortaleza de los legionarios que se vayan retirando en orden por el túnel, que disparen de vez en cuando al aire sobre las turbas... Y si no los mantienen a raya, sobre los cuerpos. Este día ha de ser glorioso y sangriento, ellos lo quieren así. Usted, centurión, ordene a tanques y elefantes y a la falange Macedonia que realicen simulacro de toma de la fortaleza; cuando esté vacía... pueden dejar entrar al populacho a saquear los dormitorios y dejarlos llevarse las armas viejas, mosquetes, trabucos, ametralladoras, nada de

atomizadores o granadas bacteriológicas, eso sería peligrosísimo en manos de los hampones.

Se volvió al comandante de los pretorianos, encargado de guardar el orden en la metrópoli; alto, canoso, con aire de ave de rapiña, buitre preferiblemente, que lo estaba mirando con ojos de desaprobación y le dijo, sin mirarlo de frente:

—Usted tenga lista su gente secreta, para hacer redada de hampones a medida que abandonen la avenida.

Cuando todos salieron a cumplir sus órdenes, se asomó de nuevo al balcón y la multitud enardeció nuevamente de entusiasmo, como cada vez que lo veían a él y les sonreía y alzaba los brazos, como De Gaulle; abajo, los líderes de las tribus, a quienes él había robado en pocos momentos la popularidad conquistada en años de esfuerzos y sacrificios de demagógica labor, pugnaban por entrar a palacio, como quien llega tarde a una fiesta de párvulos y la barra les impide la entrada.

Desde mi refugio, en uno de los guardias palaciegos, me sentí rechazado violentamente de la mente de Segismundo, que pareció darse cuenta de que alguien fisgoneaba en su conciencia y sospechó mis malas intenciones, pero yo podía esperar pacientemente en mi soldado, porque sabía que a la mente del gran mariscal iba a pasarle algo muy pronto.

Estuve presente cuando Segismundo se entrevistó con los líderes de las diferentes tribus; con el miedo pintado en el rostro, graves y silenciosos, se presentaron los tres Rhaas de las más poderosas tribus, aún se oían de vez en cuando los disparos entre la victoriosa algarabía del populacho, convirtiéndola

en ayes de dolor o gritos de pánico que hacían palidecer intensamente a los tres conductores políticos.

Más de una veintena de soldados rodeaban al jefe para protegerle; también periodistas, funcionarios y curiosos llenaban el pequeño recinto, haciéndolo insoportable de calor, de humo de cigarrillos y de los fogonazos producidos por los fotógrafos de la prensa.

Me dediqué, entonces, a estudiar a los tres jefes tribeños, por fuera y por dentro; primero al jefe de la camarilla de la ciudad y de los de caballeros feudales dueños de las mejores tierras del país: gordo, con rostro cardenalicio y ojos ovejunos, su mente, pude constatarlo, era un tanto más limpia y sincera que las de sus dos colegas, pero estaba nublada de prejuicios y de supersticiones que obstruían su inteligencia convirtiéndolo en líder de causas equivocadas e injustas. Estaba en franca oposición al "Gran Segismundo", pero no lo odiaba, ni le temía, ni le envidiaba su popularidad. Pero en cambio, el caudillo de los balubas y lulúas y de las turbas recogedoras de arroz y cortadores de cañas, aquel feo y rechoncho hotentote con ojos de batracio, destilaba, por todos sus poros, un odio feroz hacia el apuesto mariscal que casi no podía disimular detrás de su hipócrita sonrisa. Había una mezcla de complejos ruines y frustraciones del medio hombre en su envidiosa ira. El otro era alto y gallardo; él casi enano, con el rostro picado de viruela y expresión de mueca perversa, cuando quería aparentar cordialidad; Segismundo había logrado, sin esfuerzo ni lucha, el poder que él perseguía, infructuosamente, desde una veintena de años atrás, y por último, lo que más amargura y rabia le causaba, era ver el fanatismo amoroso del pueblo

hacia el guerrero, cosa que nunca había logrado él, con sus relamidos discursos demagógicos en los que utilizaba un verbo empalagoso y lleno de palabras rebuscadas y cursis del idioma parsí, con el que esperaba impresionar a las masas y solo producía náuseas colectivas. Su alma, tan asquerosa como su cuerpo, me hizo escapar lleno de repulsión, apenas traté de acercarme a su interior.

De todos modos, yo ya sabía lo que deseaba acerca de él; su mirada de venenosa rabia mal ocultada, era toda una condena de muerte para el joven jefe del Estado.

El esquelético brahamín de la cabeza rapada a lo Yul Brynner, de ojos oblicuos que acusaban su mongoloide ancestro, era neutralista y jefe indiscutido de los feroces afridis, tugs y watuzis, que con sus aliados wziris había tenido en jaque a la capital hasta la llegada de Segismundo, a quien ahora apoyaban incondicionalmente, era su único aliado y yo pude observar que se cruzaban, ambos, una rápida mirada de inteligencia; luego se dedicó a mirar con burlona sonrisa a "Caradebatracio", que había tomado la palabra con su aflautada voz, tan del gusto de sus partidarios hotentotes y bosquímanos, a quienes también les agradaba vestirse de bayaderas y bailar la danza de los velos rosados.

Le habían concedido aquel honor por ser el menos leal al régimen libertador de Segismundo.

—Honorables y grandes Rhaas del Estado, mariscal del aire Segismundo, señores del gobierno provisional, señores de la ONU, aguerridos representantes de las tribus afridis, wziris, tugs, maumaus, baluvas, lulúas y watusis −comenzó a entonar con voz meliflua, digna expresadora de sus torvos

pensamientos–: hemos acudido como máximos representantes de las tribus y clanes que somos, a respaldarte, ¡oh, grande caudillo y paladín de las libertades democráticas! En estos momentos trágicos que vive la patria, ningún sacrificio, ningún riesgo nos hará vacilar en el camino de defender el orden popular que tú, ¡oh grande y glorioso joven guerrero!, representas, amenazado hoy por las torvas maniobras reaccionarias…

Y se enfrascó en una de sus largas y tediosas piezas baratas de literatura que los emplumados y fieros nativos de la tribu "No-cree-en-cuentos" habían bautizado con el nombre de culebrones, cuando la escuchaban forzosamente en sus altas atalayas de las montañas cercanas a la ciudad.

El caudillo de la nación, oyendo todo aquello, no pudo ocultar, ni procuró hacerlo, un descarado bostezo que puso al descubierto sus blancos dientes y los rojos restos de sus amígdalas, recién operadas, en un día de grave preocupación para la patria. Ausculté de nuevo los sonidos y vibraciones de la mente de Segismundo y me divertí de lo lindo con sus pensamientos... "Es lástima que el papel que me toca representar es el de defensor de la democracia y de las libertades públicas", pensaba el soñoliento guerrero; "Si no fuera así, no vacilaría ni cinco minutos en arrojar este reptil indecente a las turbas de la calle, para que lo colgaran de un farol".

"Caradebatracio", por su parte, solo tenía un pensamiento, casi obsesivo, fijo en su complicado cerebro tarado: "Segismundo pone en peligro mi dominio sobre mis propias tribus; tiene que desaparecer".

Era una condena a muerte de acción inmediata, y yo decidí estar alerta para colarme en el organismo de Segismundo si se llegaba a presentar la maravillosa ocasión de que las intrigas del hotentote lo dejaran vacío.

Al fin se apagó la voz desagradable del máximo líder de los balubas y lulúas, y como en sueños, vio Segismundo cómo abandonaban todos el salón; por centésima vez hubo que estrechar más de cien manos sudorosas e hipócritas; cayó rendido en un blando sillón, y yo, junto con las decenas de guardianes, permanecí junto a él.

Me angustiaba el lastimoso estado de mi vehículo humano, que se estaba debilitando por momentos; al atardecer todo terminó como termina un drama shakesperiano: por cansancio y desaparición de los actores; las turbas se fueron retirando, ahítas de saqueos y pillajes, llevando sobre sus hombros las cosas más inverosímiles: los muertos y heridos fueron recogidos por los eficientes vendedores de cadáveres, llamados "comedores de carroña" de la tribu "Hombres Buitres", cuyo negocio cada día se hacía más floreciente en un país tan convulsionado como aquel; solo quedaron en la amplia avenida, ahora solitaria, los husmeantes restos de vehículos incendiados, que habían sido de los funcionarios del gobierno y de los representantes de la ONU, y los descomunales cuerpos de los elefantes caídos en el combate de la madrugada y que una banda de chiquillos, negritos como los zamuros que revoleteaban cerca, se ocupaban en descuartizar para aprovisionar de carne a sus familiares por todo el resto del año.

Me las ingenié para que el desfalleciente guerrero, que me servía de humana cabalgadura continuara en la guardia personal de Segismundo cuando este abandonó el palacio.

Antes de abordar los carros de la escolta, escuchamos al auriga del gran Rhaas, preguntarle respetuosamente si lo llevaba a su casa, a lo que contestó el militar rápidamente:

—No, a mi casa nunca; después de un día como este, el colmo sería que después de soportar a "Caradebatracio" toda la tarde, me fuera ahora a reunir con esa víbora de mi mujer; llévame a la costa, José, al yate.

Y así, la larga caravana de coches abandonó por solitarias calles a la desierta capital, paralizada por una huelga general cuyos propósitos no comprendía muy bien el ingenuo Segismundo; de lo único que estaba seguro era de que no era para ayudarlo, que la habían decretado los gremios y uniones de la capital, aunque así lo proclamaban en mil arengas por las transmisiones de radio y televisión, y por medio de los tambores y minas de los balubas.

Descendimos velozmente por una de las más criticadas y costosas obras del Rhaas anterior, aquella malhadada autopista, de triste recuerdo para mí, pues allí, en el poste número 168, subiendo, había perdido mi alegre y divertido cuerpo, nada más que por eso me caía tan antipático el monarca derrocado. El puerto a esa hora, semejaba un nido de cocuyos, en su sombrío rincón entre las peladas montañas; las tropas leales que cuidaban la vía y las pobladas que invadían los suburbios ovacionaron a la hilera de coches, pero esta, como era de costumbre cuando viajaba de Rhaas de Rhaases, atravesó velozmente la principal avenida portuaria dirigiéndose sin

tardanza a los amplios muelles; en lontananza mil navíos de prensadas velas esperaban que pasara la emergencia para poder arribar a los malecones y vomitar su carga humana y sus lastres de mercaderías inútiles y suntuarias.

El yate oficial se mecía dulcemente sobre las olas, como un invitador refugio, y los marinos de guardia dormitaban, ajenos al escándalo de ese día. Muchas cosas había heredado Segismundo del monarca, su antecesor, en la agobiadora tarea de gobernar tribus semisalvajes, contener la codicia de la ONU y satisfacer a individuos como "Caradebatracio", entre ellas, los inmensos tesoros que aquel no se había podido llevar. Los millones de ciudadanos vociferantes y hambrientos, las quisquillosas hordas de su ejército, armadas hasta los dientes y disciplinadas hasta cierto punto; y los terribles problemas de una nación acabada de liberar. Pero había dos cosas que le gustaban en grado sumo, de aquel inmerecido legado, el precioso yate *Glorius*, ágil y esbelto como una colegiala, de alto velamen y fácil manejo, y la enorme facilidad de todo jefe de Estado para que lindas chicas vinieran a hacerle compañía en el mar y a endulzar sus horas de tedio y amargura, que, junto con las úlceras pépticas son los desastrosos resultados de meterse en política. En aquello de las mujeres, tenía las mismas debilidades que su antecesor, famoso por sus orgías y bacanales con las preciosas esclavas de Chios.

Apenas el tropel de hombres armados, entre los que me encontraba yo, por supuesto, hubimos abordado la embarcación, esta resucitó como por encanto. Se entiesaron los centinelas, presentando sus armas al caudillo. Hubo carreritas por cubierta, de oficiales abrochándose las chaquetas

y anudándose las corbatas y la voz precisa del capitán, en su castillo de mando, hizo ronronear las máquinas. El yate *Glorius*, libertado de su ancla, se hizo a la mar.

Segismundo, que ya no podía más con su cuerpo y su cansancio, se encerró en el cuarto de baño de su amplio camarote, donde se dio una ducha vivificante que duró más de media hora y que lo dejó como nuevo. Aquel sería su último baño y acicalamiento.

La muerte de Segismundo se presentó en forma de mujer hermosa. Isbia, la bella esclava oficinista, no era del partido de "Caradebatracio", ni lo hizo por fanatismo tribal, político o religioso. Isbia aborrecía a Segismundo porque su hermano, pretor del hermano derrocado, había muerto en los disturbios acontecidos durante la entrada triunfal del mariscal en la capital. Aquel día se había proclamado el de la "Cacería de los Esbirros", y el joven pretor era precisamente el jefe de los esbirros, de todo aquello se había aprovechado "Caradebatracio" para susurrar al oído de la muchacha su mensaje de odio y venganza. "Serás una nueva Carlota Corday, y librarás al país de un tirano". La había introducido entre las esclavas oficinistas del palacio; y Segismundo no tardó en advertir la deliciosa atracción de aquellos ojos verdes, la sonrisa discretamente provocadora de la carnosa boquita enrojecida, y el andar voluptuoso de la muchacha en sus tareas burocráticas. Aquella fue la red que tendió "Caradebatracio", que como vil intrigante de reflejos poco masculinos, no entendía de otras armas más efectivas que las armas de la mujer; esta vez acertó, pues el gran tonto de Segismundo cayó como un gorrión atraído a la trampa con alpiste.

Pronto la chica se vio invitada a visitar el yate, y al principio se mostró amorosa y devota del gran Rhaas de la democracia, hasta hacer que subyugado se apasionara por ella en tal forma que aprovechara el menor instante que le quedara libre para correr al dulce nido propicio, que siempre estaba listo, esperando sobre las suaves olas del puerto.

Aquella noche Isbia se presentó a su dueño recatadamente atractiva. Era lo que más turbaba a Segismundo y lo hacía enajenarse más cada día en su amoroso desvarío por la muchacha, a pesar de lo fogosa y apasionada que se mostraba ella cuando le prodigaba su amor, no había perdido aquel aspecto puro y deliciosamente fresco de colegiala candorosa.

Vino a sentarse en las rodillas del jefe y lo besó cariñosamente en los labios. El elegante tocadiscos entonaba una suave melodía de moda, y luego del beso de saludo, ella cumplió sus demás deberes, le sirvió abundante vino en la fina copa y le habló con voz suave adormeciente.

—Estás muy cansado, Gran Hombre mío, ven, descansa en el hombro de Isbia.

Yo me había colocado, alerta, como un leopardo de guardia en la puerta del camarote, lanzando mi onda a través de la puerta y en la mente de Isbia. Sabía todos sus movimientos y sus planes concebidos con anterioridad. Esta era mi oportunidad. En la cartera que Isbia había dejado en la mesita, reposaba, como una serpiente peligrosa, la jeringuilla repleta de activo veneno, que era el instrumento decidido por "Caradebatracio" para cortar abruptamente la efímera epopeya del gran mariscal del pueblo.

La muerte de Segismundo fue dulce y tonta como él mismo. Se adormeció en los hermosos brazos de la traidora belleza, y como estaba tan rendido de agotamiento por la intensa actividad de las últimas cuarenta y ocho horas, quedó indefenso, como un niño, en manos de la magnicida.

Apenas supe que el veneno le había sido inyectado, esperé unos instantes para que el espíritu de Segismundo volara a otros espacios con su música de opereta, y enseguida hice que el soldado que me servía de vehículo formara el gran escándalo; llamando a la alarma, lo conduje resueltamente al interior de la elegante cabina, y sin pensarlo dos veces, lo obligué a disparar la ametralladora sobre la infeliz mujer. Luego dejé que el cuerpo del soldado se desinflara en el suelo como un odre pinchado, y me metí sin vacilar en el exánime organismo del héroe, que encontré desagradablemente helado por la muerte. Me sentí como un pájaro que por error se escondiese en una cava.

Los días que siguieron fueron de terror para los habitantes pacíficos del país. Las tribus se desbordaron de nuevo clamando venganza, incendio, matanzas, saqueos, fue el castigo por el atentado criminal contra el ídolo de todos; antes de perder el conocimiento yo le había dicho a los oficiales, quienes intentaron auxiliarme, encontrándose con el espectáculo de los tres cuerpos derribados sobre la costosa alfombra, el nombre de "Caradebatracio" y sus dos líderes colegas, el de los principales centuriones que aún quedaban como rivales peligrosos en las hordas legionarias y el de varios más que pensé podrían molestarme en el futuro.

—Arrójaselos al pueblo −fue mi sentencia, y tranquilamente me dejé vencer por el veneno para no tener que presenciar el "San Bartolomé" que habría de desencadenarse en la ciudad pocas horas más tarde.

La ONU envió sus fuerzas policíacas, pero, como de costumbre, ya era tarde. "Caradebatracio" fue ajusticiado por sus propios balubas y lulúas, que lo sacaron de la embajada donde se había refugiado, lo arrastraron por las calles y terminaron por colgarlo del asta de una de las torres más altas para que sirviera de escarnio y escarmiento. Hasta los buitres rechazaron su cadáver; pues, el instinto animal los previno de que la hedionda carroña de aquel ser reptante significaba para ellos una terrible intoxicación. Sus dos colegas de la "demagogia" fueron fusilados en la plaza "Segismundo" por las tropas anarquizadas, y las guillotinas trabajaron sin descanso todos los quince días que yo reposé en estado de coma en el Hospital Militar.

Cuando me levanté, la nación conoció a un nuevo Segismundo. La negra y poblada barba que me había crecido durante mi enfermedad, me la dejé para estar más acorde con mi nueva personalidad; y mi discurso ante más de un millón de mis adoradores me atrajo el odio y el temor del universo entero. En aquella infeliz nación hay dictadura para rato, porque el cuerpo de Segismundo es joven y robusto y yo soy un espíritu travieso.



TRANSICIÓN

¡Oh, Khayyam! Tu cuerpo es como una tienda
en la que se hospeda por una noche el sultán
Omar Khayyam

Todos los seres humanos vivimos dos vidas

El aviso lo recibió el doctor Lozada Villasmil mientras operaba, y fue por un verdadero milagro que aquel estallido de dolor, que reventó en su cabeza como un rayo candente, no ocasionó la muerte del pequeño paciente que estaba extendido sobre la mesa de operaciones, en el quirófano, con el cráneo abierto de par en par a la impúdica curiosidad de las pinzas y del afilado bisturí, y su enfermo cerebro palpitante, indefenso, en las manos de los expertos cirujanos.

Durante unos minutos, ante los ojos espantados de sus ayudantes y de las enfermeras que rodeaban silenciosos, al paciente, el famoso médico se tambaleó con la frente perlada de helado sudor.

Valientemente trató de sobreponerse al espantoso dolor que lo cegaba, para continuar con la operación, pero le fue imposible. A una indicación de sus ojos, la más próxima de las enfermeras se acercó y le secó el rostro con una toalla muy blanca, y con un murmullo tembloroso de "prosigan ustedes sin mí", se dirigió a la puerta del baño vecino, con la idea de

aliviar su sufrimiento, refrescándose la cabeza con el agua del chorro del lavabo.

Apenas había traspuesto la entrada, cerrando la puerta tras de sí, cuando el ataque se abatió sobre él en forma tan violenta que lo hizo caer al suelo, como fulminado por un golpe de maza.

Aquello era como un latigazo restellante que dejara un surco doloroso en su mente; punzante, agudo, penetró en su cerebro como un hierro calentado al rojo, quemándolo lentamente, progresivamente, como ya le había sucedido varias veces en ocasiones anteriores.

El doctor Lozada Villasmil no tardó en hundirse en un frígido mar de aguas tenebrosas y terminó por abandonar, por completo, el mundo y la dimensión que le pertenecían.

Serían más o menos las 4:30 de la madrugada, cuando caí rendido por el cansancio, en el revuelto lecho del cuarto maloliente, por falta de ventilación adecuada, donde los tres miembros de mi "clan" respiraban, roncaban y tosían en un sueño pesado y fangoso, muy propio de una miserable familia del maravilloso siglo xx, que no tiene la fortuna de ser ni proletaria ni burguesa. La hora del descanso allí se convierte a veces en el mayor tormento.

Traté de acomodarme lo posible en el borde de la cama, donde se agitaba, agotada por los trabajos del día, una hembra humana, sudorosa y desaliñada, la que tiempo atrás había cometido imperdonable imprudencia de enloquecerme de amor. Ya estaba mi vanidoso ego tratando de justificarme y culparla a ella de mis desventuras.

Y entonces, cuando me vino, no el sueño, sino aquella peculiar modorra, casi angustiosa, que es casi como la muerte, fue cuando sucedió lo siguiente:

Se hundió en aquel espeso mar, helado, gris y melancólico, como la misma tristeza que lo embargaba, pero ahora la frialdad de las pesadas aguas lo reanimaron y lo inundaron de una ardiente ansiedad de conservarse vivo a toda costa, y mientras contenía la respiración y pugnaba por romper las ligaduras plásticas que lo mantenían atado e impotente, mil ideas vinieron a torturar su cerebro.

Él no era Manuel, el personaje de aquel odioso sueño del mundo endiablado, tridimensional.

Él era Enoc, y Enoc se imaginaba a sí mismo como un héroe, se veía como el rebelde, el condenado, el que había profanado la

Sagrada Ley del Fin de la Especie, incurriendo con ello en el más aborrecible de los pecados conocidos entre los últimos humanos del Mundo Gris. O acaso era Enoc el iluso, el que intentaba engañarse rodeando sus errores de contornos heroicos.

Veía los ojos iracundos, como dos tizones encendidos de Isaú, el anciano sacerdote, cuando señalándolo con el dedo, afilado como una espátula, le había escupido el rostro, con su voz cascada y temblorosa.

"Has pecado y estás maldito. Tú conocías bien las palabras de la ley. La especie debe extinguirse con nuestra generación. No más multiplicación. Dios lo ha ordenado así. Hemos llegado al final del camino. La vida por Él iniciada debe apagarse, como la llama de una vela que se ha consumido, que se

ha derretido completamente". "Y los mundos volverán a su antigua confusión, y a las Tinieblas y al Caos; y del Hombre no ha de quedar ni la más leve huella, y todo volverá a ser como era antes de la Creación".

"Esta es la última voluntad del Señor".

"Tú has incurrido en lo abominable al engendrar una nueva vida, con tu cómplice, mi despreciable hija Eblia; traer niños al mundo ahora, en el Epílogo, es como retardar el cumplimiento de la Ley de Dios y alargar inútilmente la agonía de nuestra especie maldita".

"Ambos sois malvados y sacrílegos y debéis morir antes de vuestro tiempo señalado. Hallaréis el Perdón y el Consuelo eterno en las muertas aguas del gran lago gris".

A su lado, atada al altar de la piedra, desnuda y bella, podría decirse que etérea, estaba Eblia, "la pecadora", y Enoc sintió la honda desesperación de saberla próxima a la muerte. ¿O sería, por ventura, la certeza de su próximo final lo que lo aterraba? La belleza de Eblia era azul y melancólica, como las primaveras de aquel mundo agonizante.

La cenicienta luz de un sol caduco iluminaba sus formas robustas y hermosas, de senos erguidos y vientre combado, donde ya se advertían, acusadoras, las redondeces inequívocas del sacrilegio.

Sus brazos eran esbeltos, y sus piernas, de estatua ambarina y brillante, estaban atadas al altar tan fuertemente, que las cuerdas le hacían daño a su piel transparente y lisa como el cristal.

Eblia no se parecía a ninguna de las mujeres de sus sueños y visiones de la "otra existencia".

Eblia era luz radiante. Alegría espiritual. Energía encerrada dentro de su gran belleza, como un exquisito perfume dentro de un precioso frasco concebido artísticamente. Las mujeres del "Mundo de la Vida" como denominaba Enoc al mundo de las pesadillas, de su otra existencia, eran hermosas hembras, pero nada más; eran pura materia, dinámicas para la sensualidad y el placer, pero frívolas, vacías y endurecidas para lo que verdaderamente constituía la realidad espiritual.

Toda su pasión por Eblia y su desesperación de saberla perdida irremediablemente se revolvió en su pecho, al verla allí, tendida sobre el altar de los acusados; ahora cambiaría mil veces su existencia del Mundo Gris por la del otro, el de la Vida, con tal de poder llevársela consigo a la "pesadilla loca" que lo asaltaba por las noches, si así lograba salvarla de la muerte. Pero, ante todo, anhelaba salvarse él mismo. Al fin y al cabo, ella y su belleza habían provocado aquella tragedia.

Y mientras el afilado sacerdote de los ojos llameantes, el llamado Isaú, el Último Profeta, el de la barba exangüe, seguía canturreando monótonamente la letanía de sus acusaciones y amenazas, Enoc pensaba en sus dos extrañas e incomprensibles existencias, porque eso eran, existencias distintas, no sueños, como se imaginaba en ocasiones, sino vidas paralelas y diferentes, pero tangibles en sus dimensiones y tiempos distintos, donde transcurrían a la misma vez las vidas de Enoc y Manuel, dos dramas terribles y trágicos, dos dramas con un mismo protagonista.

Enoc, el habitante del Mundo de la Muerte, donde el fin de la especie humana, con su generación, era la Ley Sagrada,

ansiaba vivir y luchaba con fiereza para mantenerse existente y mantener la vida en un mundo agónico.

Manuel, el ciudadano del Mundo de la Vida, del dinamismo de las máquinas, de la era atómica, deseaba morir, escapar de todo aquel pandemónium, agobiado por la tristeza a que esa misma euforia lo había condenado, acorralado por los mil problemas y necesidades cotidianas de aquella vida angustiosa y agitada, donde la inmensa muchedumbre corría y se atropellaba en ciudades estrechas y asfixiantes, entre guerras y hecatombes; allí sí que era un crimen llevar criaturas a la vida.

Como entre brumas escuchó la voz del sacerdote ordenando arrojarlos a las verdosas aguas muertas.

Sintió que lo alzaban en vilo y dirigió una última mirada a su amada; ella también estaba en brazos de la turba fanática; después los lanzaron al helado y oscuro lago.

Descendió hasta el fondo de aquel mar tenebroso, de aguas pesadas y densas como el aceite.

Luchaba desesperadamente, pero ya no eran las ligaduras lo que lo mantenían aprisionado, era la modorra otra vez, el cansancio físico y espiritual, un sueño pesado y negro como las aguas aceitosas de un momento atrás. Luego comenzó el ascenso desde el fondo del profundo pozo, y al fin, como quien finalmente rompe cadenas y atraviesa muros, se liberó del asqueroso sueño de las seis de la mañana y abrió los ojos.

La elegante dama caminó por el pasillo de la clínica, dejando una estela de su exquisito perfume, y se detuvo frente a la puerta de vidrio, tocando discretamente con los nudillos de su fina diestra y de inmediato fue invitada a pasar al interior de la habitación por una voz varonil.

—¿Cómo estás, Mercedes?

—Señora de Lozada, ¿cómo está usted?

Mientras saludaban con afecto a la esposa del eminente colega y maestro, el doctor Nieto y su acompañante, el doctor González, no intentaron, ni por asomo, ocultar la gravedad de sus rostros y el nerviosismo que los embargaba.

—¿Cómo quedó él, Mercedes?

—Está ahora bajo el efecto de un sedante, doctor Nieto –la hermosa señora suspiró y sus ojos no tardaron en llenarse de lágrimas–. Hemos tenido otra vez una escena terrible; ya antes hemos discutido; él parece aborrecerme cada vez más, prácticamente estamos separados; yo lo amo, pero no puedo soportar más su comportamiento. Hoy pareció desconocerme del todo, y casi me maltrató en su acceso de furia.

—Mercedes, usted sabe bien que cuando está así no es él, es lo que sufre –le dijo el doctor González, sin mucho convencimiento, pues bien conocía él, por sufrirlo todos los días, el endemoniado carácter del científico.

—Venga a ver las radiografías; es lo más extraño y sorprendente que he visto en mi vida.

Los dos médicos le mostraron las placas en el aparato iluminado. Mercedes pudo ver claramente la reproducción del cerebro de su esposo con aquella misteriosa prominencia adherida entre el cerebro y el cráneo.

—Estas radiografías se las sacamos mientras estaba inconsciente, cuando sufrió el ataque hace dos días –explicó el más joven de los médicos–. Él no lo hubiera permitido; no quiere oír ni hablar de someterse a intervención quirúrgica, y lo peor es que quizás tenga razón, porque no sabemos a ciencia cierta lo que es esto...

Le estaba señalando con un bolígrafo, en la placa, la protuberancia extraña, y luego agregó en forma vacilante:

—No es un tumor; es algo desconcertante, es como si tuviera otro cerebro, más pequeño y primitivo, que viviera parasitariamente dentro de su cabeza... Realmente no sé cómo definirlo o explicármelo.

—No sabemos qué hacer −agregó González−. Los ataques se le están repitiendo cada vez más, y con un intervalo más corto entre uno y otro. Prácticamente ya no puede seguir ejerciendo; no debe operar más, es un riesgo terrible para sus pacientes.

—No sé qué decir −murmuró la joven con gran congoja−. Ahora está empeñado en ir a Caracas, a salvar a ese señor Hernández que está tan grave... Solo un milagro podría salvarlo a él mismo. Me encontraba otra vez en el confuso lecho, cercado por las cunas de mis dos hijos, que se desgañitaban gritando de hambre.

Me sentí increíblemente viejo y derrotado al encontrarme de pronto en aquella covacha desordenada y de irrespirable atmósfera.

Mi mente, amodorrada aún por los espesos vapores del sueño, se negaba a comprender aquella escena mañanera de "mi hogar", "un hogar moderno como hay muchos". Una habitación de tres por tres, casi sin ventilación, una cama que la ocupaba casi íntegra y que yo compartía con "mi problema", por no poseer otra y no haberme ido a dormir en otra parte la noche anterior; un clóset atestado con la ropa de ambos y de los niños, que se brotaba afuera y se derramaba,y las cunas

de los dos pequeños “queridos monstruos”, que chillaban a dúo, haciéndome más infernal el despertar.

Deseé mil veces volver a mi sueño, si acaso era un sueño, ¿o era mi verdadera vida real, y esta de ahora la pesadilla? ¿O quizás dos existencias en diferentes dimensiones?

Mi cabeza parecía un volcán a punto de hacer erupción.

Prefería mil veces ser Enoc, el condenado al pozo por faltar a las leyes del Epílogo, a ser aquel infeliz desempleado del siglo xx, lleno de deudas y de problemas, con una mujer decaída y atontada por tres años de lucha sórdida contra la pobreza y los hijos, que debían comer ocho veces al día y se enfermaban, con obligación de médico y medicinas, veinte veces al mes.

Detesté la hora en que se me ocurrió haber ido a la playa del puerto aquella mañana de Semana Santa en que conocí a mi mujer.

Ella salía de las aguas empapando su espléndido cuerpo de manera cimbreante –por lo menos así me pareció en ese momento–, y se soltó la negra melena, sujeta con un gorrito verde, sacudiendo la cabeza graciosamente, y echando a andar por la playa con su ondular de caderas y bello movimiento de sus redondos muslos.

Había bastado eso. Solo eso, para verme envuelto en problemas. Siempre había sido así. Una mujer exhibe sus encantos con cierta habilidad, se suelta el pelo, camina vestida o desnuda, y un hombre se tira de bruces como un tonto, sin parar mientes, ni pensar en medir las consecuencias de lo que está haciendo.

¿Y el resultado? Aquí estábamos varados, en un cuartucho caldeado de promiscuidad y encierro, con dos hijos muy bonitos y graciosos, pero cuyo futuro se perdía entre la niebla de la incertidumbre. ¿Y mi mujer? Ya no era la mujer hermosa y opulenta de la playa, ni se soltaba el pelo con aquella gracia, porque ya no lo tenía tan largo ni tan frondoso, había enflaquecido y ya no podía exhibir muslos redondos ni senos turgentes.

Rápidamente hice todo lo que tenía que hacer en cuanto a higiene, en el baño común de aquella colmena, que era el pequeño apartamento donde teníamos arrendada una más pequeña habitación para los cuatro; es decir, lo hice cuando me lo permitieron los otros numerosos inquilinos que se habían levantado más temprano.

Odiaba aquella hora de la mañana, que me hacía palpar, más intensamente, la miseria en que vivía con mi familia; toda la gente soñolienta y desaliñada peleándose por apoderarse del baño, donde con cruel egoísmo permanecían luego largo rato encerrados, como para exasperar la impaciencia a los que esperaban afuera.

Las discusiones, a gritos, de los provincianos en la cocina, enterando a todo el mundo de sus problemas íntimos, me enloquecían y casi sin entender a la pobre Liliana, que medio arreglada, como yo, le había suplicado que lo hiciera por las mañanas, trataba de traerme el guarapo negro a mí y los teteros a los niños, que esa mañana parecían tener más fuerza que nunca en la garganta, para chillar su derecho al desayuno. Salí disparado, ansiando escapar de la cueva y respirar el aire puro de la calle llena de sol mañanero.

Pero aquel, como tantos otros, fue un día perdido y desalentador; el caminar sin rumbo por las calles y avenidas, bajo el sol ardoroso; el visitar amigos perfumados y elegantes que "estaban en la buena" y, por orgullo sordo, no decirles nada de lo que me atormentaba, por miedo a recibir más humillaciones que agravaran más la desmoralización total que se apoderaba de mi espíritu; y la ciudad alegre, bulliciosa, agitada, invitadora con sus mil tentaciones y ofrecimientos que hacían más desesperante la situación de los vencidos.

Por eso, cuando ya a casi media noche volví al "hogar", rendido de cansancio, por el solo hecho de no seguir vagando por las calles solitarias, me tendí sin desvestirme en el pequeño sector que le quedaba libre, en el cálido nido común y le rogué al Creador de sueños con secreta esperanza que me llevara rápidamente al mundo de Enoc y no me dejara regresar a la pesadilla que estaba viviendo.

Enoc consiguió al fin reanimar a Eblia de su desmayo, besándola en la boca y mirándola a los bellos ojos de gacela; le pidió con ternura:

—Vuelve pronto, amor mío, vuelve en ti; tenemos que alejarnos de este lugar lo más pronto posible, antes de que los servidores de la Secta de la Muerte crucen el lago de los sacrificios.

Enoc estaba jadeante por el esfuerzo que había realizado para salvar a la muchacha y salvarse él mismo de las oscuras aguas de la Laguna Triste. Desde que los habían arrojado allí, una hora antes, había luchado fieramente, primero contra las ligaduras que lo mantenían atado, hasta que consiguió librarse de ellas, y entonces, nadando a grandes brazadas, llegar hasta

el fondo fangoso y rescatar a Eblia, que ya, prácticamente, se estaba ahogando, impotente como se encontraba para ayudarse a sí misma, por la maniatada que la habían lanzado al agua los fanáticos de la secta de su padre, Isaú.

Sacarla hasta la superficie y nadar con grandes dificultades hacia la lejana orilla opuesta había constituido otra proeza para el joven guerrero, llevada a cabo a costa de esfuerzos casi sobrehumanos que solamente la desesperación es capaz de estimular. Y cuando al fin logró colocarla sobre las arenas blanquecinas de la playa, tuvo que reanimarla y practicarle los rudimentos de respiración artificial que conocían, por instinto, los machos de la Última Tribu, para obligarla a expulsar toda el agua que la joven se había tragado en aquellos minutos agónicos que pasara en el fondo de la laguna.

Finalmente, al cabo de media hora de lucha, el éxito coronó sus esfuerzos, y la hermosa muchacha, la que guardaba en su vientre la nueva semilla que habría de germinar en aquel mundo medio muerto de erosión y de tristeza, abrió los ojos y le sonrió agradecida.

Luego ella se levantó de un salto, temblando al recobrar el pleno uso de sus facultades y recordar los terribles momentos que acababa de vivir y, sollozando, se abrazó a su amante, empapadas sus hermosas desnudeces y estremecidas de frío.

—Corramos, amor mío, huyamos de aquí; no debemos dejarnos alcanzar por los demonios de la muerte después de nuestro esfuerzo por salvarnos del lago.

—Podemos ir a paso regular; es largo nuestro camino hasta la tierra de Izz y no debemos cansarnos. Tú conoces a nuestra gente; son débiles y cobardes; su fanática doctrina ya

los ha convertido en muertos vivos y cuando adviertan que vamos a paso firme y muy lejos delante de ellos, desistirán de la persecución y se dedicarán a rogar que las alimañas den cuenta de nosotros. Además, lo más posible es que nos den por ahogados en la laguna y no se ocupen más de nuestras infieles personas... Ven, apóyate en mí y caminemos hacia la salvación.

Emprendieron la marcha a través de la pradera cenicienta, donde moraban los últimos restos de aquella humanidad, otrora poderosa, violenta y llena de orgullo y vanidad, aferrada a la vida, a diferencia de los tristes supervivientes que adoraban a la muerte y que soñaban, como fe religiosa, con la extinción total de "la malhadada especie humana".

Enoc, mientras caminaba, apoyando en su brazo a la hermosa compañera, se puso a recordar las visiones de la otra vida anterior y de aquella humanidad enloquecida y desenfrenada que los había precedido en el mundo agonizante de hoy.

En sus noches de vigilia se había visto en aquellas visiones y pesadillas, él mismo convertido en un ser infeliz en aquella época, luchando con absurdas y abstractas calamidades económicas de aquella funesta civilización tecnológica, como recordaba que la llamaban los ancianos que habían escuchado llamarla así a otros ancianos, y aquellas calamidades habían llegado a colocarlo al borde de la locura y el suicidio.

Al lado de aquellos estúpidos problemas psicológicos y morales de la vida anterior, su lucha por conservar la existencia de este mundo agreste y salvaje era una hermosa aventura. Aquella idea hizo que estrechara a Eblia por las anchas caderas

y mirara con plena confianza el verdor del horizonte hacia donde se encaminaban.

Enoc amaba a este mundo y amaba la vida. El ser de sus visiones, por el contrario, odiaba a su mundo y aborrecía la vida que se veía obligado a llevar por culpa de sus propios errores y debilidades y del medio en que se había levantado.

La ley de su raza explicaba el por qué la humanidad debía desaparecer del mundo con esta última generación.

"Dios creó al mundo para el goce y disfrute del ser humano, a quien había hecho a su imagen y semejanza, pero desde un principio el hombre trató de no parecerse en nada a su Dios, y lentamente fue convirtiendo al mundo en el lugar más hostil, inhóspito y espantoso para sí mismo y para los demás seres de la Creación, que iban siendo aniquilados rápidamente. Al fin, en sus últimos cataclismos guerreros, el ser humano terminó por transformar al mundo en el convaleciente desierto gris que vemos ahora, y nosotros, los infelices y mutados descendientes de una especie maldita y criminal, tenemos que desaparecer para no seguir manchando y profanando el nombre de Dios".

Esto era lo que decía Isaú, y en lo que creía ciegamente su gente, pero Enoc siempre se había opuesto a esta doctrina; había llegado hasta cometer el atrevimiento de discutirla públicamente, y con ello se había atraído sobre su persona el odio del sumo sacerdote y de sus sectarios, que no tardaron en acusarlo de sacrílego y hereje, partidario del "demonio de la vida".

—¡No! ¡No es como ustedes dicen! −exclamaba Enoc con vehemencia y entusiasmo−. La vida es Dios, la vida es bella

y digna; debemos disfrutarla y continuarla en nuestros hijos y en sus descendientes. Esta maravillosa luz del sol, las flores esplendorosas, las aguas cristalinas, el poema nocturno de mil estrellas y mundos lejanos, quizás habitados por razas optimistas y felices...

Por el hecho de que algunos hombres equivocados hayan hecho daño en el pasado a la obra de Dios, no debemos pagarlo nosotros. Esa no es la expresión del sentir de todas las generaciones. Un millón de años de belleza y bondad humana. ¿Por qué la renunciación y el suicidio total de la especie? Eso sería terminar de completar la obra destructiva de nuestros antepasados salvajes y violentos.

Y estas reflexiones y otras por el estilo, hechas públicamente, y a veces hasta en el Consejo de Sacerdotes y Ancianos que dirigían la secta de los Moribundos, adoradores del Fin de la Especie, le valieron al guerrero el ser aborrecido por sus fanáticos semejantes, que finalmente se decidieron a expulsarlo del Clan de Supervivientes, donde los mutantes, aquellas criaturas taradas y odiosas, horribles espectros herederos de todo el mal de la Era Bélica anterior, la que destruyó todo vestigio de civilización, constituían la mayoría y odiaban a Enoc, más que nada por el hecho de que este era normal y perfecto físicamente como un antiguo Dios guerrero; así se imaginaba él por lo menos.

Antes habían dado muerte y expulsado a otros como él, porque para aquellos seres amargados y espantosos lo anormal era lógico, y la belleza física y la bondad de carácter constituían para ellos lo impúdico y lo vergonzoso.

Enoc vivió una vida solitaria y agreste durante diez años; se convirtió en un guerrero poderoso y audaz, un gran cazador capaz de las mayores proezas; anduvo medio mundo y en sus correrías llegó a descubrir, como otros valientes lo habían descubierto antesriormente, que no todo el mundo estaba gris y árido, ni contaminado de la horrible plaga que convertía a los seres vivos en mutantes espectros. Más allá de las montañas plomizas y polvorientas y de los lagos muertos y helados, más allá de los espantables desiertos de rocas calcinadas, encontró a la tierra de Izz, el otro mundo, el mundo puro incontaminado, el mundo verde de las flores y las frutas deliciosas, donde se habían refugiado otros seres sanos y optimistas que no quisieron aceptar el fin obligatorio de la vida humana.

Vivió feliz un tiempo en aquel nuevo paraíso, donde los escasos seres normales y bellos que lo poblaban eran cordiales y hospitalarios y estaban formando una comunidad alegre y dichosa, que era como el germen de una nueva civilización mejor que la anterior. Mas al cabo, Enoc abandonó la tierra de Izz y regresó arrastrando los peligros, al mundo gris; no le era posible olvidar a la dulce niña que amaba desde que ambos correteaban cerca las cuevas de la laguna. Eblia debía de ser ahora una hembra muy hermosa y Enoc sabía que su belleza le traería problemas en el Clan; el odio y la envidia, si acaso no la lujuria de los abyectos mutantes la perseguirían, y los hombres y mujeres que componían la Tribu del Profeta tratarían de hacerle daño por diferentes motivos.

Sigilosamente volvió a los alrededores de su Tribu, después de quince terribles días en el desierto, y tras de vigilar

atentamente a sus desgraciados congéneres, una noche logró encontrar a la muchacha mientras se bañaba en las tranquilas aguas del lago.

Pensó, al verla, que en verdad Eblia se había convertido en una real y esplendorosa belleza, a la luz de la luna, y empapada de agua, en la playa del lago, su cuerpo y su rostro eran una visión inolvidable. Enoc se le había acercado por la espalda, y abrazándola, le tapó la boca con su mano para que no gritara de sorpresa y los perdiera.

—¡Eblia! ¡Eblia! ¡Amor mío! –la llamó muy quedamente.

Ella lo reconoció al instante y sus bellos ojos se llenaron de lágrimas.

—Enoc, mi vida, cuánto has tardado en regresar –le dijo entre besos y sollozos–. ¡Oh, Enoc!... ¡Enoc!... No sabes cuánto he sufrido por tu prolongada ausencia.

Él solo sabía besarla hondamente.

Aquella noche, Eblia fue suya por primera vez; se amaron libre y descuidadamente, sin tomar ninguna de las medidas anticonceptivas rituales que la ley de la secta ordenaba para evitar la continuación de la especie; abrazados bajo la plateada luz lunar y sobre las blancas arenas y pedruscos, fueron como dos bellas estatuas de cálido mármol. Su canto al amor y a la vida hubiera sido motivo de horror y aspavientos entre los mutantes; después continuaron encontrándose en las noches y amándose con pasión y conversando quedamente en la orilla del lago, haciendo mil planes de fuga hacia aquella dorada tierra de promisión que el joven le pintaba con los más bellos colores.

Y así fue, hasta que la preñez de Eblia fue una cosa tan evidente, y la chismografía de la tribu levantó tal clamor, que llegó a los oídos del fanático sacerdote, el cual, enfurecido, ordenó que vigilaran los movimientos y las andanzas de la joven sin alarmarla, para poder sorprenderla con el cómplice de su horrendo pecado: el crimen contra "la madre muerte".

Fueron descubiertos en pleno delito, y como por ello no hacían falta más pruebas, los llevaron presos ante las largas y asquerosas barbas de Isaú.

Ahora estaban escapando, muy juntos y entusiasmados hacia la felicidad que él le había prometido tras los horrores del desierto y las montañas. Eblia era dichosa solamente al pensar que su hijo viviría otra existencia muy distinta a la suya. Enoc, aunque quería sentirse noble solo pensaba en disfrutar de la belleza de la joven en un lugar seguro.

Ahora el propio doctor Lozada era conducido en la camilla por el largo pasillo, por donde tantos pacientes, durante aquellos años acudieron a la mesa de operaciones de la sala de cirugía, a ponerse en sus hábiles manos de cirujano, manos consideradas milagrosas y que ahora permanecían rígidas y casi amarillentas de palidez.

Era él quien transitaba esta vez, inconsciente y cubierto con sábanas, mantas y vendajes en la sangrante cabeza, el largo corredor de la vida... o de la muerte.

Mercedes, serena y valerosa, a pesar de las lágrimas que se agolpaban en sus bellos ojos, hablaba quedamente con el doctor Nieto en la puerta del pabellón de cirugía.

—¿Cuándo lo trajeron?

—Esta tarde, Mercedes; desde que llegó no ha recobrado el conocimiento...

Y viendo que ella rompía a llorar calladamente, le estrechó la mano y trató de consolarla.

—Mire. Mercedes, usted quería un milagro, ¿verdad...? Pues yo creo que ese accidente que ha sufrido es la respuesta a sus ruegos; solo debemos dar gracias a ello el que podamos operarlo... Ahora nos veremos obligados, por las circunstancias, a develar el misterio que existe en esa cabeza prodigiosa de su marido...

—Sálvenlo, amigos míos –murmuró ella con vehemencia–. Sálvenlo para ustedes, para la ciencia, para que continúe su obra y para la gente que confía en su ciencia y en sus manos. Sálvenlo, aunque con su restablecimiento yo termine de perderlo por completo.

—Haremos todo lo humanamente posible –prometió él mirándola con fijeza–. Quede usted tranquila. Puedo decirle sin vanidad, y usted bien lo sabe, que está en las mejores manos, las de sus discípulos que mejor han asimilado sus enseñanzas...

Era el momento más abrasador del mediodía.

El sol parecía complacerse en quemar con sus más ardientes rayos aquella región del mundo, aumentando con el insoportable calor la penuria de los infortunados seres que habitábamos allí.

Me asomé a la ventana y miré con odio a Ciudad Cálida. A esa hora siempre experimentaba gran antipatía hacia ella, me parecía un inmenso huevo frito, hirviendo dentro del negro sartén que eran sus cerros chamuscados por las candelas

veraniegas, y que la rodeaban por todas partes eliminando toda posibilidad de horizontes ilusionadores.

Ciudad Cálida era la capital de una de las repúblicas tropicales del Nuevo Mundo, que estaba situada, para esos días, "al sur del Río Grande", como les gusta decir a "los buenos vecinos del norte".

Y así como en la remota África existen lugares como el Congo y Katanga, con sus balubas y lulúas, así era nuestra Patria, romántico país de revoluciones y contrarrevoluciones, golpes y contragolpes, y líderes, muchos líderes, unos de corbata y otros de botas, pero todos con sus seguidores boquiabiertos, y así como os describo a mi tierra, eran la mayoría de las naciones de aquel continente, en pleno siglo xx, aunque les parezca absurdo.

Precisamente por aquellos días acabábamos de salir de una de las "gloriosas revoluciones" características de Guachafita y la situación económica, especialmente para los individuos que desafortunadamente pertenecíamos a "la casta de los apolíticos", se tornaba color de hormiga, pues no habiendo tomado parte en las "épicas luchas", en ninguno de los dos bandos, no podíamos disfrutar del derecho del botín del vencedor, ni al exilio dorado de los vencidos.

El lema de la nueva administración era "Mientras más masa, más mazamorra"; pero lo cierto era que mientras las masas se desbordaban todos los días por las soleadas calles de Ciudad Cálida, llenando de consternación a los mercaderes y buhoneros con sus alegres desmanes, la mazamorra de cada día se estaba poniendo más difícil de obtener para

los individuos de mi especie; los apolíticos éramos allí como los parias en el Indostán.

Recorrí con mis ojos los rojos tejados de la vieja ciudad, salpicada, a ratos, de airosos edificios modernos, en esa sorprendente mescolanza de antiguo y nuevo que es peculiar en todas las ciudades de América Latina, el Nuevo Mundo, que ya se nos estaba volviendo achacoso y senil a pesar de su juvenil apodo.

Ciudad Cálida era en realidad, más que nada, una urbe de tarjeta postal; pero, en esa ciudad, aparentemente tan linda y pintoresca, tan admirada y cantada por los turistas de 24 horas, la vida se nos estaba convirtiendo en un verdadero infierno a la mayoría de sus habitantes.

Cansado de estas divagaciones que, en nada me ayudaban, me aparté de la ventana y volví a la realidad de mis preocupaciones, sentándome a revisar cuentas, deudas y facturas atrasadas, entretenimiento que se estaba haciendo más popular que la célebre canasta uruguaya.

Una hora después estaba mareado de mirar tantos números y letras. Aparté con furia la inmensa montaña de papeles que me asfixiaba casi, en la mesita-escritorio y procedí a encender el aparato de radio, tratando de encontrar en alguna estación la música suave o romántica que tanto me agradaba y que poseía la maravillosa virtud de calmarme los nervios.

Aquella clase de melodías era como un bálsamo para mi espíritu atormentado, me llevaban muy lejos de allí, me transportaban a remotos parajes desconocidos; era el ensueño de mi imaginación, eternas fantasías hermosas de otros mundos lejanos y espléndidos, donde yo era un guerrero altivo que

recorría las praderas rojas, libre como un águila solitaria; no me culpéis por estas divagaciones; porque, al fin y al cabo, escapar de la realidad es el afán de los seres de nuestra época.

Pero, desgraciadamente, era completamente imposible sustraerse a esta abrumadora realidad que me estaba ahogando, parecía que las emisoras de radio de la ciudad ya no ofrecían programas de música romántica, las cuñas comerciales copaban todo el tiempo de las emisoras y el que quedaba libre estaba destinado a la enloquecedora propaganda política que lo inundaba todo en el carnaval electorero de esos días sin rastros.

En vez de Wagner o Beethoven, tan siquiera Rachmaninoff, o por lo menos Kostelanetz, solo se escuchaba la voz cansada y monótona del locutor, que posiblemente, en esos instantes, odiaba su trabajo y se despreciaba hondamente por tener que hacerlo. "Señora, ponga atención, combata la progresiva calvicie de su marido... Úntele... Ungüento Capilar", u otra más horrible y de mal gusto, elocuentísima. La Funeraria El Baratillo le ofrece las más lujosas y confortables urnas, tenemos un gran surtido de caoba con interior de tafetán, que son verdaderamente un sueño. Ahora a nombre de la Funeraria El Baratillo, escuchen un candeloso programa con los fanáticos del rock-and-roll...". Y a veces llegaban hasta los extremos más grotescos, como en aquel caso. "Señorita, si su aliento es fétido, no se preocupe ni se acompleje, no ande escondiendo la boca cuando esté cerca del novio, acuda al doctor Pánfilo, el mejor odontólogo de la ciudad, el exquisito artista de las nuevas dentaduras". Luego se escuchaban tres

voces aflautadas, histéricas, que cantaban a coro: "El doctor Pánfilo... El doctor Pánfilo... El enemigo de todo lo fétido…".

Los papeles de la mesita habían volado en todas direcciones. Eran recibos innumerables que habría de cancelar: alquiler del apartamentucho, agua, luz, el automóvil, préstamos bancarios contraídos para pagar otras deudas anteriores; letras, giros, recuerdos de negocios que parecían color de oro y que se habían venido abajo dejando el lastre de las obligaciones.

Uno de aquellos papeles, notorio por su color rosa pálido, era mi preferido, quizá por su notable contenido humorístico.

Lo recogí del suelo y lo leí en voz alta:

"Muy señor mío, etc., etc.

"Esta Oficina de Cobranzas, después de saludarlo con todo respeto, cumple con advertirle, con toda amabilidad, que, si dentro del plazo máximo de tres días no se presenta a cancelar su cuenta de 20.000 pesos, que usted tiene contraída con "Facilidades de Embarque, Cía. Anónima" no nos quedara otro remedio que proceder judicialmente contra usted".

Moroso, bandido, irresponsable, maula, epítetos que no escribían las oficinas de cobranzas en sus amables esquelitas, pero que lo dejaban entrever.

Comencé a reírme con una risa que a mí mismo me sonaba irracional y loca, y ante mis estentóreas carcajadas vino de la cocina Liliana, mi "peor es nada" con los todavía bellos ojos negros llenos de preocupación. Hace días estaba preocupada por mí, los arrebatos y desequilibrios nerviosos que me asaltaban continuamente, desde que me quedara sin empleo, la mantenían en estado de suma tensión, y yo estaba convencido que su principal sufrimiento no era tanto por mi modesta

persona como por los muchachitos que habíamos fabricado entre ambos, y le concedía toda la razón.

—¿Qué te ocurre, Manuel? ¿Por qué te ríes de esa forma?

—Es que... quas, quas, quas, quas, estos condenados de la Oficina de Cobranzas –le decía, ahogándome de risa que hacía saltar lágrimas de mis ojos–, me amenazan con embargo... y yo... de solo imaginar al respetable tribunal constituido en esta hedionda cueva, con el elegante juez, testigos y escribanos, tomando nota de "mis bienes", me muero de risa... Imagínate nada más la lista de mis haberes, con los que tratarían de cubrir la deuda –a continuación me puse a detallársela–: cuatro cobijas bastante malolientas, sobre todo las de los niños que no saben controlarse por la noche; un aparato de radio invadido por cucarachas que suena cuando se lo pide el cuerpo, una cama crujiente y chinchosa, que es el tormento de los vecinos en las noches en que procuramos volver a ponernos románticos, con peligro de cometer la barbaridad de aumentar la prole; dos niños malcriados, mi mujer y lo que lleva puesto, una maleta llena de recuerdos inútiles, el traje que llevo puesto y el otro que cuelga allí... y mi triste figura derrotada...

Mi voz se había ido volviendo amarga a medida que hablaba y la risa había muerto en mis labios; suponía que ahora mis ojos eran grises, plomizos como un mar con temporal; miré lleno de remordimiento a mi alrededor; a la vida, a los demás; sentí hondo aborrecimiento hacia mí mismo.

Liliana se había puesto a llorar quedamente, y yo que ahora no podía soportar a las mujeres llorosas, me levanté y dando un portazo me dirigí a la salida. Todavía pude escuchar,

por última vez, la voz de ella, quebrada por la angustia, que estaba llamando a los niños que vinieran a despedirme, pero no quise esperar a los chiquillos que vendrían a besarme las mejillas y a entristecerme más.

Cuando le di encendido a la trepidante máquina de mi último tesoro y lo lancé a toda velocidad por la avenida, la mirada de mis ojos que vi reflejada en el espejito delantero del coche, tenía intenciones suicidas, estaba ausente, ensimismado, y mi pie en el acelerador era un peligro tan latente como un fósforo encendido junto a un barril de pólvora.

Pronto lo pude comprobar. Un estruendo de espanto acompañado del tintineante desgajar de vidrios rotos y el inmediato golpazo del volante en mi pecho, me sacó del ensimismamiento, aturdido y confuso me quedé muy quieto en el asiento, esperando el desarrollo de los acontecimientos, que no se hicieron esperar.

Pude ver que el otro automóvil estaba completamente destrozado, convertido en lo que era realmente aquellos elegantes coches de último y afeminado modelo: chatarra, pura chatarra.

El conductor, limpiándose la sangre de la frente con la manga de su chaqueta color beige, muy alegre y deportiva, había venido corriendo a mi lado y me estaba insultando:

—¡Desgraciado! ¡Loco endemoniado! ¡Te comiste la luz roja y me destrozaste mi Belair...! ¡Maldito!

De inmediato yo me estaba bajando de lo que quedaba de mi viejo Packard, con una mirada peligrosa en mis ojos grises.

En aquel momento llegaban, armados el uno de un rolo y el otro con la temible boletera, un gendarme y un inspector

de tráfico, que más parecían un par de guerreros mau-mau, que los honorables representantes de la ley, que se suponían debían ser, en una urbe civilizada como se pregonaba que era Ciudad Cálida.

—Ráspenlo preso, señores policías –gritaba la víctima como un energúmeno–; es un antisocial, seguro que era un esbirro, odia a la democracia, véanle nada más la cara...

Mientras tanto se había ido reuniendo una muchedumbre, como siempre que suceden cosas parecidas, y yo podía escuchar ya, como el murmullo de un avispero, los comentarios adversos a mi persona y veía las caras exaltadas surgiendo de entre una bruma amarillenta.

—¡Es un esbirro...! ¡Un golpista...! Enemigo de la democracia...

Era la psicosis colectiva del momento, más peligrosa a medida que más gente se reunía y se agregaba a la multitud que nos rodeaba, hasta formar el auge de masas de que tanto hablan los políticos en esos días. El inspector de tráfico, que no había hablado hasta ahora, pues con su compañero polizonte y ambos con ojo clínico habían estado examinando los automóviles chocados, con el fin de establecer responsabilidades, se envalentonó ahora, y con el agresivo sonsonete de los barrios bajos de la ciudad, me espetó un: "Usté como que está borracho..."

Mi mirada era más helada que un glacial de la Antártida cuando le respondí:

—Usted no tiene el menor derecho de insultarme por el hecho de que yo haya provocado un accidente involuntariamente...

—¡Ah! ¿Es que el mataor como que no respeta a la autoridá...?

—¿Cuál autoridad? –lo provoqué, en franco plan de rebeldía–. Si lo dice por ese triste y ajado uniforme que lleva, tan sucio que a sus superiores debería darles vergüenza, vamos a aceptárselo, porque usted, analfabeto e imbécil, no tiene la menor noción de lo que es ser autoridad.

—Usté está detenido –gritó el gendarme, agarrándome violentamente por un brazo y blandiendo amenazador el rolo de reglamento.

A todas estas, el tráfico estaba completamente congestionado en aquel sector, por causa del choque y la trifulca. La muchedumbre, gesticulante y grosera, seguía aumentando con los conductores que se bajaban dejando encendidos sus coches, recalentándose, el sonido de cornetazos y cláxones y los impacientes golpes en las portezuelas de los vehículos era ensordecedor; miré a la multitud con ojos de bestia acorralada, los representantes de la ley parecían dos escarabajos aferrados a mis brazos y me los sacudí de un empellón.

Entonces, como si hubiera sido la señal de ataque, la heroica masa, que días antes se había enfrentado a las balas asesinas de los balubas alzados, se abalanzó rugiendo contra mí.

—¡Esbirro...! ¡Esbirro...! ¡Enemigo de la democracia! ¡Golpista! Vi venir así, hacia mí, la solución de todos mis problemas, sonreí serenamente, porque nunca había pensado en esta forma de suicidio tan original. Acerté a ver a dos esmirriados estudiantes, con insignias de las brigadas de orden en los brazos, tratando de contener la embestida de aquella marea humana, y mi último pensamiento fue el de que todos

aquellos que blandían cabillas y machetes, estaban tan desesperados y eran tan infelices como yo mismo; posiblemente en sus chozas de las colinas sus mujeres y sus niños esperaban, con ojos muy abiertos de esperanza, el regreso del padre con la buena nueva de que los habían enganchado en el plan de obras emergentes.

El gendarme precipitó los acontecimientos y me evitó inútiles sufrimientos al dispararme su pistola desde el suelo, donde había caído cuando yo lo empujé. Una oleada gris inundó mi mente afiebrada, me dejé caer profundamente en el muerto mar de pesadas aguas sombrías y la última luz se apagó en mi mente.

Enoc condujo a su amada sin descanso, día tras día, a través de la llanura calcinada y de los desiertos de polvillo gris y ardiente que quemaba la planta de sus pies desnudos. Anduvieron por las ásperas y escarpadas rocas de las montañas, más allá del lago muerto, dormían apenas unas horas, las de más agudo calor durante el día, refugiados en cuevas y grietas de las chamuscadas serranías, comiendo y bebiendo lo menos posible, pues los habitantes del Valle Gris experimentaban verdadero horror por la contaminación de la plaga que parecía cubrirlo todo en aquel mundo ceniciento.

El interés de Enoc era el de alejarse lo más rápidamente posible de aquella región odiosa, donde habitaba la secta adoradora del Fin de la Raza y de la Extinción Total de la Especie; esto le hacía exigir más de lo que podían dar las fuerzas de la muchacha y las suyas propias.

Al fin, una mañana, días después de haber emprendido la marcha, cayeron agotados en un sitio de las rocosas montañas,

donde la naturaleza y el paisaje comenzaban a transformarse y se hacían un poco menos inhóspitas y áridas que las inmensas regiones agonizantes que acababan de abandonar. Había una cristalina y fresca corriente de agua que se deslizaba entre los peñascos cubiertos de musgo, y Enoc, que ya conocía aquel paraje de sus anteriores correrías y lo consideraba un verdadero oasis en medio de los espantosos desiertos del sur que habían recorrido durante aquellos días terribles, le dio a Eblia la noticia causándole una gran alegría, de que podían saciar la sed y refrescar los cuerpos exhaustos de fatigas y privaciones. Estuvieron solazándose en el agua un buen rato, luego fueron a echarse bajo la sombra de un raquítico samán, en proceso de mutación hacia otra especie menos frondosa, pero que al menos los cobijó durante las cuarenta y ocho largas horas que permanecieron rendidos por el sueño y el cansancio.

Fue en este lugar donde comenzaron realmente las emocionantes peripecias de los jóvenes, cuando dos días después emprendieron de nuevo el viaje hacia la nueva vida, cruzando agrestes montañas cada vez más heladas y cubiertas a ratos de una triste vegetación, recuerdos arruinados de la lujuriante frondosidad que cubría de verdor la escarpada cordillera de los felices tiempos del pasado; ahora se veían obligados a encender buen fuego para calentarse, cuando se refugiaban en las cavernas para dormir, pues aquel gélido invierno con terribles ventiscas se acercaba inexorablemente desde el norte. En aquella montaña estuvieron al borde del hambre, pues en ella, la odiosa plaga había hecho de las suyas y no había dejado ni vestigios de vida animal que hubieran podido cazar para

alimentarse. Enflaquecidos y famélicos, se mantuvieron vivos durante la travesía gracias a las raíces y hierbas que conseguían entre las peñas y a la fuerza de voluntad y ansias de vivir que enardecían a aquellos disidentes de la secta suicida de Isaú.

Viajaron día y noche, sin reposar para reponer las fuerzas, y a la infeliz Eblia solamente la sostenía ya en pie el gran amor que le profesaba a Enoc y como delirio de afiebrada enferma veía esperanzada en su mente las maravillosas visiones de las bellezas de aquel gran oasis en el mundo agonizante que era la tierra de Izz. Cruzaban una árida meseta, cubierta de nieve, teniendo a los lados más cimas nevadas y el paisaje que los esperaba en el horizonte no era menos desolador.

Disfruté de súbito, la gratísima sensación de estar flotando entre nubes muy blancas y frescas, pero pronto me acometió un fuerte ataque de náuseas, producido por el intenso y chocante olor a éter y el cloroformo propio de los hospitales y clínicas de mi aborrecida época.

Entonces abrí los ojos, adivinando que había abandonado el hermoso mundo de Enoc el Guerrero y de la hermosa Eblia, y sorprendido me encontré tendido en la cama de este siglo y envuelto en vendajes, arropado con inmaculadas sábanas. Mi vista se paseó por toda la extensión del techo y las paredes de un color crema pálido y encontré la consabida gran lámpara sobre mi cabeza. Un biombo, también muy blanco, separaba las camas de los otros pacientes que ocupaban aquella sala, unos seis en total calculé, por lo que podía ver; eran los hospitalizados que ocupaban aquel recinto.

Supuse que aquello era un puesto de emergencia del centro de la ciudad, donde me habían conducido a raíz de "mi

lamentable accidente". Suspiré, tratando de olvidar el amargo sabor que la anestesia había dejado en mi boca y el dolor de mis heridas, que debían ser muchas, por la tortura y el ardor que experimentaba en todo mi cuerpo; luego sonreí, pensando que la vida seguiría deparándome soluciones inesperadas y sorprendentes; ahora si era verdad que tenía un pretexto para estar inactivo durante un largo tiempo, sin que la conciencia me estuviera gritando, a cada momento, que era un vago y un irresponsable sin remedio.

Una enfermera de oscura epidermis y agradable sonrisa, que dejaba ver claramente sus dientes, tan blancos como mis sábanas inmaculadas y los vendajes que me aprisionaban como una mortaja, examinó la característica aguja clavada en mi piel y el tubito de goma, que como el ombligo materno me mantenía unido a la vida, representaba esta vez por una bombona de suero que pendía de su complicado artefacto cerca de la cama.

—¿De manera, señorita enfermera, que, al parecer, no me he muerto?

—No, no se ha muerto todavía repuso arreglándome las sábanas que necesitaban arreglo como para palpar una vez mi maltrecho y adolorido cuerpo −luego añadió con una sonrisa, pues la mayoría de las enfermeras tratan de parecer frías y cínicas, aunque sean sentimentales:

—Estuvo a pocos pasos de la parca. No se murió gracias a los cuidados nuestros y a la práctica que hemos adquirido, remendando huesos desde que impera la democracia en este país y los linchamientos están a la orden del día. Mire, al

lado suyo se encuentra un cura párroco agredido hace dos días por anticlericales, y en la otra cama un exfuncionario...

—Y yo creía haber ideado un suicidio originalísimo provocando a las masas −la interrumpí yo con amarga ironía y advirtiendo, en mi interior, lo doloroso que me era articular las palabras, pensé que verdaderamente tanto el pobre cura, como el exfuncionario y yo, habíamos salido librados por un verdadero milagro, ya que era muy difícil quedar vivos en uno de aquellos linchamientos ejecutados por la llamada "justicia popular".

Después de que la enfermerita se hubo cansado de justificar su sueldo a costa mía y me dejó solo, con mis pensamientos y dolores, me invadió un sueño muy agradable y perdí la noción de las cosas, pero esta vez, a mi pesar, no fui a parar al país de Enoc, como era mi ardiente deseo, sino que permanecí en una reconfortante inconsciencia durante muchas horas, hasta que el aroma de un perfume familiar me despertó y cuando abrí los ojos me quedé estupefacto ante la mujer más hermosa que hubiera visto en toda mi vida.

—¡Eblia! ¡Eblia!... Amor mío −exclamé casi sin darme cuenta de lo que decía, y ella me tapó la boca con un beso de dulcísima boca y yo me sentí transportado de amorosa emoción.

—Eblia no, ninguna Eblia, bandido mío, me dijo con dulzura, ¿no reconoces a Liliana, tu mujer?

Yo miré lleno de sorpresa, ¡pero si era la misma y divina Eblia vestida con las ropas femeninas acostumbradas en este mundo! O era que mi mujer había sufrido una completa transformación o que nunca la había mirado como

era realmente de bella; algo bueno se había producido en mi espíritu como resultado de la terrible paliza que me propinara la turba, cuando mis ojos estaban viendo las cosas, por primera vez en mucho tiempo, como eran en realidad; Liliana era espléndida como la Eblia de Enoc, y tenía su misma cara de virgen, y no sé por qué, antes la encontraba ordinaria y aburrida; vestía elegantemente, sus ojos negros me acariciaban con infinita ternura y llevaba el moño sujeto en la nuca como a mí me gustaba que lo usara.

Pero, ¿de qué podía quejarme yo entonces? Estaba vivo, a pesar de haber buscado impacientemente la muerte, mi mujer era tan bella y grata como la del otro mundo, ¿y mis hijos?... se lo pregunté a ella lleno de angustia, sintiéndome de pronto terriblemente necesitado del afecto de mis cachorritos.

—Los niños están bien, tranquilízate, amor mío –me dijo ella–. No quise traerlos aquí para que no se impresionaran viéndote como estás ahora; pero te esperamos todos con ansiedad para que reorganicemos nuestras vidas.

Luego me habló largamente llenando de paz y de serenidad mi espíritu, como hacía tantos años no disfrutaba de una sensación igual. Ella me interrumpió de pronto, tapándome la boca con sus deditos perfumados.

—Ea, que no hemos aclarado una cosa –me dijo fingiéndose enojada y prosiguió con voz acusadora–: hace tiempo que me tiene intrigada la tal "Eblia", todas las noches la nombrabas cuando dormías tus agitadas pesadillas y hoy has tenido el desparpajo de llamarme "Eblia, amor mío", apenas abriste los ojos. Vamos, confiesa ¿quién es la tal "Eblia"?

—Eblia, Eblia, es la mujer de Enoc, el Guerrero rebelde –le dije misteriosamente–. Enoc, soy yo mismo, estoy seguro de ello, yo andaba un poco perdido, pero hemos vuelto a encontrarnos. Enoc venció al Isaú que había en mí y me alejó de la muerte, y Eblia, aunque tú no lo creas ahora, Eblia eres tú.

—No te comprendo nada –exclamó mi mujer con cierta alarma en la mirada, quizás pensando que yo divagaba nuevamente–. No me gusta que hables de cosas extrañas y fantásticas como si fueran reales.

—Algún día dejarán de ser cosas extrañas y fantásticas, y entonces lo comprenderás todo, terminé yo, pero ahora olvidémoslo, solo quiero que nunca sientas celos de Eblia, porque eres tú misma.

—Está bien, mi amor –dijo besándome complaciente y llevándome la corriente como a los locos–: si tú quieres que yo sea Eblia, lo seré para ti...

Algún rato después entró la enfermera morena a decirle a Liliana que el tiempo de visita había concluido, y mi mujer se despidió cariñosamente de mí, dejándome envuelto en el vaho de su perfume; la seguí con los ojos cuando salía, enamorado de su paso ágil y alegre y pensé que la vida era realmente hermosa como decía Enoc, y una horrible equivocación del Creador como pensaba Isaú.

—La puerta se cerró, y yo, Manuel-Enoc, quedé solo con mis pensamientos.

Estaban todos inclinados sobre el doctor Lozada, bajo la gran lámpara, los dos médicos, las tres enfermeras, el anestesista, silenciosos, haciendo circular los instrumentos

quirúrgicos con órdenes casi telepáticas, ceremoniosos, como si estuvieran realizando un rito de un culto pagano y misterioso.

Primero un limpio corte en el rapado cuero cabelludo, que fue apartado a un lado, con facilidad, como si se tratara de una venda más, enseguida los huesos del cráneo, magistralmente abiertos en el lugar preciso.

Hurgar la materia gris, arrancar y extraer aquella protuberancia, que, como dijera el doctor Nieto, más parecía otro cerebro parásito, muy pequeño; cerrar nuevamente los tejidos y lacrarlos con injertos, con toda velocidad posible a tan ágiles dedos profesionales, y después, volver a cerrar la herida del cuero cabelludo, cosiéndola sobre los huesos trepanados y reparados.

Toda aquella delicadísima y maravillosa operación fue realizada en cosa de una hora, mientras se vigilaba atentamente el ritmo del corazón del paciente y el sonido acompasado de su respiración. Pero, aquella hora, podía convertirse en años y siglos, del pasado y del futuro, en la diferente dimensión por donde vagaba ahora aquel ser polifacético que había escapado del cuerpo que yacía en la mesa de operaciones, de la sala de cirugía y de su mismo mundo.

Una breve extensión de verdura con su corriente de agua donde podrían apagar la sed y el hambre y reposar de la extenuante fatiga, más allá, nuevamente el árido desierto ceniciento y chamuscado sin vegetación de ninguna especie, ni siquiera abrojos, excepto las mínimas porciones de nieve recién caída de un cielo plomizo; el intenso gris de la niebla que todo lo cubría con su melancólico manto, les impedía ver

los picos de la cordillera, pero estaban rodeados de ellos, eran altísimos y coronados por la blancura de las nieves eternas.

Pero al día siguiente de haber traspuesto aquella meseta y cuando relucieron, avanzando el día, los pálidos rayos del debilitado sol, Enoc y Eblia observaron admirados que el paisaje había cambiado por completo.

Grandes y frondosos árboles comenzaban a animar el ambiente y formaban deliciosos bosquecillos a cuya sombra constituía un verdadero deleite el tenderse a descansar. A cada instante encontraban ahora frescos riachuelos donde refrescarse y bañarse y apagar la ardiente sed que los consumía tras las largas caminatas.

Los bellos ojos de Eblia, que nunca habían admirado cosas tan extraordinarias en la naturaleza, tan llenas de colorido y de intensa frescura, acostumbrada como estaba, desde niña, al triste paisaje del mundo agonizante donde habitaba su secta, estaban ahora abiertos de alegre sorpresa y comprendía la joven, claramente, por qué su fanática tribu, habitando el horrible Desierto Gris, tenía que ser tan melancólica y pesimista, en cambio los que como Enoc, llegaban, por su valor e inteligencia, a conocer aquellos deliciosos parajes del mundo, como el que ahora visitaban, se aferraban a la vida y luchaban por conservarla y continuarla.

Viéndola tan alborozada y alegre, Enoc no pudo menos que preguntarle con intensa ternura:

—Dime, amada Eblia: ¿no es bello este mundo al que te he traído?

—Es algo que trastorna de dichosa alegría –repuso la muchacha, apretándole con su mano uno de los fuertes brazos

al que se creía guerrero–. Mil gracias doy al Dios de la Vida por habernos salvado hasta aquí, y a ti por haberme traído donde la vida es bella y placentera.

Entonces Enoc la tomó del brazo y casi a la carrera la condujo a una verde colina, desde donde presumiblemente se dominaba todo el paisaje que los rodeaba abajo. Eblia, con su pecho jadeante aún por la carrera, contempló con ojos brillantes de alegría y arrobamiento, mientras Enoc entonaba en alta voz una plegaria de agradecimiento.

—¡Gracias! ¡Mil gracias, bondadoso Dios de la Vida y de la Esperanza! Mil gracias por lo que nos has concedido hasta ahora. Por fin he podido realizar mi sueño, mi anhelo de traer a mi amada y al hijito que poseo en su vientre a habitar en el Mundo Mejor.

Abajo se extendía, como un sueño maravilloso, el valle más esplendoroso y encantador que jamás hubiera podido Eblia imaginar, a pesar de lo ardiente que era su imaginación de doncella normal y hermosa; la ancha cinta plateada de un gran río que cruzaba de norte a sur, regando tierras feraces y bien cultivadas y al fondo, al pie de una imponente montaña de cima nevada, en una deliciosa pradera cubierta de flores, se esparcían, a distancia regular unas de otras, bellas casitas de techos rojos y hermosos jardines que hicieron pensar a Eblia que se encontraban frente a la visión de un mundo encantado. Enoc la tomó en sus brazos con amorosa ternura y la besó en los labios. Luego le dijo al oído, trémulo de dicha:

—Eso que ves allá abajo es el Mundo de la Vida, la tierra de Izz. Allí lucharemos y al final moriremos, pero mientras eso sucede tendremos tiempo de amarnos y ver crecer a nuestro

hijito junto a otros niños felices; y luego él quedará, y los hijos de sus hijos construirán un mundo mejor que el de nuestros antepasados; todo lo que ves te demuestra que tu padre, Isaú, el sacerdote de la Muerte, está completamente equivocado y que todos sus fanáticos seguidores son criaturas amargadas y rabiosas por la terrible mutación que les dejó la plaga.

Lentamente reemprendieron la marcha, esa vez alegres e impacientes de llegar, descendiendo la escabrosa montaña por un vertiginoso sendero que debían andar con extremos cuidados, pues, las húmedas rocas eran resbaladizas y a los lados solo los esperaban profundos despeñaderos y el final seguro a tan poca distancia de la vida y de la esperanza. Aún los esperaba la última emoción, como si la entrada a aquel paraíso estuviera sujeta a pruebas de valor y destreza y quedara vedada a las criaturas degeneradas y cobardes que eran los anormales mutantes del Desierto Gris.

Habían llegado al borde de un amplio precipicio, que era lo único que los separaba del hermoso valle; solamente la precaria inseguridad de un puentecillo de lianas tejidas era el único camino para cruzarlo. Y Enoc, sujetando fuertemente a su amada por la cintura, comenzó a caminar sin titubear sobre el abismo profundo, sujetándose con la mano libre de la única cuerda que daba alguna ayuda al caminante en aquel tembloroso camino de bejucos que hubiera llenado de terror al más violento y fanático macho de la tribu de Isaú.

Estaban ya por llegar a la ansiada meta, cuando las lianas parecieron comenzar a romperse por la fricción que les causaba el peso de los dos jóvenes y el puente comenzó a rodarse peligrosamente hacia el abismo. Eblia emitió un

angustioso grito de terror y se abrazó temblorosa al cuerpo de su amante, que alargó su brazo tratando de sujetarse de las ramas que crecían al borde del desfiladero.

Fue entonces cuando surgieron, como por arte de encantamiento, aquellas barbudas figuras que, al parecer, habían estado escondidas entre las malezas; vestían pardas sotanas de grueso género y sus robustas manos sujetaron firmemente a los jóvenes por los brazos, izándolos a la seguridad salvadora; y mientras los recién llegados, con la respiración anhelante por las emociones que acababan de sufrir sobre el abismo, miraban estupefactos al vetusto edificio que se levantaba al borde del sendero con una gran cruz de metal sobre el techo puntiagudo, el más viejo de los monjes le sonrió agradablemente y les dijo:

"Bienvenidos sean a la Tierra de Izz todas las ovejas descarriadas que vuelvan al redil".

Enoc, dichoso de haber salvado el último obstáculo, estrechó a Eblia ante la mirada cordial de los barbudos, y dijo al oído de la joven palabras reconfortadoras:

—Ha terminado todo lo malo, amor mío. Estamos en la Tierra de Izz. No temas a esos hombres, que son los sacerdotes del Mundo de la Vida.

Abrió los ojos, y una luz radiante, intensa, hirió su vista, cegándolo momentáneamente; experimentaba una indecible sensación de deleite y bienestar; estaba postrado en un lecho cubierto por frescas sábanas y mantas inmaculadas, y aun antes de poder mirar de nuevo o palparse con las manos, comprendió con inmensa alegría, con una dicha que lo impulsaba

irresistiblemente a gritar y a reír como un niño, que había vuelto a ser humano.

Era humano otra vez. Dios había escuchado su ruego; era nuevamente un hombre, y más alegría experimentó cuando se convenció de que estaba de regreso en la tierra.

Sus ojos acariciaron, más que miraron, todo lo que le rodeaba, detalladamente; estaba en una pequeña habitación de inmaculada blancura; allí olía a limpio y esterilizado; vagamente llegaban hasta su olfato los olores inconfundibles de las clínicas terrestres, y esto, que a otro le hubiera desagradado, a él lo inundaba de placer.

Sin lugar a dudas, se encontraba en una clínica; él estaba enfermo, o pensándolo mejor, había sido operado; estaba despertando de la anestesia; seguramente que el cambio de almas se había efectuado mientras aquel cuerpo extraño yacía en estado comatoso. La operación tenía que haber sido en la cabeza, en el cerebro, pues le dolía bastante la herida del cráneo y más profundamente; además tenía la parte superior de la cabeza cubierta de vendajes.

Aunque no podía verse, pues estaba cubierto completamente por las mantas, sentía plenamente que su nuevo cuerpo era joven y fuerte; se calculó unos cuarenta años, y aquello le alegró mucho, en grado sumo, pues no le hubiera gustado llegar de nuevo a la tierra como un anciano. Quería vivir y disfrutar largamente de esta nueva existencia, esta vez en su propio mundo, en su propio hogar.

Una linda y diligente enfermerita, toda vestida de diáfana blancura, penetró con eficiente rapidez y se puso a hacer bajo sus ojos vigilantes todas esas cosas que efectúan las enfermeras

en tales casos; acomodó la almohada para que su cabeza reposara mejor; le tomó el pulso con sus deditos sonrosados y suaves; le puso un termómetro entre los dientes; él la miraba encantado, como lo miraba todo desde que había recobrado la vida; era todo tan familiar y tan querido; al fin ella habló con respetuosa solicitud.

—Y bien, doctor, ¿cómo se siente usted? Me parece que está fuera de peligro; está mejor ahora. No se imagina usted cuánta alegría experimentamos todos. Creímos que lo perderíamos esta vez para siempre.

Le sacó el termómetro de la boca y lo consultó acercándolo a la luz y apuntando el resultado en una tablilla de historial médico; luego prosiguió hablando en su forma corrida, como si leyera lo que decía:

—Su señora llamó por teléfono esta mañana para conocer su estado. Anoche estuvo hasta muy tarde aquí con usted. Dijo que estaba agotada de cansancio, pero que vendría más tarde. Ha sufrido mucho la pobre señora con su enfermedad, doctor.

Aquello último lo dijo con un ligero tono de reproche, por lo que supuso el nuevo ocupante del cuerpo del doctor que este no se portaba muy bien con su esposa.

—Si necesita algo o se siente mal, no vacile en tocar el timbre, doctor.

¡Doctor! ¡Doctor! Le sonaba bien su nuevo título profesional. Cuando niño, en su anterior vida terrestre, había deseado ser médico. Pero... ¿sería médico o ingeniero? ¿O sería más bien abogado? La chica hablaba en español, en el castellano de cantada pronunciación que se habla en América

tropical, por lo cual dedujo que se encontraba en algunos de los países hispanoamericanos de ese continente. Así llamaban a todos los profesionales doctores.

Y aquello de que "su señora" le indicaba que el doctor había sido casado. ¿Qué complicadas situaciones le traería esta circunstancia? Pero, por lo menos ahora, él era un ser humano de alma y de cuerpo y no lo sería tan penoso vivir al lado de aquella mujer extraña como había sido su terrible problema en su vida anterior.

Se puso a sondear el cerebro de aquel cuerpo en que se encontraba encerrado y, lentamente, como quien empieza a recobrar la memoria, después de haberla perdido temporalmente por amnesia, se fue poniendo al tanto de todos los detalles de la nueva vida.

Él era ahora el doctor Pedro Lozada Villasmil, médico cirujano, notable cancerólogo y uno de los del grupo de eminencias científicas que habían logrado derrotar al terrible mal que por centurias había constituido el peor flagelo de la humanidad; con la cirugía atómica habían logrado extirpar para siempre las células enfermas, sin dañar la parte sana de los cuerpos, cuyos tejidos se reconstituían a base de un maravilloso tratamiento en la parte operada y mutilada, y ahora era cosa corriente ver que un enfermo de cáncer se levantara sano y salvo de la mesa de operaciones sin temor a recaídas mortales. El doctor Lozada Villasmil era el que más había contribuido con su investigación científica a aislar el mal, alcanzando la más grande victoria de la medicina moderna; por eso era considerado un ser superior en su país y en el mundo entero, y era admirado con veneración y afecto por

toda la humanidad; podía decirse que era en el mundo de la ciencia el hombre más famoso de su época.

Actualmente ejercía el cargo de director del gran Centro Mundial de Oncología y Cirugía Neurocerebral, el instituto de más renombre universal en la lucha contra el cáncer; era, finalmente, eminente ciudadano de la poderosa y vasta Confederación Latinoamericana, y su hogar y su trabajo estaban asentados en la bella capital de los Andes.

Al terminar aquel recorrido mental por el pasado y la personalidad de su antecesor en el cuerpo que ocupaba, se sintió cansado, invadido por un agradable sueño, y se durmió profundamente. Habían transcurrido para el operado algunas horas de sueño reparador cuando volvió a despertarse al sentir que unos cálidos labios besaban sus mejillas en forma tan tierna y cariñosa que pudieron romper el encantamiento de su sueño.

Ella, su mujer, o mejor dicho, la mujer del otro, del doctor, del que había vivido en el cuerpo donde ahora él era un intruso, estaba allí.

Tuvo que sondear nuevamente el cerebro recién estrenado para saber el nombre de la mujer: Mercedes. Era muy bella Mercedes, tanto como había soñado en sus largos siglos de exilio y soledad en mundos y vidas extrañas.

Tenía Mercedes cabellos y ojos renegridos y era morena y muy hermosa, una típica belleza del trópico sudamericano. Vestía con fina y sencilla elegancia a la vez, y su perfume a pesar de ser discreto y delicioso, llenaba toda la habitación, anulando por completo el olor del éter y de los antisépticos.

La vio alejarse en puntas de pie hacia la puerta, creyéndolo dormido; se movía deliciosamente, con seductores

movimientos ondulantes de sus anchas caderas; sus pantorillas eran ágiles y bellas y sus muslos se revelaban opulentos a través del ceñido traje.

—¡Mercedes! –la llamó, sorprendiéndose de inmediato al oír por primera vez su propia voz; era varonil y agradable, no como su antiguo bisbiseo de coleóptero–. Mercedes, no te vayas…

Ella regresó hasta el lecho con su armónico andar y se detuvo a su lado, posando su mano fresca y perfumada sobre la ardiente frente de él.

—¿Cómo sigues, Pedro? ¿Cómo te sientes hoy?

—Eres muy bella, Mercedes –exclamó él, como si fuera la primera vez que la veía, lo cual era cierto.

Ella rió, sorprendida y halagada.

—Hacía mucho tiempo que no me decías eso. Al parecer, ni lo notabas –le dijo ella con seriedad–. Es más, creo que estabas hastiado de mi belleza. "Empalagado", fue la última palabra que usaste en una discusión.

—¿Yo dije que estaba empalagado de tu belleza? Estaría loco.

—Sí, creo que últimamente has estado un poco loco.

Él le había tomado una mano y se la acariciaba con ternura. Le gustaba mucho aquella mujer que había heredado, junto con el cuerpo, la fama y todas las demás cosas pertenecientes al doctor Lozada Villasmil, y ella era ahora su esposa. No podía imaginarse cómo el anterior ocupante de su cuerpo podía haberse hastiado de ella. Era tan señora, tan serena y reposada su espléndida belleza tropical; sus ojos negros tan dulces y tristes.

—¿Qué me pasó, Mercedes? –le preguntó, pues se estaba cansando de averiguar las cosas dentro de sí mismo y le fatigaba sondear su cerebro recién operado.

—¿No lo recuerdas? Sufriste un accidente cuando volvías de Caracas de operar al señor Hernández. Tu helicóptero se destrozó al aterrizar. Te fracturaste el cráneo. Solo la pericia y la devoción de tus colegas, el doctor Nieto y el doctor Rodríguez, han podido salvarte. Has estado cuatro días inconsciente, grave, al borde de la muerte.

Él comprendió que, en realidad, el doctor Lozada Villasmil había muerto, y él, por quién sabía qué designio del destino, había venido a usurpar un cuerpo tan ilustre.

—¿Me he portado mal contigo, Mercedes? –le preguntó advirtiendo que ella retiraba su mano de entre las de él.

Estaba preocupado por todo esto; no quería perderla ahora que la había encontrado. Había tenido bastante soledad en sus anteriores existencias y estaba sediento de afecto y compañía de una mujer hermosa y dulce como aquella.

—No hablemos de eso ahora, Pedro. No debes excitarte.

—Es mejor que hablemos de ello ahora –repuso él insistente–, si no, me excitaré más con la duda…

—¿No recuerdas que me pediste el divorcio hace una semana? Me dijiste: "No puedo soportarte más. ¡Quiero mi libertad! Esas fueron tus palabras. Comprenderás lo herida que estoy; he luchado por conservarte, Pedro, pero ha sido inútil. Ahora voy a darte tu ansiada libertad.

Sus bellos ojos estaban húmedos de lágrimas y su voz se había quebrado.

—Debes perdonarme una vez más, Mercedes –repuso él con vehemencia–. Yo soy un hombre nuevo, diferente.

Ya lo verás. Yo debo haber estado loco. Te pido una nueva oportunidad…

—Es muy tarde, Pedro…

—¿Es que ya no me amas…?

—Siempre te querré, pero mi vida contigo ha sido un fracaso. Eres un genio, lo sé bien. Pero un genio loco, envanecido, soberbio por tu grandeza. ¿Cómo se puede vivir al lado de un superdotado cuando una es una simple mujer del hogar?

Él había vuelto a tomarle la mano y la atrajo hacia sí.

La mujer quería resistirse, pero, débilmente; quizás no le resistía, temerosa de lastimarlo por su condición de recién operado. Él sintió el hermoso y abultado pecho de ella sobre el suyo, con los senos latiéndole de emoción. Su boca roja y carnosa era una tentación, y la besó ávidamente; y él supo entonces que la mujer amaba a su esposo tiernamente; podría reconquistarla fácilmente para sí; le sería un placer hacerla olvidar la indiferencia y la vanidad del anterior doctor Lozada; él era distinto, y estaba dispuesto a amarla y hacerla feliz. ¿Acaso no lo había logrado con aquel ser femenino, pero inhumano de su existencia anterior? A pesar de que en el fondo le era repulsiva a su alma de hombre, aquello había constituido una verdadera proeza de sacrificio, voluntad y bondad.

Mercedes se había ido ahora. Le había prometido reconsiderar su decisión de divorciarse, y Pedro, el nuevo Pedro, sabía que había ganado la batalla, y reposó feliz en su lecho de la clínica, sintiéndose como si acabara de nacer, lo cual no dejaba de ser realidad.

Vinieron a verlo sus honorables colegas, los médicos que lo habían operado y los que junto con él dirigían el gran

Instituto Oncológico de Andinia. Pudo confirmar entonces, por las muestras de respeto y afecto que tuvieron para con él, que en realidad él constituía una especie de sabio eminentísimo, el padre de la medicina moderna, y aquello le llenó de orgullo, aunque toda su actual grandeza y los honores que lo rodeaban eran prestados, pertenecían al otro espíritu que había partido durante la operación. Pero no importaba, estaba dichoso de haber regresado a su mundo en condiciones tan maravillosas; lo demás lo haría él con sus facultades propias de valor, de sabiduría y de bondad; como en el caso de Enoc y Manuel, había muchas cosas que cambiar y mejorar en la antigua personalidad del que reemplazaba, y él sabría hacer un nuevo doctor Lozada que satisficiera a todos y a sí mismo. Sería una vida maravillosa, era más de lo que se había atrevido a desear.

A los tres días de estar en la clínica, después del cambio de almas, fue dado de alta; Mercedes vino a buscarlo, estaba muy afectuosa dentro de su seriedad; entre ella y las enfermeras lo bajaron hasta la calle. El edificio del Instituto era grandioso, nunca había soñado que la arquitectura terráquea llegara a aquellos límites de grandeza y de importancia; mientras bajaba el ascensor advirtió la vertiginosa altura donde se encontraba en la torre, la habitación donde había estado hospitalizado.

Lo esperaba un lujoso vehículo con conductor uniformado de librea; era el "helicóptero" como había dicho Mercedes; por lo visto estos aparatos habían reemplazado a los automóviles de su vida terráquea anterior. Volando sobre la ciudad de Andinia pudo maravillarse del extraordinario adelanto del mundo de los siglos que había durado su ausencia. ¿Serían siglos o serían horas? Pero, de todos modos, era algo que lo

deslumbraba y le parecía mirarlo todo por vez primera. El espectáculo de aquella maravillosa urbe que se extendía en un precioso valle, y sus altas torres de aluminio y plástico se perdían en el horizonte; millares de helicópteros volaban; pero, con orden perfecto y sincronizado, sin los desbarajustes y congestionamientos del antiguo tráfico de la superficie.

Estuvieron volando casi una hora; la zona residencial de "los ilustres", como llamaban ahora a los científicos y a los grandes hombres públicos, quedaba detrás de las montañas, sobre el mar. Y cuando llegaron a casa, el nuevo Pedro tuvo motivos para maravillarse otra vez. Era una mansión de ensueño, colgada casi de la montaña sobre el mar que rugía allá abajo; estaba enclavada en medio de la más fascinante vegetación tropical y rodeada de bellísimos jardines; el interior era de lo más fastuoso y elegante que recordara haber visto hasta ahora.

Su convalecencia en el hogar estuvo rodeada de toda la solícita atención de que fue capaz Mercedes, a pesar de que aún se mostraba reservada y al parecer decidida a llevar a cabo sus planes de separación; pero hizo todo lo que consideraba su obligación por hacer la vida de su esposo en esos días todo lo placentera y agradable que fuera preciso, para que se restableciera rápidamente.

Pero el cambio tan extraordinario de aquel hombre la tenía intrigada; quería imaginarse que era un engaño, que él estaba fingiendo para volver, apenas estuviera bien, a su antiguo carácter imposible y detestable; mas, se sentía irresistiblemente atraída por aquella nueva personalidad, llena de hombría, sencillez y ternura, con que había surgido su marido de la operación cerebral. Por orgullo no quería darle a entender que

estaba derritiéndose el hielo en ella y que se estaba enamorando de nuevo, más apasionadamente que antes, de quien casi había llegado a aborrecer en los últimos tiempos.

Aun antes de haberse recobrado por completo el doctor Lozada, tuvo que levantarse y tomar el helicóptero para acudir al Instituto; un llamado urgente de sus colegas, un llamado casi angustioso, que no admitía espera, lo hizo movilizarse, pues pese a que desde que resucitara había temido aquel momento de prueba, aquel momento que lo aterraba, en que debía entrar en funciones como del hábil cirujano que había sido el antiguo dueño de su cuerpo, no podía eludir la llamada del deber.

Un sudor frío perlaba su frente, mientras cruzaban el espacio entre las montañas, en dirección al Centro de Andinia. ¿Podría él, Manuel o Enoc, o como quisiera llamarlo su mente convaleciente e insegura, tomar en sus manos inhábiles la responsabilidad de una vida humana como médico, como médico famoso y experimentado de quien solo se esperaba el éxito?

En un momento, mientras el ascensor lo conducía velozmente a la torre, llegó a desear que le sobreviniera la muerte de nuevo, la muerte repentina que lo salvara de tener que hacer frente a aquel difícil momento. Recordó que había experimentado las mismas sensaciones de miedo y duda cuando, siendo Manuel, debía enfrentarse a las responsabilidades de la vida, y luego como Enoc, se había visto de pronto frente a la tamaña empresa que le tocaba cumplir en un mundo moribundo y hostil; entonces como ahora, había deseado la muerte liberadora; para eludir cobardemente el terrible compromiso.

Pero, ahora estaba Mercedes, con sus grandes ojos negros y tristes, y su cuerpo palpitante de tropical hermosura. Había amado intensamente a Eblia, ella era distinta, de belleza salvaje y melancólica, nunca podría olvidarla; pero Mercedes era la paz, el sereno placer, nada les impedía, como en caso de su vida anterior de coleóptero unirse y amarse y procrear numerosa descendencia humana. Tenía que hacer frente a la nueva prueba y rogar al cielo que lo sacara con bien de ella, como las otras veces.

—Se trata del almirante Fernández –le dijo el doctor Nieto, el mismo joven que lo había operado a él con tanto éxito; estaba excitado, quizá un poco nervioso–. Sabes que es la más importante promesa de nuestra patria. El gobierno lo ha recomendado mucho, es un gran hombre, no podemos perderlo.

—Por eso hemos tenido que llamarlo a usted, doctor Lozada –intervino otro galeno que lo acompañaba–. Es un caso para usted; nosotros no nos atreveríamos a tomar semejante responsabilidad.

—¿Qué tiene el almirante Fernández?

—Tumor canceroso en el cerebro. Está grave. Lo han traído de urgencia desde el exterior.

El doctor Lozada palideció intensamente, sintiéndose desfallecer. ¡Dios santo! ¿Cómo podría él, un espíritu intruso en el cuerpo del sabio, un verdadero impostor, operar a nadie de cáncer en el cerebro?

Habían entrado en la cámara operatoria, todos parecían silenciosos fantasmas, enfundados y enmascarados de monótono blanco, bajo la luz no menos fantasmagórica de la gran lámpara central del techo bajo y pulido. Todos lo miraban con

devota veneración, lo hacían temblar, los jóvenes médicos y las enfermeras con su admiración de discípulos maravillados ante la presencia de un ser superior, de quien solo es posible esperar milagros.

Miró al personaje tendido en la mesa de operaciones, y aunque estaba como una momia, envuelto en sábanas y mantas, con los ojos cerrados por el efecto de la anestesia total que ya le había sido aplicada, el nuevo doctor Lozada experimentó la plena sensación de que conocía al enfermo: todo en él le era familiar; le pareció que era su mejor amigo el que estaba tendido allí, completamente indefenso, con su vida en sus manos inexpertas. Era un hombre corpulento, de severos rasgos fisonómicos, todo en él imponía valor y seguridad en sí mismo.

La enfermera se acercó, notando el sudor que perlaba la frente del doctor Lozada, y se la secó con un paño. Habían afeitado ya completamente la cabeza del enfermo, y uno de los médicos procedió a abrir el corte en el cuero cabelludo, por donde debía efectuarse la trepanación. El cincel quedó en la mano del doctor Lozada: le tocaba actuar a él; temblorosamente se apoyó en la mesa operatoria; sentía que el terror le nublaba los ojos y terminaría por hacerle perder el sentido. No, no podía actuar, sus manos estaban agarrotadas; en medio del profundo silencio de la sala, el instrumento, al caer de sus dedos, sonó como una campana contra el brillante piso de mármol. Los doctores y enfermeras se miraban extrañados. Y entonces sucedió lo extraordinario. Como aquella otra vez, en las montañas del Mundo Gris, se encontró de nuevo completamente solo con el operado, consigo mismo,

él, cosa extraordinaria, había abierto los ojos y, desde la mesa, lo miraba intensamente con sus pupilas de fuego.

—¡Sí, soy yo! ¿Qué es lo que te pasa?

El doctor lo había reconocido. Era Manuel, era Enoc, era él mismo y muchos otros más.

—¡No puedo operarte! –exclamó casi con un sollozo–. Estoy aterrado, nunca he sido médico.

—Toda la ciencia del doctor Lozada está en el cerebro del cuerpo que ocupas –le dijo el otro–. Procede con tranquilidad. El cerebro guiará tus manos. No puedes dejarme ir: tú y yo tenemos una misión que cumplir aquí.

Luego el doctor Lozada volvió a la realidad, y se irguió dueño de sí mismo; la enfermera asistente colocó un nuevo instrumento entre sus dedos, ahora firmes, y la operación comenzó mientras un suspiro de alivio brotaba de los pechos de los demás.

Más tarde el grupo de jóvenes médicos rodeaba lleno de entusiasmo al maestro y llovían las felicitaciones. Había sido la operación más difícil de la carrera del sabio, pues la intervención de los rayos atómicos no se había podido emplear hasta último momento, debido a lo dañado que estaba el cerebro por el mal; y luego la maravillosa tarea de reconstituir los tejidos y las células perdidas, era algo solo posible por la sabiduría del doctor Lozada, la victoria más extraordinaria entre todas las que había logrado en su vida meritoria.

—Ha sido algo inconcebible verlo a usted operar hoy –exclamaba Nieto lleno de admiración–. Nunca había tenido el sueño de presenciar maravilla semejante a la de hoy. Pero

en los primeros momentos, doctor, creí morirme al verlo vacilar. ¿Qué le pasaba?

—No sé. Me sentí terriblemente mal de improviso –mintió Lozada bajando los ojos–. Creo que debe haber sido mi reciente enfermedad, todavía convaleciendo de la operación, ustedes que me operaron, saben que fue algo delicado, ustedes fueron geniales al salvarme a mí.

Y procuró rehuir pronto de ellos. Estaba exhausto, agotado por las emociones y la tensión de la excitante aventura que acababa de vivir. Respiró aliviado cuando se vio volando sobre Andinia hacia su hogar y la fría brisa de las montañas refrescaba su ardoroso rostro. Se sentía afiebrado, deshechos los nervios ajenos por las horas de angustia y de la lucha contra sí mismo; pero estaba orgulloso de su voluntad y feliz de haber vuelto a encontrar al espíritu que había sido suyo, no estaba solo en la Tierra: tenían una misión que cumplir juntos, y con la compañía de él, sabía que lo lograría con éxito.

Mercedes lo esperaba despierta, aunque estaba bien entrada la noche. Estaba tentadora con aquella vaporosa bata que apenas ocultaba sus espléndidas y morenas desnudeces y su boca dulce y tibia, sus ávidos labios carnosos, fueron el mejor premio para los esfuerzos de su esposo.

—¡Has triunfado, mi amor! –le dijo con voz preñada de ternura–. Lo sé. Te vi partir lleno de temores y de indecisión y angustia. He estado rezando por ti todo el tiempo. Pero sé que has triunfado. Ven, descansa.

Con tierna solicitud lo condujo al sillón favorito; Lozada se dejó caer y cerró los ojos con deleite, ella también era suya ahora, era completa la dicha de aquel día glorioso. La sintió

hermosa y vibrante sobre sus rodillas y la estrechó ansiosamente por el talle, besándola de nuevo con pasión, en la boca y en la hermosa garganta. Levantándose, la tomó en brazos y la condujo a la alcoba. Ella murmuraba con voz trémula.

—¡Ahora sí tendremos muchos hijos! ¿Verdad, mi vida?

Él no contestó, pero se dio cuenta de una cosa extraordinaria: Manuel y Enoc habían desaparecido para siempre.



ÍNDICE

Cuentos extraños
Digital
Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, República Bolivariana de Venezuela
en el mes de junio de 2023



Cuentos extraños (2017)

En los ocho relatos breves que componen Cuentos extraños el narrador despliega toda su capacidad imaginativa en unas historias donde lo real y lo fantástico se confunden, creando un universo de ficción que maneja sus propios y particulares códigos. Las visiones apocalípticas del futuro se mezclan con la temática sobrenatural y mitológica, el humor, la ironía y el erotismo, para ofrecernos una original obra narrativa que explora las más íntimas obsesiones del autor.

Mauricio Odremán (1926-2004)

Escritor, cineasta y artista plástico; nació en Puerto España, Trinidad, el 2 de Octubre de 1926, y creció en Tumeremo. Estudió Filosofía y Letras en la Universidad de Santiago dc Chile entre 1947 y 1951. Cursó además estudios libres de Periodismo en la Universidad Central de Venezuela, en 1952. Realizó estudios de Cinematografía en el London Film Institute entre 1955 y 1956, y en el Centre d'Études Audiovisuelles de Grenoble, Francia, cursó estudios de Cine y Dirección en 1967. Como director de cine destacan los filmes *Insólita y espectacular marcha de Chucho El Esenio y su Combo Latino, inconcluso*, en 1972; *E.F.P.E.U.M. (Estructura funcional para encontrarse uno mismo)*, de 1972; *El payaso*, 1972; *Más allá del Cuyuní*, de 1977 y *Encuentro en el puerto*, 1978. *Cuentos extraños* es una selección de su obra literaria, publicado originalmente en 1961.

PUBLICADO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA

9 789801 452874

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura